

CELCIT. Dramática Latinoamericana 271

CUADROS DE AMOR Y HUMOR, AL FRESCO

José Luis Alonso de Santos

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

1. AGOSTO
2. CONFIDENCIAS DE MUJER
3. PROBLEMAS CONYUGALES
4. LA BOLA DEL MUNDO
5. MUJERES DE VIDA FÁCIL
6. CARTA DE AMOR A MARY
7. PROMESA DE AMOR
8. UNA VERDADERA MÁRTIR
9. UN BOCADILLO DE HIGADILLOS
10. TIEMPOS MODERNOS
11. LA PENÚLTIMA COPA
12. LAPISLÁZULI
13. SINCERIDAD
14. ENTRE COLEGAS
15. SECRETOS ERÓTICOS
16. EL HONOR DE LA PATRIA
17. PROFESIONALES
18. ENTRE REJAS
19. UNA CUESTIÓN DE HONOR

20. AMOR DIVINO, AMOR HUMANO
21. LA CHICA DE LOS OJOS AZULES
22. EDIFICIO OKUPADO
23. DOMINGO MAÑANA
24. ECOGRAFÍA MUY HÚMEDA
25. AZUL Y ROJO
26. DINERO Y AMOR
27. COMPLEJO DE MUCHA CASTRACIÓN
28. A QUINIENTAS LA COPA
29. BUENOS DÍAS, SEÑOR DOCTOR
30. AGUDA ESPINA DORADA

CUADROS DE AMOR AL FRESCO está escrito a modo de pinceladas en el enlucido de la realidad cotidiana, con los colores de nuestros sentimientos y el dibujo del juego de nuestras emociones. En el fondo del cuadro la eterna lucha entre los sexos opuestos, que se necesitan para encontrar su sentido. Hombres y mujeres hablando de, para, con, contra, desde... las mujeres y los hombres. Piel buscando otra piel para reconocerse. Amo y sufro: luego existo. "Quien lo probó lo sabe..." , como dijo el poeta.

Monólogos y diálogos que se cruzan en una espiral para hablar de placeres esperados, de pensamientos, de estados de ánimo íntimos, de deseos y anhelos que representamos cada día al vivir la aventura de relacionarnos con los demás. El humor hace de mezcla, de estilo unificador y vehículo de comunicación. La dulce venganza - amarga tantas veces- de la risa ante nuestras limitaciones. De la realidad al deseo. Del sueño y la imaginación, al paso real del tiempo de nuestras pequeñas vidas. Debajo de las palabras hay millones de sensaciones que no podemos comunicar a los demás. Y cada personaje proyecta y oculta detrás de la más mágica de las palabras: amor, su agridulce historia.

Entremos, pues, con los ojos abiertos por el humor en esta pintura. Las diferentes pinceladas de estos cuadros (las vivencias y diálogos de sus

personajes) nos mostrarán su luz, su dibujo, su latido, su forma, y su color.

José Luis Alonso de Santos

AGOSTO

(DOS NÁUFRAGOS EN UNA ISLA DESIERTA. AL FONDO UNAS ALTAS PALMERAS DE LAS QUE CUELGAN CUERDAS EN LAS QUE ESTÁN TENDIDOS SUS HARAPOS. TIENEN BARBAS DE VARIOS AÑOS. UNO ES COJO Y VA VESTIDO CON UN VIEJO Y RAÍDO CHAQUÉ, Y EL OTRO MANCO, Y LLEVA UN DESCOLORIDO Y ROTO TRAJE DE MARINERO. RUIDO DEL MAR CERCANO GOLPEANDO CONTRA LAS ROCAS. PASA VOLANDO UNA BANDADA DE GAVIOTAS.)

COJO.- ¡Gaviotas! (SE ACERCA A UNAS ROCAS DONDE ESTÁ EL MANCO.) Hace un buen día hoy, ¿eh? ¡Mira, gaviotas!

MANCO.- (DESDE DETRÁS DE LAS ROCAS.) ¡Bah!

COJO.- Hay nubes allí. A lo mejor caen unas gotas. Deberíamos preparar las latas por si acaso.

MANCO.- (HABLANDO SIN ASOMARSE.) Prepáralas tú si quieres. Hoy es mi día libre.

(PAUSA)

COJO.- ¡Oye!

MANCO.- (CADA VEZ MÁS ENFADADO.) ¡Qué!

COJO.- Allí parece que se ve algo. Un puntito a lo lejos. A lo mejor es un barco.

MANCO.- Dos barcos seguramente serán. O tres. O toda la flota si te da la gana. Lo que tú quieras.

COJO.- (ACERCÁNDOSE MÁS, LE ESPÍA POR ENCIMA DE LAS ROCAS.) Hombre, no te pongas así conmigo...

MANCO.- (ASOMA LA CABEZA ENFADADÍSIMO, HABLANDO A GRITOS.) ¡Quieres dejarme en paz de una vez! ¡Hoy me toca a mí! ¿No? ¡Pues no estés todo el día alrededor con si hace bueno, si hay gaviotas, si va a llover, o si vienen barcos o no vienen barcos! ¿Hemos quedado por semanas sí o no?

COJO.- Bueno, lo que tú quieras. (SE ALEJA Y SE SIENTA A MIRAR EL MAR. PAUSA. TIRA PIEDRAS AL AGUA.) ¿Qué estáis haciendo?

MANCO.- ¿Y a ti qué te importa?

COJO.- Nada, nada. Perdona. (PAUSA.) Yo era, más que nada... Vamos que te lo decía por si no te das cuenta y...

MANCO.- (SALE DE ENTRE LAS ROCAS Y VA HACIA ÉL.) ¡Que nos dejes en paz! ¿Cómo quieres que te lo diga? ¡Ya está bien! ¡No podemos hablar, no podemos hacer nada contigo todo el día alrededor espionando! Ahora ya no sé ni lo que le estaba diciendo. Necesitamos un poco de intimidad, ¿es que no puedes comprenderlo? ¿Tan difícil es? ¿Te molesto yo acaso? ¿Me meto en tus cosas? ¡Todo el día espionando, y por la noche igual! ¡Deja de hablar un rato ya de una maldita vez! ¡Cállate! ¡O vete de aquí!

COJO.- ¿Y dónde voy a ir? Como no me vaya volando como las gaviotas, o me tire al mar...

MANCO.- Te puedes ir detrás de las palmeras. O haces un agujero y te entierras, a ver si así me dejas tranquilo.

COJO.- (SE TIRA AL SUELO DESESPERADO.) ¡Me tiro al agua, me mato o te mato a ti! ¡Ya no puedo soportarlo más! ¡Lo intento pero no puedo! ¡Me pongo malo! ¡Me muero!

MANCO.- Ahora toca el numerito de los nervios. (CONTENIENDO SU IRRITACIÓN.)
¿Pero es que no puedes comportarte como un adulto? En la vida no se puede tener siempre todo lo que se quiere. Me imagino que te lo explicarían tus padres de pequeño, o tus maestros en el colegio. Tenemos que empezar de una vez a comprender que los otros también tienen sus derechos. Que no estamos solos en el mundo. ¿Es que no puedes esperar unos días? La semana que viene, toda para ti. Las veinticuatro horas del día.

COJO.- Sé que le has estado hablando mal de mí. Lo sé.

MANCO.- ¿Te crees que no tenemos otra cosa mejor que hacer que hablar de ti?

COJO.- ¡Tengo que verla ahora mismo! ¡Tengo que decirle que la quiero, que no puedo vivir sin ella, que la necesito más que a nada en el mundo!

MANCO.- ¿Y yo, qué? Comprende tú también mis sentimientos. Y además, no quiero ponerme a discutir contigo ahora. Te conozco. Lo haces para que no pueda estar con ella. Son los malditos celos que te comen. Pues a mí me da igual. ¿Has oído? ¡Me da igual lo que hagas! ¡Mientras yo esté con ella, como si tú no existieras!

(VUELVE EL MANCO A ESCONDERSE DETRÁS DE LAS ROCAS Y SE OYEN RUIDOS Y RISITAS, COMO SI DOS PERSONAS ESTUVIERAN HACIENDO EL AMOR. EL COJO SE TAPA LOS OÍDOS, DESESPERADO. VA HASTA LAS PALMERA Y EMPIEZA A RECOGER LOS HARAPOS TENDIDOS.)

COJO.- (GRITANDO.) ¡Te cambio el próximo turno de corte si me la dejas!

MANCO.- ¡No me da la gana!

COJO.- (VUELVE A GRITAR.) ¡Dos turnos de corte! ¡Los que tú quieras!

(EL MANCO NO CONTESTA. SIGUEN ESCUCHÁNDOSE LOS RUIDITOS DE PLACER. EL COJO TOMA UNA DECISIÓN. TIRA LOS HARAPOS QUE HABÍA RECOGIDO, VA HASTA

UNOS BULTOS Y SACA DE ELLOS UN CUCHILLO GRANDE DE CARNICERO Y UN HIERRO DE AFILAR.)

COJO.- (COMIENZA A AFILAR EL CUCHILLO.) ¡Ya!

MANCO.- (SACANDO LA CABEZA.) Ya, ¿qué?

COJO.- Nos hemos quedado sin caldo y tengo hambre. Hay que hacer otro perol. Voy a cortar.

MANCO.- ¿Y tiene que ser precisamente ahora?

COJO.- Tengo hambre, ya te lo he dicho.

MANCO.- Por un día que no tomemos caldo no pasa nada. No nos vamos a morir por eso. Mañana, mañana cortamos. Hoy quiero estar con ella. Si cortas tendré fiebre y no podré. ¡Y lo sabes, maldita sea, por eso lo haces!

(SACA EL MANCO DE SU PECHO UNA HOJA DE CALENDARIO: "AGOSTO", QUE TIENE UNA MUJER DESNUDA, Y SE PONE A BESARLA APASIONADAMENTE.)

COJO.- ¡Ya! ¡Ya! ¡Voy a cortar ahora mismo! ¡O me la das y me corto yo! ¡A mí no me importa la fiebre con tal de tenerla!

MANCO.- ¿Lo ves? ¿Ves como no era el hambre? ¡Son los celos! ¡Los malditos celos que no te dejan vivir! (VUELVE A METERSE LA HOJA EN EL PECHO, APLASTÁNDOLA CONTRA SÍ.)

COJO.- (AMENAZANDO CON EL CUCHILLO.) ¡Sácatela de ahí! ¡La estás arrugando!

MANCO.- ¡Es mía! ¡Mía! ¡Yo la traje en la balsa con mis cosas!

COJO.- ¡Pero ella me quiere a mí, me quiere a mí! ¡Me lo ha dicho mil veces!

MANCO.- ¡A mí también me lo ha dicho! ¿Qué te crees? ¡Y que yo le gustaba más que tú! ¡Que mis labios le hacen temblar!

COJO.- ¡Mentira! ¡Eso es mentira! ¡A ver, sácala y que lo diga delante de mí! ¡A ver si eso es verdad! ¡Venga! ¡Sácala!

MANCO.- ¡Quita! ¡No la toques!

(METE EL COJO LA MANO EN EL PECHO DEL MANCO Y LE ARRANCA LA HOJA. EL MANCO CONSIGUE QUITÁRSELA DE NUEVO.)

COJO.- ¡Te mato! ¡Dámela que te mato! ¡Te juro que te mato!

MANCO.- ¡Es mía, mía, mía!

(CORRE EL MANCO EN CÍRCULO POR LA PEQUEÑA ISLA CON LA HOJA EN LA MANO, SEGUIDO DEL COJO CON EL CUCHILLO LEVANTADO CON EVIDENTES MALAS INTENCIONES, MIENTRAS SUENAN MÚSICAS PSICODÉLICAS DE MENTES ALUCINADAS POR EL MUCHO AMOR. FINALMENTE, EN LA PELEA POR LA POSESIÓN, DESTROZAN EL OBJETO AMADO QUE EL VIENTO SE LLEVA EN PEDAZOS AL MAR. QUEDAN LOS DOS PARALIZADOS AL VERLO. SE ESCUCHA DE NUEVO EL RUIDO DEL MAR Y LAS GAVIOTAS.)

COJO.- ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que ha pasado?

MANCO.- ¿Estarás contento ya?, ¿no? La has roto, eso es lo que ha pasado.

COJO.- ¡Se ha ido! ¡Nos ha dejado solos!

MANCO.- Toma. (LE DA EL CUCHILLO, QUE HABÍA CAÍDO EN LA PELEA.) Puedes cortar cuando quieras. Ya me da igual tener fiebre.

COJO.- ¡Mira, aquí hay un trozo! ¡Ha quedado un trozo! (RECOGE UN TROZO DE CARTÓN DEL SUELO, LO ESTIRA Y SE LO ENSEÑA.)

MANCO.- ¿A ver...? "AGOSTO". Sólo las letras... Sólo "AGOSTO".

COJO.- De todas formas lo quiero. Me puedo imaginar el resto cuando leo "AGOSTO". Es precioso "AGOSTO". Ella estaba aquí encima, ¿te acuerdas? Podemos volver a hacer lo de antes si quieres. Una semana cada uno.

MANCO.- Bueno. Sigo yo con ella estos días que me faltan, y luego tú. (TIENDE SU BRAZO MANCO.)

COJO.- (PREPARÁNDOSE PARA CORTAR, LE QUITA LOS VENDAJES.) Un trozo pequeño. Casi no tengo hambre ya.

MANCO.- (MIRA EL RECORTE PARA COGER FUERZAS MIENTRAS PONE EL BRAZO.) No es igual que antes, pero puede servir... "¡AGOSTO!"

(Y MIENTRAS PASAN DE NUEVO INDIFERENTES LAS GAVIOTAS POR EL CIELO, CAE IMPLACABLE LA CUCHILLA SOBRE LA CARNE ENAMORADA.)

OSCURO

CONFIDENCIAS DE MUJER

(UNA CAFETERÍA ELEGANTE Y SILENCIOSA. SUENA, AL FONDO, UN CONCIERTO PARA VIOLIN Y ORQUESTA, DE MOZART. ATARDECER DE UNA TARDE DE OTOÑO. DOS MUJERES DE MEDIANA EDAD, UNA PROFESORA DE INSTITUTO Y LA OTRA FUNCIONARIA DE UN MINISTERIO, HABLAN SIN MIRARSE SENTADAS CON UNA TAZA DE CAFÉ EN LAS MANOS. CON SUS OJOS PERDIDOS EN LAS TAZAS, Y EN EL INFINITO, MEZCLAN SUS VOCES EN UN MONÓLOGO SIN FINAL.)

PROFESORA.- ...Si quieres que te diga la verdad, a mí el amor, lo que se dice el amor, ya me da igual. (SONRIE) A estas alturas de mi vida me parece una cuestión sin importancia...

FUNCIÓNARIA.- ...Para mí toda la vida ha sido sólo eso: ir en busca de amor de un lugar a otro. (SONRÍE.) De ahí todos mis problemas...

PROFESORA.- ...He tenido, como todas, algunas historias... (TRISTEMENTE.) ...pequeñas aventuras sin sentido que ya casi he olvidado...

FUNCIÓNARIA.- ...Una vez y otra siempre con lo mismo... (DUDANDO CÓMO EXPRESARSE.) ...empiezas, un tiempo va bien, y luego...

(LAS DOS MIRAN HACIA DENTRO DE SI MISMAS, COMO BUSCANDO ALGO PERDIDO HACE TIEMPO)

PROFESORA.- ...A veces se me juntan en la cabeza las caras de todos los hombres que han tenido algo que ver conmigo desde que empecé a salir con chicos en el instituto, de joven, luego en la universidad, después en el trabajo... , los cuerpos que he tocado... la piel... los besos...

FUNCIÓNARIA.- ... En el fondo esos problemas son los que me han hecho sentirme más viva. (DISTANTE.) Lo demás no tiene apenas importancia...

PROFESORA.- ...Mi marido es otra cosa. Él supuso para mí algo diferente a los demás, aunque sólo fuera por la convivencia... La convivencia también es importante, digo yo. El día a día con alguien a tu lado... aunque muchas veces te sientes como atrofiada, paralizada, muerta por dentro, harta de todo... (SE PASA LA MANO POR EL PELO.) ...y de esa persona que está a tu lado... y que apenas conoces realmente...

FUNCIÓNARIA.- ...Encontrar a alguien que te necesite desesperadamente cada momento... (SE COGE LA CARA CON LAS MANOS.) que no pueda vivir sin ti...

PROFESORA.- ...Lo quiero, claro, pero de otra forma. Como quería de pequeña a mis hermanos, y a mis padres... Pero de eso al amor de las películas y de las novelas... No suenan los violines cuando se acerca a mí. La vida es otra cosa.

FUNCIÓNARIA.- ...A veces ha sido todo tan terrible... (BEBE CAFÉ.)

PROFESORA.- ...¡Exageraciones! (RÍE.) ¡Exageraciones!... La vida de uno no depende del amor, ni mucho menos...

FUNCIÓNARIA.- ...Cuando quieres a alguien de verdad y te abandona crees que no vas a poder seguir viviendo, y vas a morir de sufrimiento. Es un dolor terrible en el pecho, como si tuvieras un hierro al rojo vivo dentro... (SE SECA LAS LÁGRIMAS CON UN CLINEX.) ¿Te he dicho que hace poco me separé del hombre con el que estaba viviendo?...

PROFESORA.- ...El problema es que poco a poco te va entrando un hastío insoportable, como si la ilusión se te fuera escondiendo en esas pequeñas arrugas de la cara que no hay forma de borrar...

FUNCIÓNARIA.- ...Tal vez es que sea una eterna inmadura, como dice mi madre. (SONRÍE.) No he podido nunca tener una estabilidad...

PROFESORA.- ..La compañía y el cariño sí. Eso es importante. Vives con alguien, cuentas con él, no estás sola... Pero si te soy sincera, lo demás... aunque se echa de menos algunas veces. Hay días en que te pones tonta... (RÍE.)

FUNCIÓNARIA.- ...Para vivir con un hombre que no me quiere, prefiero estar sola... Necesito amor, si no, me vuelvo loca... Convivir sin amor es terrible. Si no me quieres, vete. No quiero tenerte aquí ni un minuto más... Es peor que el infierno. Acabas odiando al que está a tu lado... Y a ti misma...

PROFESORA.- ...A veces es agradable que te miren por la calle, o en una cafetería, que entres y un hombre te siga con la mirada, deseándote... Hasta una aventura de vez en cuando, si todo sucede normalmente, y te apetece... (SE RÍE, Y BEBE CAFÉ.) Sí, mujer, ¿por qué no? Una aventura...

FUNCIÓNARIA.- ...A lo mejor es que le pido demasiado a la vida...

PROFESORA.- ...Pero de eso al amor...

FUNCIONARIA.- ...O no...

PROFESORA.- ...Un abismo...

FUNCIONARIA.- ...Quiero estar bien...

PROFESORA.- ...A sentir verdadera pasión por alguien...

FUNCIONARIA.- ...Tengo derecho a sentirme viva...

PROFESORA .- ...Ese escalofrío que sentía antes, a veces...

FUNCIONARIA .- ...Y que todo tenga sentido...

PROFESORA.- ...Miras las caras de la gente que te rodea...

FUNCIONARIA.- ...A partir de cierta edad se lleva grabada en el cuerpo la tristeza de habernos equivocado...

PROFESORA.- ...A veces me pasa. (SONRÍE.) Estoy tan normal, y de pronto...

FUNCIONARIA.- ...Pero es que no puedo vivir sin amor... ¡No puedo!

PROFESORA.- ...Mi marido y yo nos llevamos bien. No estamos todo el día peleándonos, como otros... Hacemos el amor... alguna vez...

FUNCIONARIA.- ...Que te besen, que te quiten la ropa, que te acaricien, que te abracen fuerte, hasta hacerte daño...

PROFESORA.- ...Pero la cosa tampoco es para tanto, digan lo que digan todas esas nuevas teorías liberadoras de la mujer. Parece que hay que estar siempre con lo mismo para ser una mujer de verdad...

FUNCIONARIA.- ...Lo demás, mi trabajo, la casa, y eso, bien. Desde que aprobé las oposiciones en el Ministerio mi vida ha sido siempre la misma...

PROFESORA.- ...Yo con mis clases en el instituto, la verdad es que vivo bien... Un poco monótonas a veces, pero me gustan... Luego vuelvo a casa, con él. Apenas salimos...

FUNCIONARIA.- ...Me ha caído una gota de café en el vestido. Estas manchas no se quitan. (SONRÍE. HACE UNA SEÑAL AL CAMARERO.) ¡Oiga, por favor...! ¿Me podía traer un vaso de agua? (A LA PROFESORA, MIENTRAS MIRA LA MANCHA DE CAFÉ DEL VESTIDO.) ¿Sabes que me ha encantado que me llamas para tomar un café juntas y hablar un rato después de tanto tiempo sin vernos, Carmina?

PROFESORA.- (LA MIRA, FIJAMENTE, POR PRIMERA VEZ.) ¿Cómo dices? No, no... Yo me llamo Mercedes. Mercedes Sosa.

FUNCIONARIA.- (LA MIRA TAMBIÉN POR PRIMERA VEZ, INCÓMODA.) Perdona, pero tú ¿no eres Carmina, la mujer de Jesús el dentista?

PROFESORA.- No. Mi marido es militar y me llamo Mercedes. Cuando te acercaste a mí creí que nos conocíamos de algo y no me acordaba. Entonces te dije que te sentaras...

FUNCIONARIA.- Huy, pues discúlpame. Yo había quedado aquí con una antigua compañera mía de Facultad, que hace muchísimo que no nos vemos. Me llamó por teléfono, y quedamos. Como ella es rubia como tú, y estabas sola..., creí que... Te pareces mucho, aunque claro, hace que no la veo...

PROFESORA.- Claro, estas cosas pasan. A mí me sonaba tu cara... A lo mejor es que te pareces a alguien que yo conozco...

FUNCIONARIA.- Sí, a lo mejor...

PROFESORA.- Tampoco tenía nada que hacer. Estaba aquí, tomando un café.

FUNCIÓNARIA.- (LEVANTÁNDOSE.) Bueno, pues mucho gusto de todas formas.
Encantada. Y perdona.

PROFESORA.- (SE LEVANTA.) No hay de qué. Pues hasta otro día... Adiós.

(SE BESAN EDUCADAMENTE Y SALE LA FUNCIÓNARIA. LA PROFESORA SE SIENTA DE
NUEVO. EL CAMARERO SE ACERCA.)

CAMARERO.- El agua.

PROFESORA.- Ya es igual... Bueno, déjelo de todas formas.

(EL CAMARERO DEJA EL VASO Y SE ALEJA. LA PROFESORA MIRA FIJAMENTE EL
AGUA, QUE REPOSA LLENO DE SOLEDAD SOBRE LA MESA. FINALMENTE LO COGE Y
BEBE. SIGUE SONANDO EL CONCIERTO PARA VIOLIN Y ORQUESTA DE MOZART.)
OSCURO

PROBLEMAS CONYUGALES

(NOCHE DE VERANO EN UNA GRAN CIUDAD. ENTRA LA LUNA, Y LOS RUIDOS DEL
TRÁFICO, POR LA VENTANA ABIERTA. EN UNA CAMA UNA PAREJA HACE EL AMOR
EN LA SEMIOSCURIDAD. SE ESCUCHAN LOS ÚLTIMOS RUIDOS CARACTERÍSTICOS DEL
FINAL DE UN ORGASMO TRISTE Y RUTINARIO. ÉL SACA UN BRAZO Y DA LA LUZ DE
UNA MODERNA LÁMPARA QUE ESTÁ AL LADO. LUEGO SE SIENTA EN LA CAMA Y
ENCIENDE UN CIGARRILLO EN SILENCIO.)

ELLA.- No he sentido nada. (PAUSA.) ¿Me has oído lo que he dicho?

ÉL.- Sí, te he oído. No soy sordo.

ELLA.- Hace tiempo todo era diferente...

ÉL.- Siempre recordamos las cosas pasadas mejor de como eran.

ELLA.- Cuando me querías.

ÉL.- No empecemos con eso.

ELLA.- ¿Qué quieres decir?

ÉL.- Te quiero. Y tú a mí. Si no, no estaríamos aquí juntos los dos.

ELLA.- Entonces, ¿por qué no siento nada?

ÉL.- Eso no tiene nada que ver con quererse o no quererse.

ELLA.- Me siento muy desgraciada.

ÉL.- Todos somos desgraciados. Pregunta a los vecinos.

ELLA.- No tengo por qué preguntar a nadie. Hay gente que sale a la calle, se ríen juntos, andan de un lado para otro... Parecen felices.

ÉL.- Eso no quiere decir nada. La gente disimula.

(PAUSA. LOS DOS MIRAN AL TECHO FIJAMENTE.)

ELLA.- ¿Por qué no nos vamos de aquí?

ÉL.- ¿Irnos? ¿Y a dónde nos vamos a ir?

ELLA.- No lo sé... A cualquier lado. El caso es irnos. Cambiar, que pase algo... otro lugar... otras caras... otra cama...

ÉL.- Estás deprimida, eso es lo que te pasa. (HABLA SIN MIRARLA.) A lo mejor es algo de la comida. Cosas químicas que echan, que nos producen depresión, lo he leído en una revista. En una granja, por lo visto, daban de comer a las gallinas unos compuestos químicos que tenían más zinc del permitido y subió el índice de suicidios en toda la región. Se debió de transmitir la depresión en los huevos. En los huevos de las gallinas.

ELLA.- (SE SIENTA EN LA CAMA Y LE MIRA.) A veces no te conozco, te lo digo de verdad. Te miro y es como si fueras un extraño. No sé quién eres.

ÉL.- ¿Qué coño quieres decir con eso de que no sabes quien soy?

ELLA.- Nada.

ÉL.- Entonces, ¿por qué coño lo dices si no quieres decir nada? Si uno no quiere decir nada lo mejor que puede hacer es callarse. Es el mal de nuestro tiempo, la gente habla por hablar. Y es lo que te pasa a ti, que siempre tienes que decir algo, si no, te mueres.

(PAUSA LARGA)

ELLA.- (GRITANDO.) ¡Tú te crees que es normal ponerse a hablar ahora de pronto de los huevos de las gallinas!

ÉL.- ¿Y por qué no va a ser normal? ¡Y no grites, que lo van a oír los vecinos! ¿Quién eres tú para decir lo que es normal y lo que no lo es? Yo sólo te digo que lo leí en una revista, lo de los huevos.

ELLA.- Sí, de las gallinas. Ya te he oído.

(PAUSA. LOS DOS MIRAN DE NUEVO AL INFINITO)

ÉL.- ¿Y la salmonella, qué? Ése es otro problema, ¿o no?

ELLA.- ¿Otro problema de qué?

ÉL.- (PUNTUALIZANDO.) ¡De los huevos! Si no se lavan bien te da la salmonella. Pues no ha muerto gente de la salmonella... Luego está también el colesterol... Nosotros comemos muchos huevos.

ELLA.- Normal... Los que come todo el mundo.

ÉL.- ¿Cuántos comemos? Dos al día, por treinta días al mes... unos... sesenta al mes. Con un poquito que te deprimas por cada huevo... sesenta veces al mes... por doce meses al año... figúrate. (CALCULA MURMURANDO EN VOZ ALTA) Sesenta por doce... seis por dos doce, me llevo una, seis por una es seis... ¡ Setecientos veinte veces que te deprimas al año!

ELLA.- A mí lo único que me deprime de los huevos es freírlos. (AGRESIVA.) ¿A que a ti no te deprime freírlos?

ÉL.- Me saltan, te lo he dicho cuarenta veces. Por eso no los frío.

ELLA.- ¡Ah! ¿Y a mí no me saltan? Lo que pasa es que si me quemo yo, a ti no te duele.

ÉL.- Mira, déjalo. Estoy harto ya de hablar de huevos.

ELLA.- (PERDIENDO EL CONTROL.) ¿Y quién ha empezado? ¿Yo? ¿He empezado yo?

ÉL.- Que vamos a dejarlo. No tengo ganas de discutir. (PAUSA.) El caso es que me está entrando hambre de tanto hablar. Me comía ahora un par de huevos fritos con patatas y me quedaba nuevo.

ELLA.- Sí, pues como no te los frías tú, o tu madre, lo que es yo...

ÉL.- ¡Cómo te pones por nada! (SE ACERCA CARIÑOSO, TRATANDO DE CAMBIAR EL CLIMA.) Venga, dame un beso..., mujer...

ELLA.- (DURA.) No tengo ganas de besos ahora.

ÉL.- No te pongas así... Anda, ven... (ACARICIÁNDOLA.)

ELLA.- ¿Otra vez? Tú tan pronto te pones a hablar de huevos, como te da por...

ÉL.- Es que a mí los huevos me ponen romántico...

ELLA.- Pues a mí no. ¡Que no! ¡Quieto! Apaga la luz y vamos a dormirnos que mañana tengo que madrugar. Ya está bien por hoy. Además no me encuentro bien. Me duele la cabeza.

ÉL.- ¿Y cuando no te duele a ti la cabeza?

ELLA .- Gracias por tu interés, y por tu comprensión.

ÉL.- ¡Bueno...!

(APAGAN LA LUZ Y SE TUMBAN. PAUSA. HABLAN EN LA SEMIOSCURIDAD, ILUMINADOS POR EL RAYO DE LUZ QUE ENTRA POR LA VENTANA.)

ÉL.- ¿Se te ha pasado?

ELLA.- ¿El qué?

ÉL.- Lo de la depresión, y el dolor de cabeza.

ELLA.- (TRISTEMENTE.) Sí, ya estoy mejor. Duérmete.

ÉL.- De todas las maneras yo creo que deberíamos comer menos huevos.

ELLA.- (DA LA LUZ, SE LEVANTA DE LA CAMA FURIOSA, Y COGE SU ROPA.) ¡Hasta aquí hemos llegado! (SALE DANDO UN PORTAZO.)

(ÉL MIRA HACIA LA PUERTA POR DONDE ELLA HA SALIDO, SIN COMPRENDER NADA. SUBEN DE INTENSIDAD LOS RUIDOS DE TRÁFICO DE LA CIUDAD.)

OSCURO

LA BOLA DEL MUNDO

(UN PARQUE. SE OYEN LOS TRINOS DE LOS PÁJAROS. UN VAGABUNDO TOMA EL SOL DE MAYO TUMBADO PLÁCIDAMENTE EN UN BANCO. LLEGA UN JOVEN VESTIDO

ELEGANTEMENTE DE NEGRO, CON UNOS GUANTES EN LA MANO Y UNA FLOR EN EL OJAL. MERODEA UNOS MOMENTOS A SU ALREDEDOR, MUY NERVIOSO.)

JOVEN.- Está embarazada.

(EL VAGABUNDO LE MIRA SIN LEVANTARSE. ÉL SE ACERCA DESPACIO.)

Mi novia, que está embarazada. No se le nota, pero lo está. De tres meses. Nos conocimos en junio del año pasado, en la fiesta del cumpleaños de una vecina. El día tres de junio, exactamente. Empezamos a salir, a salir... y las cosas de la vida... Dejó un mes de tomar la píldora y ya ve. Y no es que estemos todo el día con lo mismo. Alguna vez, si salimos al campo un fin de semana, con el coche, o si algún amigo nos deja la casa... Pero como ese mes se marchó mi hermano de viaje y teníamos libre su apartamento... Tuvimos cuidado, pero ahí está. Yo, quererla, la quiero: me gusta estar con ella, hablar de cosas, ir al cine... A los dos nos gusta mucho el cine. Siempre es mejor tener los mismos gustos. Pero lo peor es su carácter. Tiene algo de mal genio, y a veces hay roces. ¿Comprende? Es de esas personas que se enfadan enseguida por todo...

(PAUSA. SE GOLPEA EN LAS PIERNAS CON LOS GUANTES, CADA VEZ MÁS ANGUSTIADO.)

Mi problema es que soy muy inseguro. Siempre me cuesta mucho decidirme... Las equivocaciones se pagan después. Mi hermano, cuando se casó, estaba enamorado de su mujer. A los seis meses, separados. Las cosas se pueden pensar hasta el último momento, y se puede cambiar de opinión. A veces cambiar de opinión es de sabios. Tienen un niño de tres años. Nació a los tres meses de separarse. Está de lunes a viernes con uno, y los fines de semana con el otro. Eso no puede ser bueno para el niño... Y mis compañeros de trabajo, lo mismo. Yo trabajo aquí cerca, en el Hispano Americano. Hace poco salió en la televisión por un atraco que hubo. Bueno, pues lo que le iba diciendo, miro a la cara de mis compañeros casados que trabajan allí, a Julio el cajero, o al depositario el señor Merino... Están todo el día quejándose de lo mal que les va

con su mujer... Ven pasar una chica a su lado, y se les van los ojos. Salen, se van al bar, y llegan a casa lo más tarde que pueden. ¿Para qué se casaron, digo yo? Mis padres es otra cosa. Son antiguos y no notan que son dos. Pero la gente de ahora no es lo mismo.

(PAUSA. PASEA ALREDEDOR DEL BANCO.)

Vamos a comprar un piso. Su padre nos deja algo, y el Banco me hace un préstamo hipotecario. Como soy de la casa tiene menos intereses. Claro, al principio tendremos que vivir con sus padres unos meses, hasta que nos den el piso y empecemos a amueblarlo...

(PAUSA. MIRA SU RELOJ. SE SIENTA AL LADO DEL VAGABUNDO. SE COGE LA CABEZA ENTRE LAS MANOS Y SE PASA LOS DEDOS POR EL PELO. MIRA A LO LEJOS.)

Si quiere que le diga la verdad, a mí lo que me hubiera gustado es ser marinero. Ir de puerto en puerto, hoy aquí, mañana allí, mirando el horizonte... ¿A usted le gusta mirar el horizonte? Aquí en la ciudad no se puede. Hace falta alejarse, subir a una montaña... En el mar es donde mejor se ve esa raya que se aleja... Tengo en mi casa una bola del mundo, de esas redondas, con los mares azules, las fosas marinas, los países cada uno de un color, las islas diminutas perdidas a lo lejos...

(COGE UN PALO DEL SUELO Y DIBUJA EN LA TIERRA LA BOLA DEL MUNDO, Y DESPUÉS LAS ZONAS DE LAS QUE HABLA, ANIMÁNDOSE POCO A POCO DE FORMA EVIDENTE.)

¿Ve? Éste es el mundo. El Océano Pacífico es el más grande, casi media bola para él solo. Madagascar; la Isla del Fuego; Australia, donde están los canguros; Groenlandia, con esa forma tan extraña... Allí hace siempre muchísimo frío. Los esquimales, ya sabe, los que viven en casas de hielo. El Ecuador, el Trópico de Cáncer, y el de Capricornio... Hay países que tienen unas fronteras muy claras: un río que los separa, una cadena de montañas... Hay algunos mares que son

inmensos, y otros tan chiquititos, que casi no se ven. ¿A que no sabe usted dónde está el mar del Aral? En Rusia. Aquí. África es la más complicada. Tiene muchísimos países, algunos tan pequeños que cambian de nombre cuando quieren. Yo ya he tenido que corregir varios nombres en la bola. ¿A que no sabe dónde está Namibia? ¿Lo ve? ¿Y el Mar del Coral? Lo mejor es organizárselo todo bien por paralelos y meridianos. Para eso están. Si te haces una idea de cada sitio por el cuadrante que le toca, no tiene pérdida. Es como el plano de una ciudad. Si no, no llegas a dominarlo nunca.

(PAUSA. BORRA CON EL PALO LO QUE HABÍA DIBUJADO.)

A veces le doy vueltas a la bola, cierro los ojos y pongo el dedo en un punto, al azar. Miro, y me hago la idea de que he ido volando como una mosca, y he aterrizado en ese lugar...

(PAUSA LARGA, CON LOS OJOS DEL JOVEN MIRANDO AL INFINITO. DE PRONTO, DE SU RELOJ DE PULSERA SALE UN PITIDO DE ALARMA. SE LEVANTA.)

Bueno, me tengo que ir. Me caso en esa iglesia de ahí detrás del parque, a las doce. Puede ver la cúpula desde aquí, entre los árboles. Ya me estarán esperando todos: mi familia, los amigos, los compañeros del banco... Algunos nos han dado ya los regalos... Usted ya sabe cómo son estas cosas. No voy ahora yo a... En fin, he tenido mucho gusto. Adiós.

(EL VAGABUNDO LE EXTIENDE LA MANO, PIDIENDO UNA LIMOSNA.)

Lo siento, no llevo nada suelto. Como me voy a casar...

(SE ALEJA CON PASO RÁPIDO. EL VAGABUNDO MASCULLA ALGO INCOMPENSIBLE Y SE ESTIRA DE NUEVO EN EL BANCO, A TOMAR EL SOL DE LA HERMOSA MAÑANA DE MAYO. SE OYEN, DE NUEVO, LOS TRINOS DE LOS PÁJAROS DEL PARQUE.)

OSCURO

MUJERES DE VIDA FÁCIL

(BAR DE ALTERNE, CON UNA LUZ ANARANJADA Y ADORNOS ANTIGUOS Y DECADENTES. TRINI, UNA PROVOCATIVA PROFESIONAL DEL AMOR, SENTADA EN UNA MESA, SE PINTA LA CARA A LA ESPERA DE CLIENTES Y CANTURREA LA CANCIÓN QUE SUENA EN UN CASSETTE QUE HAY SOBRE LA BARRA: "TATUAJE", DE LA PIQUER. ENTRA MARUCHI, OTRA PROFESIONAL, CONTANDO EL DINERO DE UN CLIENTE.)

MARUCHI.- Hola Trini. ¿Qué tal?

TRINI.- Fatal Maruchi, maja. Hoy tengo que ir a por el resultado de las pruebas y no tengo ni para el taxi. Me dicen que tengo el sida y encima me tengo que volver en metro a casa. ¡Qué asco de vida!

MARUCHI.- (METIÉNDOSE EL DINERO EN EL PECHO Y ARREGLÁNDOSE LA ROPA.) Bueno, mujer, tú tampoco te pongas en lo peor. Juana La Morros se las hizo y no tenía nada. (SE SIRVE UNA COPA Y BEBE.)

TRINI.- Sí, ya... Y La Extremeña también se las hizo y sí lo tenía. La una por la otra. Y el maricón ese del Julián sin aparecer ni dar señales de vida. Sin venir a ver a la niña y sin mandarme una peseta.

MARUCHI.- A lo mejor está en la cárcel, mujer.

TRINI.- Sí, por ahí con alguna es donde andará... Oye, ¿tú no me podías dejar algo de dinero unos días, hasta que...?

MARUCHI.- ¡Huy, yo no, hija! Debo hasta las pestañas postizas que llevo, que cualquier día me las arrancan por la calle. ¿Por qué no te lías con ese que viene a verte todos los jueves, el de la cara de cazo?

TRINI.- Sí, lo que me faltaba a mí, otro muerto de hambre. Estaba en una obra aquí al lado y lo echaron por vago. Dice que como está enamorado de mí se le caían los ladrillos. ¡No te digo...!

MARUCHI.- (LE DA LA RISA.) Qué feo es el tío. Mira que yo he visto tíos feos en mi vida, pero este se gana el primer premio, el maricón. ¡Por qué no quitas ya de una vez a la Piquer! Que antigua eres hija.(APAGA EL CASSETTE.) ¡Qué dolor de cabeza, todo el día con el "hermoso y rubio como la cerveza..."! ¿No te hartas?

TRINI.- Es un drama, como la vida misma: (CANTA) "Y entre dos copas de aguardiente, de mostrador en mostrador, va repitiéndole a la gente, la triste historia de su amor..." Las canciones de antes eran preciosas... Si tengo el sida, lo que me faltaba. ¡Qué puta vida esta, Maruchi!

MARUCHI.- Y encima nos llaman mujeres de vida fácil. ¡No te jode! Como no sea porque estamos todo el día tiradas en la cama...

TRINI.- Sí, pero con tíos asquerosos encima. El otro día estaba yo con un animal enorme que ni se quitó la ropa... Se bajó los pantalones y ¡hala! ¡A follar como un bestia! Bueno, pues estaba yo debajo de él, aplastada y jodida, que pesaba cien kilos por lo menos, echándome la baba encima, y apretándome con las manazas que tenía por todo el cuerpo, que veía las estrellas, medio ahogada que estaba ya, y va y me dice el tío: "¿Lo pasas bien, cariño?" Y yo, sin poder casi ni respirar, corriéndome las lágrimas por la cara, voy y le digo: "Sí, amor. Mira como lloro de gusto."

MARUCHI.- Anda, como ése que me cogió a mí el otro día y me puso morada a golpes porque decía que había visto en una película que es lo que hacían en el extranjero...

TRINI.- ¡Mujeres de vida fácil...! Esto lo ponía yo obligatorio, como la mili, para que vieran muchas lo que es bueno. ¡No bebas más, que luego llegas a la pensión con unas curdas que te das con las paredes!

MARUCHI.- Es para olvidar, Trini. Te lo juro.

TRINI.- A mí no me vengas con chorradas. ¿Para olvidar qué?

MARUCHI.- Pues muchas cosas que tengo yo que olvidar. Desgracias que me han pasado.

TRINI.- Ya, que te gusta más que el alpiste a los pájaros. ¿No ves que vas a acabar mal?

MARUCHI.- ¿Y tú, qué? Tú no fumas, ni bebes, y mira como estás.

TRINI.- Tienes razón, maja. Si hubiera hecho caso a mi pobre madre, que en gloria esté, y hubiera estudiado para maestra, mejor me hubiera ido.

MARUCHI.- ¡La jodimos, tío Felipe! ¿Tú de maestra? Como no enseñaras el culo a los niños, no sé qué ibas a enseñar.

TRINI.- Desde luego qué burra eres... (SE LEVANTA DE LA MESA.) ¡Ay, Dios mío! ¡Y ahora qué voy a hacer yo si tengo el sida!

MARUCHI.- Pues no sé, mujer... Pero no seas aprensiva, que a lo mejor no lo tienes. Puede ser un catarro, o lo que sea...

TRINI.- (ACERCÁNDOSE A ELLA.) ¿Tú te quedarías con la niña si me ocurriera una desgracia, vamos a suponer?

MARUCHI.- Somos amigas, ¿no? A la niña no le faltaría de nada mientras fuera a la escuela de pequeña. Tú me conoces. Luego ya, de mayor, pues a la puta calle, a hacer la vida.

TRINI.- ¡Eso sí que no! ¡Mi hija tiene que ser decente! Que tenga novio y se case con un chico honrado y trabajador, y que tenga hijos y se esté en su casa como Dios manda.

MARUCHI.- Ya, y que friegue los cacharros, lave la ropa, haga la comida al marido como una esclava, y aguante todo el santo día en su casa cuidando a los niños mientras él anda por ahí, con putas como nosotras. ¡Estás tú buena!

TRINI.- ¡Y luego dices tú que la canción esa de la Piquer...!

(ENTRAN POR LA PUERTA DEL BAR DOS BORRACHOS TAMBALEANTES.)

MARUCHI.- (ARREGLÁNDOSE.) Oye, que entra "ganao". Vamos.

TRINI.- Hala, al picadero. ¡A ver si quiere Dios que tenga de verdad un poco del sida ese y lo mande todo a tomar por el culo de una vez! (A LOS QUE ENTRAN.)

¡Eh, tú, guapo, moreno...!

MARUCHI.- ¡Nene, mira lo que tengo para ti...!

(SUENA UNA MÚSICA SENSUAL E INSINUANTE. Y CAMINAN LAS DOS, ENTRE LAS LUCES DE COLORES, HACIA LOS FUTUROS CLIENTES, ENMASCARADAS DE MUJERES ALEGRES Y DICHOSAS.)

OSCURO

CARTA DE AMOR A MARY

(LA GUERRA. UN SOLDADO AVANZA ARRASTRÁNDOSE HASTA LLEGAR A UN REFUGIO EN UNA TRINCHERA, DONDE DORMITA EN UN CAMASTRO OTRO SOLDADO. ES NOCHE CERRADA Y SE VEN, A LO LEJOS, RESPLANDORES DE EXPLOSIONES DE BOMBAS. DURANTE TODA LA ESCENA SE ESCUCHA RUIDO DE GUERRA. LOS DOS SOLDADOS SON AMERICANOS DEL NORTE "MADE IN USA", Y SE LLAMAN MAC KEY JUNIOR Y JOE SMITH, LÓGICAMENTE.)

MAC.- (ENTRA FATIGADO.) "Hello", Joe.

JOE.- (MEDIO INCORPORÁNDOSE.) "How do you do, Mac?" ¿Cómo ha ido esa guardia?

MAC.- ¡Fatal, Joe! Han caído Sandy, Bob y el cabo Johnson. Y hace un frío ahí fuera que no lo aguanta ni un mormón de Utah, por muchas mujeres que tenga

encima. (SE SOPLA SUS MANOS HELADAS.) ¿Por qué no harán las guerras en verano?

JOE.- (LE DA UNA MANTA.) Toma, tápate. Ahí hay café si quieres. (ENCIENDE UNA LUZ DE CAMPAÑA Y LE ALCANZA LA CAFETERA.)

MAC.- "Thanks", Joe. (BEBE.) Está frío.

JOE.- Se ha acabado el fuego.

MAC.- (DEJA EL CAFÉ.) ¡Estoy desmoralizado, Joe! ¡Perdona que te lo diga, pero estoy desmoralizado! Sandy, Bob y el cabo Johnson se me han muerto encima. ¿Tienes un chicle, "please"?

JOE.- Se me han acabado. Toma, te daré medio del mío. (SE SACA EL CHICLE DE LA BOCA Y LE DA MEDIO.)

MAC.- (MASCANDO.) No sabe a nada.

JOE.- Está muy usado. Me lo pasó ayer el cabo Johnson.

MAC.- (SE LO SACA DE LA BOCA Y LO MIRA FILOSÓFICO.) Lo que es la vida, Joe. Ayer masticaba este chicle el cabo Johnson, y hoy está muerto y lo masticamos nosotros. Johnson era un buen muchacho, aunque fuera de Minnessota. "You know", le llevaré este chicle a su vieja con sus cosas. Fue lo último que masticó.

JOE.- Son cosas de la guerra, Mac. Qué le vamos a hacer. "Come on" Mac, descansa un rato. Tienes muy mala cara.

MAC.- Estoy muy desmoralizado, Joe. Sandy, Bob y el cabo Johnson se me han muerto encima.

JOE.- Ya me lo has dicho, Mac. ¿Dijeron algo?

MAC.- ¿Quién?

JOE.- Ellos, que si dijeron algo antes de...

MAC.- Tacos. Sandy dijo primero algo de su madre, y luego ya tacos. Los otros tacos directamente. Sandy algo de su madre... y tacos...

JOE.- Mac, repites las cosas, "you know". Repites siempre muchas veces las cosas. Y eso no es bueno. (SE TUMBA EN SU CAMASTRO.)

MAC.- ¿Tú no echas de menos a tu madre?

JOE.- Sí, mucho. Sobre todo por las mañanas.

MAC.- ¿Y a tu novia?

JOE.- También mucho. Sobre todo por las noches. "Hey" Mac, estás tiritando.

MAC.- Es del frío. Es lo peor de la guerra, "you know", que no vengan las mujeres con nosotros. ¿Te imaginas? Yo vendría ahora del puesto y mi madre me tendría preparado café caliente y no esto (TIRA EL CAFÉ.) ...y tarta de manzana. ¡Y Mary! ¡Que estuviera también esperándome! Me abrazaría, y la guerra sería más soportable. ¿Por qué venimos nosotros solos a la guerra, Joe? ¿Por qué no traen a las mujeres con nosotros?

JOE.- No lo sé. Me imagino que sería un lío. "You know", habría que traer también a los niños, al perro, el vídeo, la televisión... Sería peligroso, ¿ok?

MAC.- ¿Peligroso? ¡Sandy, Bob y el cabo se me han muerto encima y ni siquiera habían desayunado! Si al menos hubiesen dormido ayer con sus mujeres, si hubiesen tomado sus corn-flakes, sus huevos con bacon... "you know" y sus hijos les hubiesen dado un beso antes de salir de patrulla, se hubiesen muerto decentemente, ¿ok?, y no así. ¿Qué hacemos los hombre solos en la guerra mientras los demás están en sus casa viendo la televisión?

JOE.- Sí, Mac, tienes razón, ¿ok?. Es duro ser hombre. Sobre todo cuando hay guerra.

MAC.- (A GRITOS, UN POCO YA FUERA DE SÍ.) ¡Se lo voy a decir a mi capitán! ¡Que me traiga a Mary, mi dulce Mary, mi querida Mary! ¡Sueño con ella a todas horas! ¡La quiero, la necesito...!

JOE.- Una mujer es lo más hermoso que hay en el universo. "You know", Dios hizo un buen trabajo cuando las creó. Se esmeró. (DESCUBRE ALGO DE PRONTO.) Oye Mac, debajo de ti hay sangre..., un charquito.

MAC.- (MIRANDO.) Pues sí, es verdad. No me había fijado. ¿De quién es?

JOE.- No lo sé, Mac. Antes no estaba ahí. Antes de que tú vinieras, quiero decir. (SE ACERCA A ÉL.)

MAC.- Pues hay mucha. (SE MIRA.) Parece que baja por aquí, por la pierna.

JOE.- ¡Dios mío, Mac! ¡Estás herido!

MAC.- (QUITÁNDOSE LA ROPA Y MIRANDO.) No noto nada...

JOE.- ¡Aquí! ¡Tienes un agujero en este lado! ¡Y otro más abajo! ¡Mac! ¡En el estómago tienes otro boquete grandísimo! ¡"Oh, my God", Mac! ¡Qué te ha pasado!

MAC.- (SE AGARRA EL ESTÓMAGO Y CAE DE RODILLAS, GRAVÍSIMO DE PRONTO AL VER SUS HERIDAS.) ¡Voy a morir, Joe! ¡Estas heridas son malas, "you know"! ¡Lo noto por dentro! ¡Estas cosas se saben! (TOSE.)

JOE.- ¡Voy a llamar a los sanitarios!, ¿ok?

MAC.- ¡No! ¡Espera!, ¿ok? ¡Antes quiero dictarte una carta para Mary! ¡Mi última carta, "you know"! ¡Luego ya no podré!

JOE.- "Ok, Mac" (COGE PAPEL Y BOLÍGRAFO.) Lo que tú digas.

(JOE COPIA ENTRE LÁGRIMAS LAS ENTRECORTADAS PALABRAS DE SU AGONIZANTE COMPAÑERO, MIENTRAS SUENA UNA MÚSICA PATRIÓTICA YANQUI QUE DA UNA NOTA DE COLOR A LA PATÉTICA ESCENA.)

MAC.- "My dear Mary", dos puntos. Espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Yo, lo normal en caso de guerra, muriéndome. Quiero que sepas que te he amado siempre, "baby", diga lo que diga tu madre. Desde pequeños, cuando jugábamos a médicos en el cobertizo, Mary. No podremos hacer el viaje de novios a caballo por Texas, como siempre soñé, ni podremos montar el MacDonalds en la esquina de Main Street, como tanto deseabas. Dile a mi madre que no le escribo porque, aunque la quiero, no sé qué decirle. Si me dan una medalla por morirme, haces una copia para ti y a ella le das el original. Al fin y al cabo es mi madre. Da recuerdos a tus padres, a tus hermanos, a tus tíos y demás familia. ¡Qué duro es morir lejos de ti, Mary y de la dulce patria! Se despide de ti para siempre con un beso, este tu novio que lo fue, Mac Key Junior.

JOE.- (REPITE MIENTRAS COPIA.) "...que lo fue, Mac Key Junior". ¿Algo más, Mac?

MAC.- Postdata: "Mary, siempre has creído que era tartamudo, y no es verdad. Sólo tartamudeaba contigo, del amor que me entraba cuando me mirabas. Con los demás hablo normal. Pregúntaselo a cualquiera. Otro beso póstumo. I love you".

JOE.- Está todo, Mac. ¿Quieres algo más?

MAC.- No. Ahora sólo quiero decir unos cuantos tacos antes de... ¡Cabrones! ¡hijos de puta! ¡Maricones!...

JOE.- (ZARANDEÁNDOLE EN SUS BRAZOS.) ¡Mac! ¡La dirección, Mac! ¡Que no me has dado las señas donde tengo que mandarla...! ¡Mac...! ¡Mac...!

(EL RUIDO DE LAS BOMBAS AHOGA LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE JOE SMITH, CON EL CADÁVER EN SUS BRAZOS DE SU AMIGO Y COMPAÑERO DE ARMAS, MAC KEY JUNIOR.)
OSCURO

PROMESA DE AMOR

(MEDIODÍA EN UNA CARRETERA DEL MUNDO. EN UN LATERAL UNA MUJER DE UNOS VEINTIOCHO AÑOS, DE ASPECTO RURAL, CON UNA VIEJA MALETA Y UNA CAJA ATADA CON CUERDAS. LLEVA EN LA MANO UN CARTÓN EN EL QUE PONE "ORENSE". HACE LA SEÑAL DE "AUTO-STOP" A LOS COCHES QUE PASAN.)

PAQUIÑA.- ¡Eh! ¡Párate hombre, que voy pa Orense...! Nada. Que no para ni uno. ¡La madre que les echó al mundo!

(COGE LA MALETA PARA CAMBIAR DE SITIO, Y SE LE ABRE.)

¡Hala! ¡Mecagüenla...! ¡Lo que me faltaba! ¡La botella Solares y todo tirao...!

(ESTÁ RECOGIÉNDOLO, CUANDO ESCUCHAMOS QUE SE ACERCA OTRO COCHE. VUELVE A HACER LA SEÑAL DE "AUTO-STOP", PERO EL COCHE PASA DE LARGO.)

No, si no pararán los animales. ¡Así os matéis todos! Me pienso que me va a tocar estar todo el día aquí. Pues voy a comer algo, qué carallo. Ya que no paran...

(SACA UNA TARTERA DE LA CAJA, SE SIENTA SOBRE LA MALETA Y EMPIEZA A COMER. GIRA LA CABEZA Y, AL VER AL PÚBLICO, LE OFRECE.)

¿Si gustan ustedes? Unas patatas, y un poco de jamón... Vuélvome para casa, ¿saben?, y como no tenía dinero para el Auto-res pues no iba a volver andando, vamos, digo yo. Alguno parará, me supongo. (EN CONFIDENCIA, AL PÚBLICO.) Es que escapeme del manicomio. Psiquiátrico, le dicen ahora, pero aquello es un

manicomio. Está lleno de locas así que qué va a ser. (COME.) Yo no estoy loca, por eso me he escapado. A mí me metieron allí por una injusticia. Un problema de amores que tuve, y me metieron con las locas. (NUEVA CONFIDENCIA.) Comí las orejas a mi novio. Se lo juro. Y me metieron allí. Yo lo hice por cumplir una promesa, no porque me gusten a mí las orejas, ni porque esté como las otras de allí, que ven volar marcianos a todas horas. Lo que no habré visto yo en ese lugar. Te meten cuerda y sales tararí. ¡Unos gritos, y unos líos a todas horas...! Y por la noche no hay quien pegue ojo. Te metes en la cama y al rato te vienen tres o cuatro y se te echan encima gritando que el Niño Jesús les tira del pelo... o vete tú a saber, cualquier cosa. Si no me escapo, acabo...

(SE LLEVA EL DEDO A LA SIEN HACIENDO EL GESTO TÓPICO DE LA LOCURA. LUEGO SIGUE COMIENDO, Y DEJA VAGAR SUS OJOS POR LA CARRETERA EN BUSCA DE SUS RECUERDOS.)

Y todo por culpa de ese animal del Julián. Se lo había dicho veinte veces: "Julián, si te agarro pegándomela con otra te como las orejas". ¡Veinte veces se lo había dicho! Una promesa, ya les digo. Y a una servidora le enseñaron sus padres desde rapaza que lo que se promete se cumple, ¿o es mentira? (CADA VEZ MÁS ENFADADA.) ¡Pues con una que le pillé! ¡Y cómo le pillé! No crean ustedes que fue dando un paseo por el campo, ni en misa de doce. ¡Qué va! ¡Follando! Se lo juro por mi madre. Que me caiga muerta aquí ahora mismo si miento. Folla que te folla que estaban. Bueno, "haciendo el amor" como dicen ahora, que es más fino. Haciendo el amor, pero follando. Que estaban uno encima del otro pegando unos brincos que parecía aquello la montaña rusa de las ferias. Él, con los pantalones bajos y el culo feo ese que tiene al aire. Y ella, la guarra, sin bragas y con la falda hasta la cabeza, ahí dale que te pego los dos, que parecía una de esas películas modernas que ponen ahora en la televisión. Y yo me le comí las orejas, y al psiquiátrico. Encima de lo mal que me supieron.

(SE OYE OTRO COCHE QUE TAMBIÉN PASA DE LARGO. ELLA VUELVE A SENTARSE EN LA MALETA Y SIGUE COMIENDO, MEDIO LLORANDO.)

¡En mitad de la era que les pillé! ¡Empajaos! Vamos, llenos de paja por todos laos. ¡A las doce de la mañana, a pleno sol! ¡Que le quemaba el culo rojo al Julián que parecía el culo de un mono! Con la marrana de mi prima Trini, que le van los hombres más que a Valentín, el mariquita del pueblo. Se podían haber ido a cualquier sitio, ¿no? Pues nada. Allí delante, como los perros, enquilaos a pleno sol. Que igual que les vi yo, además, les pudo ver cualquiera. Aún encima que llevo toda la vida arreando con él, que si me decía: "Paquiña, pal monte", ya iba Paquiña pal monte como una tonta. Y luego: "Paquiña, baja del monte", y yo como una infeliz pa arriba y pa abajo que me tenía. Llevábamos hablando ya formal más de once años. Desde pequeños, que nos hicimos novios. Si había hecho yo ya los manteles, las sábanas y todo... para casarnos. Y va el animal y... (LLORA.) ¡Los hombres, que son de lo que no hay!

(SE INCORPORA TRATANDO DE REPONERSE. SE SUENA CON UN PAÑUELO, Y SE SECA LAS LÁGRIMAS.)

Yo hice como si no me hubiera enterado de nada. Me hice la tonta y quedé al otro día con él en casa de su tío Andrés, que es donde nosotros íbamos a hacer los pecados, porque es sordo, y medio ciego, y no se entera de nada. Y si se entera se lo calla y a lo suyo. Bueno, pues eso, que quedo con él por la tarde, y que me llega ya él salido, bajándose los pantalones y todo. "Entra, entra, pasa, pasa", -le digo yo-. "Que te voy a dar pal pelo". Yo disimulando, le dejo que me toque un poco, y le digo que quería beber algo antes, y que se fuese por unas Fantas para echarle a la ginebra que tiene su tío en un garrafón, para entrar en calor. Pues allá que se fue, de mala manera, atándose el cinto. Y yo le eché en la copa de la ginebra las pastillas para dormir que se toma mi madre, que está de los nervios. Entero el frasco se lo eché. Total, que llega él de vuelta, tan burro como siempre: "¡Hermosa!" (SE DA UN AZOTE EN EL CULO IMITÁNDOLO.) Echamos las Fantas, se toma el potingue, y se queda con los pantalones ahí, a medio bajar, frito de golpe como un bendito. Cuando vi yo que estaba bien dormido cogí unas tijeras de esquilar que tiene su tío y cortéle las orejas. Y me las comí. Se lo había prometido, ¿no? Bueno, no me las comí enteras del todo, porque

cuesta mucho masticarlas. Aún me queda un cacho, y me lo voy comiendo poco a poco.

(SACA UN TROZO DE OREJA DE LA TARTERA Y SE LO OFRECE AL PÚBLICO.)

¿Quieren?

OSCURO

UNA VERDADERA MÁRTIR

(UN PARQUE. MEDIA TARDE. PATOS, DESOCUPADOS, Y RUIDOS DE JUEGOS DE NIÑOS. ÉL, FEO Y MAL VESTIDO, SENTADO EN UN BANCO LEE UN PERIÓDICO. ELLA, GUAPÍSIMA Y MUY ARREGLADA, SE ACERCA AL BANCO Y MERODEA ALREDEDOR. POR FIN SE SIENTA EN EL OTRO EXTREMO DEL BANCO.)

ELLA.- Oye... perdona... ¿Vienes mucho por aquí?

ÉL.- (DESPECTIVO.) ¡Y a ti qué te importa! (SIGUE LEYENDO.)

ELLA.- (ACERCÁNDOSE EN EL BANCO.) ¿Estudias o trabajas?

ÉL.- ¿Quieres que llame a un guardia?, ¿eh?

ELLA.- Bueno, no te pongas así... No te estoy haciendo nada. Sólo estoy aquí, sentada... El banco es de todos.

(PAUSA.)

ÉL.- (MIRÁNDOLA DURAMENTE.) Pero bueno, ¿tú eres tonta, o qué?

ELLA.- Desde luego, los hombres sois todos iguales. No sé qué os creéis, que estamos todas deseando... No te voy a comer.

ÉL.- ¿Es que no puede uno venir al parque tranquilamente a leer el periódico sin que se acerque una pesada?

ELLA.- ¡No puedo más! (SE PONE A LLORAR.) Llevo más de un año detrás de ti. No te pones al teléfono, no quieres hablar conmigo, y cuando te encuentro haces como que no me conoces... Yo trato de seguirte la corriente, pero esto no puede seguir así. Estoy sufriendo y pasándolo muy mal.

ÉL.- ¡Y a mí qué me cuentas! Es tu problema.

ELLA.- ¿Es mi problema estar enamorada de ti?

ÉL.- ¿Pero por qué estás enamorada de mí, si yo no hago nada?

ELLA.- ¡Me desprecias! ¿Te parece poco?

ÉL.- ¡Ah! ¿Y por eso estás enamorada de mí? ¿Porque te desprecio?

ELLA.- ¡Cásate conmigo, por favor te lo pido! ¡Soy rica, guapa, culta, tengo una casa maravillosa, un perro...! ¡Todo te lo doy! ¡Todo!

ÉL.- ¡Pero bueno...! ¡Qué manía has cogido! No me quiero casar, a ver si te enteras. Soy ferroviario. Me gusta conducir trenes por el mundo y no quedarme pegado a unas faldas en casa, tener niños y ver en la televisión esos programas estúpidos que nos cuentan cómo es la vida estúpida de los seres estúpidos. Yo soy un poeta de las vías de alta velocidad. Y odio a las mujeres, a ver si te enteras.

ELLA.- Pues por eso te quiero más. Necesito sufrir lo más posible viviendo a tu lado. Seré la Madame Bovary de esta época, Juana de Arco, y Teresa de Calcuta a un tiempo. Tengo vocación de mártir de hombres y sé que tú eres el mejor partido del mundo para la desesperación.

ÉL.- ¿No ves que lo hago por tu bien...? ¿No ves que te iba a tratar fatal?

ELLA.- (ABRE UN PAQUETE QUE LLEVA EN SUS MANOS.) Te he traído un regalo: ábrelo, por favor.

ÉL.- (LO COGE.) ¿Qué es? (ABRE EL PAQUETE Y SACA UN CINTURÓN DE CASTIDAD.) ¿Qué es esto?

ELLA.- Lo he comprado en El Corte Inglés. Es de plástico, pero imitación de los antiguos, de los de verdad. Me lo pondré cada vez que te vayas de viaje para que sepas que te seré fiel siempre.

ÉL.- (MIRA EL ARTILUGIO CON CURIOSIDAD.) ¡Bueno...! ¡Desde luego...! Las mujeres cuando os empeñáis en algo...

ELLA.- Soy una mujer muy antigua, necesito un monstruo como tú para ser completamente desgraciada, como mi madre. Yo la he visto llorar desde pequeña, noche tras noche... ¡Yo también tengo derecho a sufrir!

ÉL.- ¡Que no me caso, leches! ¡Que no me caso, y contigo menos! ¡Paliza, que eres una paliza! ¡Vete de aquí, y déjame en paz de una vez! Antes de casarme contigo me mato.

(ÉL SE PONE DE NUEVO A LEER EL PERIÓDICO. ELLA SACA UNA PISTOLA DEL BOLSO Y SE LA OFRECE.)

ÉL.- ¿Eso que es?

ELLA.- Una pistola ¿No lo ves?

EL .- ¿Qué pasa? ¿Ahora viene el momento del suicidio? Es lo último que nos faltaba ya. Pues por mí puedes matarte si quieres, pero sepárate un poco, por favor, no me manches la ropa. Vete al césped.

ELLA.- Perdona querido, pero no es para matarme yo, sino para matarte a ti. Hay crímenes pasionales que están completamente justificados.

(ELLA LE APUNTA CON EL ARMA. ÉL SE PONE DE PIE, PÁLIDO)

ÉL.- ¿Pero tú estás loca?

ELLA.- Sí. ¿Ahora de das cuenta? Completamente loca. (DISPARA.)

OSCURO

UN BOCADILLO DE HIGADILLOS

(URGENCIAS HOSPITALARIAS. SE OYEN SIRENAS DE AMBULANCIAS. UN MACARRA CHULILLO Y JOVEN, EN UNA SILLA DE RUEDAS, VENDADO Y ESCAYOLADO DE LOS PIES A LA CABEZA, CON UN HABLA CARACTERÍSTICA, Y MÁS ENFADADO CON EL MUNDO QUE NUNCA.)

MACARRA.- Pues nada, que me pongo yo a hacer auto-stop, ¿no?... para ir a Valencia, llega un tío con un camión grande, de esos cisterna, me para y me dice que me lleva, y que si voy a las Fallas..., como era marzo..., ¡no te jode! Le digo yo que a mí las Fallas me la traen floja, y que iba a ver a una titi que tengo yo allí, a mojar un poco, le digo. Total, que subo ya al camión, me siento, y me dice que si es mi novia, la de Valencia. Y yo le digo, por quedarme con él más que nada, ¿no?, que yo a las tías me las tiro y ni novia ni leches. Que les va la marcha, que son todas unas quinquis..., bueno, y esas cosas que se dicen entre tíos que son las tías. Y luego ya, él me tira de la lengua y yo me puse a fardar que si me tiraba a ésta y a la otra, y gilipolleces, que también me podía yo haber puesto a hablar de fútbol o de lo que fuera. Pues no. Como soy gilipollas... El caso es que nos dio por hablar de tías, y eso fue lo peor. Le dije yo que si a él no le daba miedo parar a uno en auto-stop, que ya no para casi nadie, los cabrones, y me dijo que no porque tenía una amiga que cuidaba de él, y ahí me enseñó ya una llave inglesa grandona que llevaba, que me dio un escalofrío al verla, como si me oliera yo ya algo chungo. El horóscopo, o lo que fuera, que lo tenía yo ese día torcido. Total, que le digo yo que me voy a quedar un poco traspuesto porque hacía un puñado de noches que no pegaba ojo... "De las tías, tronco, que no me

dejan ni a sol ni a sombra. Estoy más liao quel turbante un indio", yo, por tirarme el rollo con él, ¿no? "Ahora mismo le suministro gasolina a cuatro solteras y a una casada. Me debían dar la medalla el trabajo", le digo. Y él me pregunta, por hacerme hablar, qué cómo es la casada. "La que más agotado me tiene tío. Es que es una viciosa. Me exprime más que una máquina de esas de hacer zumos. Y luego se come la cáscara", y él, el cabrón, se reía. Muy grandón el tío, enorme. Casi daba con la cabeza en el techo la cabina. Miedo daba mirarlo. Bueno, pues va y me dice: "Como te coja el marido vas a tener un disgusto". Y le digo yo: "Si es un pringao. No está nunca en casa. Anda siempre de viaje, y yo le cuido el ganao mientras está fuera". Ahí ya puso una cara rara, pero yo creí que era por uno que nos había pasado, con un coche extranjero de esos de puta madre. Y voy yo y le digo que si la tía me daba de comer muy bien cuando iba a verla, que si era muy simpática, y cosas así. Y que las mujeres cuanto más mayores más golfas. Y me dio hambre, a lo mejor de hablar, me digo yo, o del viaje: "Voy a darle al diente", le digo sacando el bocata que llevaba, y eso fue lo peor. "Me lo ha hecho la casada, la del barrio La Estrella", digo yo. "¿Vive en el barrio La Estrella?" "Sí, ¿por qué?" "No, por nada". Y se calla, muy serio, y se pone a toser el tío. Yo le miro, comiendo, y él venga a toser. "Son higadillos fritos. ¿Quieres?" Y ya ahí la cagué. Estaba el tío blanco, y sudaba, pero yo creí que era de la tos. A ver si este tío está enfermo y me pega algo malo, pensé yo. O nos damos una hostia con tanta tos. Entonces él va y me dice que le alcance su bocata de la guantera del camión y que se lo abra. Yo, tan normal, ¿no? Le habría entrado hambre... Abro la guantera, cojo el bocata, le quito el papel de plata que llevaba, como el mío... "¿Qué hay dentro?", me dice él, "Carne", le digo yo, acojonado, al ver el bocata. "Pero, ¿carne, qué carne?" ¡Hígados fritos, mecagüen su madre, que llevaba! ¡Los mismos que los míos! Yo blanco, no podía ni hablar, ni tragar, ni moverme, ni respirar... "Oye, ¿tú tienes Seguridad Social, chaval?" Me suelta el cabrón de golpe. "Yo no, señor. ¿Por qué?" "Es que te va a hacer falta". Y ahí coge la llave inglesa grandona. "¿Por qué frenas? ¡Oye, no jodas tío...! ¡Que yo no he hecho nada! ¡Son fantasmadas que te he contado! ¡Yo no he visto a tu mujer ni en foto! ¡Te lo juro por mi madre! ¡Y a Valencia voy a buscar

trabajo! ¡A recoger naranjas, te lo juro! ¡Si yo no he hecho nada, colega! ¡Me lo he inventado todo! ¡Lo he dicho por decir! ¡Gilipolleces que se hacen en la vida...!" No hubo forma. Se cegó el tío conmigo. Y anda que a su mujer, cuando la cogiera...

(MUEVE EL CUELLO DE UN LADO A OTRO, Y SE COLOCA CON UN DEDO LA ESCAYOLA.)

Lo que más me duele, además de los puntos, es que no me gustan los higadillos. Mira que se lo dije a mi madre cuando me estaba haciendo el bocata: "no me pongas eso, que me sientan mal..."

(SUENAN DE NUEVO LAS SIRENAS. SALE UN CELADOR Y SE LLEVA AL DOLORIDO ESCAYOLADO EN SU SILLA DE RUEDAS)

OSCURO

TIEMPOS MODERNOS

(GIMNASIO MODERNO LLENO DE TUBOS DE NEÓN Y ARTILUGIOS MECÁNICOS PARA CUIDARSE EL CUERPO. DOS MUJERES JÓVENES Y ATRACTIVAS HACEN GIMNASIA CON APARATOS, UNA AL LADO DE LA OTRA, EN MALLAS DE COLORES. UNA DE ELLAS ESCUCHA UN WALK-MAN CON AURICULARES EN LOS OÍDOS.)

OLGA.- (PEDALEANDO EN UN APARATO-BICICLETA.) ¡Lola! (LA OTRA NO RESPONDE.) ¡Lola!

LOLA.- (EN EL OTRO APARATO. PARA EL WALK-MAN.) ¿Qué?

OLGA.- ¿Tienes algo importante que hacer esta tarde en casa?

LOLA.- (FATIGADA.) ¿En casa? ¿Esta tarde?

OLGA.- (TAMBIÉN FATIGADA.) Sí. Esta tarde, en casa.

LOLA.- No. ¿Por qué?

OLGA.- Es que quería pedirte un favor, si no te importa.

LOLA.- ¡Ah! Estoy sudando. Este aparato se me da fatal.

OLGA.- Pero es muy bueno para la cintura. Y para la circulación.

LOLA.- Ya, pero cuesta mover esto...

OLGA.- Te estaba diciendo que quería pedirte un favor, si no te importa: estar fuera de casa entre las ocho y las diez. Un par de horas.

LOLA.- Un par de horas... Ya.

OLGA.- Sí. A eso de las ocho o así... hasta las diez. A lo mejor voy con un tío que conocí el otro día aquí, en el gimnasio... (SIGUE HACIENDO EJERCICIO.)

(LOLA PARA DE HACER EJERCICIO Y ESCUCHA ATENTA.)

OLGA.- Fue como en el anuncio de la tele. Estaba yo en ese aparato, él allí, me miró, se rió, yo me reí...

LOLA.- Ya, os reísteis los dos. Y te lo quieres llevar a casa a meterlo en la cama así sin más.

OLGA.- Mujer, dicho así suena fatal.

LOLA.- (CON TONO DE REPROCHE.) Tú me dirás cómo quieres que suene, si os conocisteis el otro día, y ya te quieres acostar con él.

OLGA.- (DEJA DE PEDALEAR.) Bueno, ¿y a ti qué te importa si lo conocí el otro día o hace un año? ¿Eres mi madre acaso?

LOLA.- No, pero como vivimos juntas, me imagino que tendré derecho a opinar de lo que pasa en mi casa. Y a mí eso no me parece bien, qué quieres que te diga.

OLGA.- (MUY MOLESTA POR SU REACCIÓN.) Pues a mí me da igual si te parece bien o te parece mal, ya ves tú lo que son las cosas. Yo lo único que quiero es que no estés en casa esta tarde de ocho a diez. Y ya está. (VUELVE A PEDALEAR.)

LOLA.- ¿Y dónde me voy a esas horas, si puede saberse? ¿Quieres decírmelo?

OLGA.- Vete al zoo, o donde te dé la gana. A mí qué me cuentas.

LOLA.- ¿El zoo está abierto a las ocho de la tarde?, ¿eh?

OLGA.- Tú estás como una cabra... Lo del zoo lo he dicho por decir, no porque te tengas que ir al zoo precisamente. Vete a un bar.

LOLA.- Sí, a un bar dos horas...

OLGA.- Pues vete a paseo, tía, y déjame en paz aunque no sabes dónde ir.

LOLA.- ¿Y por qué no vais a su casa?

OLGA.- Porque está casado. ¿Pero es que tú no conoces a nadie para poder irte un rato con quien sea, a cualquier sitio? ¿Es que tienes que estar todo el santo día metida en casa?

LOLA.- Todo el día no, pero a esas horas sí. No me pienso ir, te pongas como te pongas. Yo me quedo en casa y tú haz lo que quieras. (VUELVE AL APARATO.)

OLGA.- Y qué voy a hacer si estás tú ahí... Con lo pequeño que es el piso. Si tuviéramos dos habitaciones por lo menos...

LOLA.- A ver si voy a tener la culpa yo también de que el piso sea pequeño. Ni de que esté casado.

OLGA.- Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos metemos los dos en la cama y tú al lado, mirando, como si fuera la televisión?

LOLA.- Lo que tenéis que hacer, ya que me lo preguntas, es iros a pasear y a hablar, como Dios manda, y no meteros en la cama, ahí como animales, sin conoceros de nada.

OLGA.- (PARA DE PEDALEAR.) Oye, guapa, me estás hartando ya... ¿sabes?

LOLA.- Si fuera tu marido, todavía...

OLGA.- ¿Mi marido? ¿Si fuera mi marido?...

LOLA.- Sí, tu marido. Si estuvieras casada tú con él me iba al cine o a donde fuera, aunque ya te he dicho que no me gusta el cine.

OLGA.- (SE SECA EL SUDOR.) No lo estarás diciendo en serio...

LOLA.- Pues sí, lo estoy diciendo muy en serio, para que lo sepas. ¿Es que acaso no te has enterado de lo que ha dicho el Papa?

OLGA.- ¿Qué Papa?

LOLA.- ¿Qué Papa va a ser? ¿Es que hay más de un Papa?

OLGA.- Bueno, yo es que alucino contigo, de verdad. ¿Pero qué tiene que ver el Papa con esto?

LOLA.- Pues sí, tiene que ver, ya ves. Y mucho.

OLGA.- ¿El Papa tiene que ver en que estuviera ese tío aquí haciendo músculos, y yo le mirara, y...?

LOLA.- El Papa ha dicho que las relaciones sexuales fuera del matrimonio son pecado, por si no lo sabías. Y más con un casado.

OLGA.- Pero qué dices de pecado y de rollos. La que se va a acostar con el tío ese soy yo, no tú, no te hagas ilusiones ¡Así que si es pecado o no es pecado es cosa mía, no tuya!

LOLA.- (DEJA DE HACER EJERCICIO.) Ya, pero yo lo voy a consentir. Además de tocarme estar paseando todo el tiempo por la calle, luego tengo que confesarme, encima. (VUELVE A SUS EJERCICIOS.)

OLGA.- Oye, oye, para, a ver, que me entere yo que me estoy haciendo un lío con todo esto... (LE SUJETA EL APARATO.) Vayamos por partes. A mí me da igual si eres católica o mahometana, y si lo ha dicho el Papa, o el Mahama-Gandí. Yo en tu vida no me meto, como habrás podido observar desde que compartimos piso. Así que lo mismo que respeto yo tus creencias respeta tú las mías. Cada una con su religión, tú con la tuya y yo con la mía. Aquí hay libertad religiosa.

LOLA.- ¿Meterse en la cama con un hombre cuando le viene a una en gana es una religión?

OLGA.- Pues sí, es una religión, ya ves. Una dice que hay que ir a misa los domingos, por ejemplo, y la otra que hay que hacer el amor los lunes. Y como hoy es lunes...

LOLA.- Ya ves tú. Vaya una religión...

OLGA.- Pero bueno, entonces tú, como no estás casada... Me imagino que alguna vez te habrás acostado con un tío, digo yo. ¿O es que tú nunca te has acostado con...? (LOLA MUEVE LA CABEZA NEGATIVAMENTE.) ¿Que no? ¿Que nunca te has acostado con...? (LOLA VUELVE A MOVER LA CABEZA NEGATIVAMENTE.) ¿Pero nunca, nunca, nunca...? ¿Ni un poco? (LOLA NUEVE OTRA VEZ LA CABEZA NEGATIVAMENTE.) ¿Ni de pequeña?

LOLA.- Ni de pequeña, ni de mayor. (HABLA BAJITO.) Yo soy virgen.

OLGA.- ¿Qué?

LOLA.- Virgen.

OLGA.- ¿Que eres virgen? ¡Venga ya...! (PAUSA. LA MIRA.) ¿Y por qué no me lo dijiste cuando hablamos en la facultad de que querías venir a vivir conmigo?

LOLA.- Porque en el anuncio ponía sólo: "Se necesita persona para compartir piso". No ponía: "Vírgenes abstenerse".

OLGA.- ¡La Virgen, el Papa...! Sólo nos falta San José.

LOLA.- Es un chiste de mal gusto, guapa. No creo que te haya insultado yo a ti hasta ahora.

OLGA.- Bueno, pues perdona, es que me ha pillado de sorpresa lo de virgen. A tu edad... Ya, que es pecado, y tú eres creyente... Pero te podías confesar luego, como hacen todas.

LOLA.- Sí, y ser como tú, que te metes en la cama con en el primero que llega.

OLGA.- Tampoco es eso... ¿no? Éste porque me lo encontré aquí, y parecía el anuncio de la tele, ya te lo he dicho. Además, no sé por qué tengo que darte explicaciones de con quién me acuesto, o con quién me levanto... Yo lo único que quiero es que esta tarde no estés en casa a las ocho. Te vas a una reunión de vírgenes católicas, o a donde sea, pero en casa no te quiero ver. Y si no estás de acuerdo con mi forma de ser, ya te estás buscando otro piso para vivir.

LOLA.- Tampoco es para ponerse así.

OLGA.- (SALE DEL APARATO.) No voy a dejar de hacer la vida que quiera por un capricho tuyo. No es sólo por lo de esta tarde. Es que voy a hacerlo siempre que me dé la gana, y si no estás de acuerdo, ya sabes. (VA A MARCHARSE.)

LOLA.- (SALE DEL APARATO.) Espera un momento. Tengo que decirte algo que no te he dicho, luego ya puedes echarme o hacer lo que quieras. No es sólo que sea

católica, que lo soy claro, ni virgen, que también lo soy... (MIRA ALREDEDOR Y BAJA LA VOZ HACIÉNDOLE UNA CONFESIÓN.) Es que soy monja.

OLGA.- ¿Monja? ¿Que eres monja? ¡Vamos, anda...!

LOLA.- ¿Quieres no gritar, por favor? ¿No te lo crees? ¿Por qué no voy a poder ser monja yo? A ver.

OLGA.- Pues porque las monjas no son así como tú, tan monas, ni van en mallas a los gimnasios. ¡Y están en los conventos!

LOLA.- ¡Que no grites! Hay muchas clases diferentes de monjas. Me parece que estás hablando de las monjas más antiguas, o de las de clausura. Ahora hay otras que vestimos así, estudiamos si queremos, como las demás, y vivimos con la gente... Hacemos vida normal, como tú, igual. Bueno, casi igual. No te lo había dicho hasta ahora para que me trataras como a una amiga, normal..., pero comprenderás que hay ciertas cosas que no me gusten siendo monja.

OLGA.- (LA MIRA FIJAMENTE.) ¿Entonces es usted monja?

LOLA.- (MIRA ALREDEDOR POR SI ALGUIEN LAS ESCUCHA.) Sí, pero no me hables de usted por eso, de pronto.

OLGA.- Me lo podías haber dicho, ¿no? ¡He estado viviendo tres meses con una monja sin saberlo!

LOLA.- ¿Y qué tiene eso de malo? Lo has dicho como si hubieras estado viviendo con una marciana.

OLGA.- No, pero es que así, vestidas tan normales, y sin nada en la cabeza, no se os nota.

LOLA.- Bueno. Ahora que ya lo sabes... ¿Qué vas ha hacer? Con ese de esta tarde, digo...

OLGA.- Si quieres le llamo para que no vaya, y tú y yo nos rezamos un rosario.

LOLA.- Tampoco es eso. Ahora que lo sabes tenemos que seguir haciendo vida normal.

OLGA.- Pues lo siento, porque mi vida normal es acostarme con un tío cuando me apetezca, y éste me apetece, así que tú verás.

LOLA.- Pues yo también lo siento, pero tengo derecho a quedarme en mi casa si quiero. Para eso pago medio piso, ¿no?

OLGA.- Pues entonces te aconsejo que te pongas unas gafas muy oscuras, y unos tapones para los oídos bien gordos, porque estés, o no estés, esta tarde yo voy a hacer mi vida "normal".

LOLA.- (DEJA SU APARATO.) Pues lo vas a hacer delante mía, para que lo sepas. Me voy a la ducha. (SALE.)

OLGA.- (DEJA SU APARATO.) Mira por donde, va a ser una experiencia nueva: "hacer el amor con monja mirando". Son tiempos modernos. (SALE DETRAS DE ELLA.)

OSCURO

LA PENÚLTIMA COPA

(DOS BORRACHOS, UNO VIEJO Y OTRO JOVEN, ACODADOS A ALTAS HORAS DE LA NOCHE EN LA BARRA DE UN BAR, CON EL CIGARRO EN LA BOCA Y LAS COPAS, Y SUS VIDAS, VACÍAS EN LAS MANOS.)

VIEJO.- (AL CAMARERO, QUE ESTÁ BARRIENDO EN UN LATERAL.) ¡Oye, tú, ponnos otra copa! No nos sirve el desgraciado. Se pone ahí a barrer y a nosotros que nos parta un rayo.

JOVEN.- Se querrá ir a su casa. Vamos, digo yo. Si está barriendo es que quiere cerrar. Seguro.

VIEJO.- ¡Que se aguante! Somos clientes, ¿no? A un cliente se le atiende. Tú tienes un cliente, pues lo tienes que atender. Para eso pones un negocio, para atender a los clientes que tengas.

JOVEN.- Tendrá familia.

VIEJO.- Bueno, ¿y qué? ¿Somos clientes o no somos clientes? Es lo que yo me digo. ¿Qué hora es, vamos a ver?

JOVEN.- Las dos y cuarto, tengo yo. A lo mejor voy un poco atrasado. Como mucho las dos y veinte. Más de las dos y veinte, desde luego no son.

VIEJO.- ¿Las dos y veinte y ya quiere cerrar este tío? ¿A qué hora nos fuimos ayer, a ver?

JOVEN.- A las tres por lo menos. Menos de las tres desde luego no eran.

VIEJO.- ¿Lo ves? A las tres, y hoy nos quiere poner en la calle a las dos y veinte el tío.

JOVEN.- Tendrá prisa por irse, por lo que sea. Su mujer, a lo mejor...

VIEJO.- ¡Pero no es eso, joder, no es eso! ¡Las cosas como son! Las tres son las tres. Las dos y veinte son las dos y veinte. A ver si te vas a poner tú ahora también a darle la razón. ¿Qué hora es?

JOVEN.- Las dos y veinte.

VIEJO.- Lo tuyo, macho, es de juzgado de guardia. ¡Pero mira, joder! ¿No me has dicho hace un rato que eran las dos y veinte? ¡No van a ser las dos y veinte siempre, coño! A ver si lo tienes parado.

JOVEN.- No, es que está atrasado, ya te lo he dicho. Ahora tiene y veinte, pero son y veinticinco. Antes tenía y cuarto, pero eran y veinte.

VIEJO.- ¡Joder, qué lío! Bueno, vamos a poner, aunque sean y veinticinco. ¿Son las tres? Es a lo que vamos, ¿son o no son las tres?

(EL VIEJO SE ACERCA AL CAMARERO. ÉSTE, INDIFERENTE, SIGUE BARRIENDO.)

VIEJO.- ¡Ponnos dos copas...! ¿Qué pasa, macho, es qué te has vuelto sordo del tabique o qué?

(REGRESA AL LADO DE SU AMIGO.)

VIEJO.- ¿Lo ves? Nada. Y tú encima lo defiendes.

JOVEN.- Yo lo que digo es que a lo mejor tiene mujer y le está esperando.

VIEJO.- ¡Pero qué mujer ni qué leches! Cuando yo vivía con mi mujer y me preguntaba al volver tarde a casa qué hora era, le daba un par de hostias.

JOVEN.- Por eso se largó, claro. Ahí se iba a quedar para que tú le dieras...

VIEJO.- ¡Pero tú qué sabes bocazas! ¡Que no tienes ni puta idea de nada y te metes en lo que no te importa! ¡Este país está lleno de bocazas! ¡Aquí lo que hacía falta es un Fidel Castro, con dos huevos!

JOVEN.- La tienes buena. Por mezclar.

VIEJO.- Bueno, a lo que íbamos. Las tías, todas iguales. Llega un día la patrona y me dice la hijaputa, que por qué llegaba a esas horas, que despertaba a todos. Te lo juro: "¿Por qué llega usted a...?" "Porque me da la gana", le dije yo. "Un respeto, ¿no?, que ya soy mayorcito para tener que dar explicaciones a nadie." "¿Pero sabe qué hora es?"

JOVEN.- Las dos y media. Tiene y veinticinco, pero son y media.

VIEJO.- ¡Coño! ¡Cállate ya! Lo dijo ella, que qué hora era, ¿entiendes?, que no te enteras. ¡Ella! Tú no tienes que decir nada ahora.

JOVEN.- Ya no queda nadie. Somos los últimos. Vámonos.

VIEJO.- ¿A dónde?

JOVEN.- A donde sea. A la pensión, o a tomar una copa por ahí...

VIEJO.- ¿A dónde vamos a ir, si está todo cerrado? Nos quedamos aquí hasta las tres.

JOVEN.- ¡Que le estará esperando su mujer!

VIEJO.- ¡Qué perra has cogido tú con su mujer! ¿Es tu mujer, acaso?, ¿eh? ¿Es tu mujer?

JOVEN.- Yo no estoy casado. Si no, no estaría en una pensión, vamos digo yo. Qué iba a hacer yo viviendo en una pensión si estuviera casado.

VIEJO.- Anda que no hablas tú. Para decir que estás soltero no tienes que meter ese rollo. Estás como yo, libre y bien. No como todos estos gilipollas que están metidos en las faldas de sus mujeres, sin poder tomar una copa por las noches, bien, a gusto... (AL CAMARERO.) ¡Venga, tú, colega, ponnos la penúltima!

JOVEN.- Quiere cerrar. Cuando barre es que quiere cerrar.

VIEJO.- ¿Y qué hora es, vamos a ver?

JOVEN.- ¡Toma, ten el reloj! ¡Joder! ¡Te lo regalo! (SE LO DA. EL OTRO COGE EL RELOJ Y LO MIRA FIJAMENTE.) Me vas a estar preguntando qué hora es toda la puta noche... ¡Venga!, quiere que nos vayamos, pues nos vamos. Miramos si está abierto el de la esquina. Ten cuidado, no se te vaya a caer, que no es irrompible. ¿Pero qué miras? ¿Te estás hipnotizando? Una vez vi uno en la tele que doblaba cucharillas y hipnotizaba con un reloj. Se quedaba así fijo mirando el reloj, como

tú, y decía: "Un, dos, ¡zas!, hipnotizado". Luego levantaba el brazo, ponía una mano así, se movía... pero sin abrir los ojos. Iba dormido el tío. Oye, ¿pero te has quedado hipnotizado de verdad? ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

(EL VIEJO SE PONE A LLORAR, SIN DEJAR DE MIRAR EL RELOJ.)

JOVEN.- A ver si la vas a coger llorona tú también ahora. Será de mirar tanto el reloj. Te escocerán los párpados.

VIEJO.- La vida. La vida me hace de llorar.

JOVEN.- ¿La vida? "Blas, que las das, que las tienes a todas a ras". Venga, trae el reloj. A ver si lo tiras, que la tienes moruna. Eso te pasa por mezclar, te lo he dicho. ¡Trae!

VIEJO.- ¡No!

JOVEN.- ¿Cómo que no? ¡Es mío! ¡Te lo he dejado para que miraras la hora, pero es mío! ¡Dámelo, que la tenemos!

VIEJO.- ¡Tengo que vigilar hasta que sean las tres! ¡Te lo doy a las tres, te lo juro por mi madre!

JOVEN.- ¡Me lo das ahora mismo o te parto la cara! ¡Será chorizo!

(PELEAN LOS DOS POR EL RELOJ. FINALMENTE EL JOVEN LOGRA QUITÁRSELO, Y LE ARROJA DE UN EMPUJÓN CONTRA UNA SILLA, QUE CAE. EL CAMARERO LES MIRA CON FRIALDAD. LUEGO RECOGE LA SILLA CAÍDA.)

JOVEN.- ¡Me voy! ¡Ahí te quedas, desgraciado!

VIEJO.- ¡Tómame otra copa conmigo, te lo pido por tu madre!

JOVEN.- ¡Pero que no nos sirve! ¡Cómo quieres que te lo repita! ¿En chino? ¡Es talde, va a celal!"

VIEJO.- ¿Qué hora es?

JOVEN.- ¡Anda y vete a la mierda! (SALE.)

(QUEDA EL VIEJO UN MOMENTO MIRANDO LA PUERTA POR DONDE SALIÓ EL JOVEN. LUEGO SE ACERCA AL LATERAL DONDE SIGUE BARRIENDO EL CAMARERO, COMO UNA MARIONETA TAMBALEANTE Y PATÉTICA.)

VIEJO.- Oiga, camarero, por favor... ¿Tendría la amabilidad de decirme la hora que es?

OSCURO

LAPISLÁZULI

(CALLE. NOCHE DE INVIERNO. UNA VIEJA VAGABUNDA SE PARA DEBAJO DE UNA FAROLA, CON UN COCHECITO ANTIGUO DE NIÑO EN EL QUE LLEVA UN PAQUETE DE HARAPOS Y UNOS GRANDES CARTONES. VA HABLANDO CONSIGO MISMA, EN UN MONOLOGO SIN FINAL, COMO PERSONA ACOSTUMBRADA A ESTAR SIEMPRE SOLA.)

PAULINA.- ¿Ya estamos otra vez? Eres una pesada, Paulina, eso es lo que te pasa a ti, que eres una pesada. Y lo has sido toda tu vida. Venga a repetirte las cosas una y mil veces, como si eso sirviera para algo... ¿Que no tenía que haberlo hecho? A buenas horas, mangas verdes. ¡Ya! "Que me tenía que haber aguantado, como otras veces, y que voy a ir al infierno por mala." Pues mira qué bien. Por lo menos allí se estará calentita. ¿Sabes lo que te digo? Que a ver si me dejas un poco en paz ya, guapa. Me sé todo lo que me vas a decir de memoria. No hace falta que me lo repitas más, que estás hecha un loro. Siempre con lo mismo, siempre con lo mismo... ¿Entonces qué tenía que haber hecho según tú? ¡A ver! ¿Dejar que se aprovecharan de mí como otras veces? Tú lo que quieres es que yo sea una pobre tonta, y no me da la gana. ¿Tú sabes lo que cuesta hoy día encontrar unos buenos cartones como estos? Son de los gordos, mira, de los que no entra frío al dormir, ni humedad con el rocío de la mañana. Y tú sabes que si

cojo humedad me duele luego mucho la espalda. Si hubieran sido unos cartones normales, de esos que se encuentran por ahí en cualquier sitio, no me hubiera importado. Pero estos son los mejores cartones que he tenido en toda mi vida. Son tan buenos que hasta se podrían anunciar en televisión: "¡Si quiere un buen cartón para dormir a la intemperie, consiga uno como los de Paulina, son los mejores!" Claro, por eso él, en cuanto les echó el ojo se puso a hacerme cucamonas y a tratar de caerme simpático. Para quitármelos, como han hecho siempre todos los hombres que se han acercado a mí: de niña en el colegio, de jovencita cuando salía con chicos, o de mayor, cuando ya era una mujer. Ellos llegaban, sonreían muy amables y un día se iban llevándose todo: mis muñecas, mis libros, mi cuerpo, mi casa, mis ilusiones, mis niños... mis queridos niños..., (SE LIMPIA UNA LÁGRIMA.) y mis cartones. Era lo que faltaba ya. (SACA UN VIEJO PAÑUELO Y SE SUENA LOS MOCOS RUIDOSAMENTE) El primer día que se acercó, se puso a mi lado y me dio de su botella, eso sí, y yo acepté. Todavía era guapo, a pesar de su barba canosa y sus pocos dientes. Me dijo que de joven tuvo un puesto muy importante en cosas de dinero. ¡Huy, sí! Yo le creí. Hablaba con mucha cultura, y se le veía un hombre leído. Pero luego le dio por beber, según me contó, por una desgracia familiar que tuvo, y se le empezó a ir la cabeza y la vida por la botella, como a tantos otros. Y claro, como te sonrió, tú, tonta de ti, que nunca aprenderás, dejaste que se tumbara contigo en aquel pasillo del metro. El sitio era mío, pero yo le dejé. Había hueco de sobra para los dos. Además así me hacía compañía un rato. Es muy triste estar sola a todas horas, no me digas que no. ¡Bueno, sí! ¡Por qué voy a negarlo! No fue sólo por eso. Hasta me hice ilusiones. ¡A mi edad! Siempre me ha pasado lo mismo con los hombres. Mi imaginación ha ido mucho más lejos que la vida. Te sonrío uno, te da de beber y le coges cariño, qué quieres que te diga. Pero eso no le daba derecho a querer quedarse con mis cartones. No señor. Ni siquiera a pesar de la caricia que me hizo, que ya sé que es en eso en lo que estás pensando. ¡Sí! ¡Me hizo una caricia, y me gustó! ¿Y qué? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¡Mujer fácil, mujer fácil...! Vamos, no me vengas con bobadas a estas alturas. ¡Hacía tanto tiempo que no me tocaba nadie! Me pasó la mano, suavemente, en la oscuridad del

pasillo del metro, primero por la cabeza y la cara, luego por el cuerpo (LO HACE ELLA TORPEMENTE.) ...debajo de la ropa y de todos mis años... Tuve un escalofrío de jovencita, de verdad te lo digo. Por un momento me sentí como entonces... y empezó a bajarme la sangre hacia abajo... ¡Hacía tanto tiempo que no me tocaba nadie! De joven sí, claro. ¡Huy! ¿No te acuerdas? Menudo éxito tenía yo con los hombres. Todos me miraban con esos ojos llenos de deseo que se les pone, y me gustaba. Era como si yo fuera una fuente y ellos tuvieran tanta sed... Tenía un cuerpo precioso, sobre todo cuando me arreglaba, y unos pechos que daba gloria verlos. ¡Ah! Y lo mejor eran los ojos. Ahora ya casi ni veo, y los tengo pequeños y arrugados, pero entonces, ¿te acuerdas? "¡Lapislázuli!" me llamaban. El primero que me lo dijo fue aquel chico con cara de malo de la tienda de abajo de casa. Luego se corrió la voz y todos lo decían: "¡Tiene los ojos como el Lapislázuli!" Y empezaron a decirme así. A mí me gustaba. Me hacía sentirme como una piedra preciosa. (MUEVE EL COCHECITO DE UN LADO A OTRO COMO SI ESTUVIERA ACUNANDO A UN NIÑO). Él no me dijo ni cómo se llamaba. Se lo pregunté pero no me contestó. Sólo hizo un gesto así, con la mano, como diciendo: "Nosotros no tenemos nombre". Pues yo sí. Es lo que yo me digo: ¿Qué tiene que ver ser una pobre vieja inútil con tener nombre o no? Paulina me llamo. Y de joven me llamaban "Lapislázuli". Paulina Lapislázuli. Se lo dije y me sonrió, dejando ver una boca grande y bonita, a pesar de que le faltaran algunos dientes. ¡Y tú, como eres tonta de nacimiento le dejaste ver dónde escondías los cartones! Al día siguiente habían volado, él y los cartones. Me tiré varios días y varias noches buscándole por todos los sitios: en los albergues de caridad, en los túneles de los metros, debajo de los puentes, en los oscuros portales de las casas en ruinas, en los callejones donde se tiran las sobras de los mercados... ¡Tenía que encontrarle! ¡No podían engañarme una vez más y que todo quedara como si nada! ¡Esta vez, no lo consentiría! Y lo encontré. Vaya si lo encontré. Una semana más tarde, durmiendo en los urinarios de un parque, plácidamente envuelto en mis cartones. Era de noche, y estaba solo. Sonreía. Estaría soñando seguramente con aquella época en que tenía familia, era alguien y trabajaba en asuntos de dinero. Me acerqué lentamente, sin hacer ningún ruido, casi sin

respirar. Saqué mis viejas agujas de hacer punto que guardo en mi bolsa desde que me las dio mi madre, hace tantos años. Estas... (SACA LAS AGUJAS) Ahora ya no se hacen agujas así de buenas, ¡qué va! Aparté mis cartones de su cuerpo, y le clavé una en el corazón. (REPITE EL MOVIMIENTO QUE HIZO, CLAVANDO LA AGUJA AHORA LENTAMENTE EN SU PAQUETE DE HARAPOS.) Fue muy fácil. Él ni se movió. Entró la aguja despacito en su cuerpo, como si su carne fuera masa de hacer pan. Le dio como un pequeño calambre y luego se quedó quieto y tranquilo, sin dejar de sonreír. (SACA LA AGUJA DE LOS HARAPOS, Y LAS VUELVE A GUARDAR ENTRE SUS COSAS.) Le quité mis cartones y salí de aquel urinario de caballeros que tenía un olor muy fuerte, como a amoníaco. Fuera hacia frío, y brillaban con mucha fuerza las estrellas del cielo.

(MIRA HACIA ARRIBA UN MOMENTO, SE AJUSTA LA ROPA A SU CUERPO, Y LUEGO SE ALEJA PERDIÉNDOSE EN LA NOCHE CON SU COCHECITO Y SUS CARTONES.)
OSCURO

SINCERIDAD

(TERRAZA DE UN BAR. UNA MUJER ELEGANTE, SENTADA, TOMA UN CAFÉ. SOBRE LA MESA, MUY VISIBLE, UNA REVISTA "VOGUE". LLEGA OTRA MUJER, TAMBIÉN MUY ELEGANTE Y SOFISTICADA, CON OTRA REVISTA "VOGUE" EN LAS MANOS, Y SE ACERCA.)

ISABEL.- ¿Carmen? ¿Eres tú?

CARMEN.- Y tú Isabel, supongo. Hola, ¿cómo estás? Encantada.

(CARMEN SE LEVANTA, Y SE DAN UN BESO PROTOCOLARIO Y DISTANTE. SE SIENTAN LAS DOS.)

CARMEN.- ¿Quieres tomar algo?

ISABEL.- No, gracias, sólo puedo estar un momento. Tengo mucha prisa. No sabía si iba a conocerte cuando nos citamos por teléfono, por eso te dije lo de "Vogue". (LE MUESTRA LA REVISTA QUE TRAE EN SUS MANOS.) Te creí más alta...

CARMEN.- Yo tampoco te imaginaba así. Me sorprende que Alfredo tenga gustos tan diferentes. ¿Quieres fumar?

ISABEL.- No, no, gracias, no fumo. Desde luego no nos parecemos mucho. (PAUSA.) Bueno, pues ya estoy aquí. Tú me dirás para qué tienes tanto interés en verme.

CARMEN.- Creí que sería importante que nos conociéramos y habláramos. A lo mejor me he equivocado, pero pensé que sería bueno para las dos. Me has dicho antes por teléfono que sabías desde hace tiempo lo mío y de Alfredo...

ISABEL.- Sí. Desde hace más de un año se que mi marido se acuesta contigo.

CARMEN.- Dicho así suena un poco fuerte.

ISABEL.- Es un poco fuerte. Pero en fin, no te asustes, que no voy a hacerte ninguna escena de mujer celosa defendiendo ante la amante la posesión de su hombre.

CARMEN.- Me da la impresión de que esta conversación no va a ser fácil...

ISABEL.- He venido porque me muero de ganas de saber lo que tienes que decirme. Me imagino que no será que me separe de él para quedártelo, porque tú estás casada...

CARMEN.- No, no. Yo estoy bien así. Perdona que te sea franca, pero es verdad. No sé cómo, pero hemos conseguido un difícil equilibrio entre los tres. Bueno, gracias a tu comprensión, también es verdad. El caso es que ahora ha surgido un problema que amenaza con romper nuestra situación. Hay otra.

ISABEL.- ¿Otra? ¿Que Alfredo tiene otra amante, aparte de ti?

CARMEN.- Sí, me he enterado hace unos días. Es una nueva secretaria de su trabajo. Muy guapa, soltera...

ISABEL.- Ah, pues de eso no sabía nada. ¿Y por qué me lo dices a mí?

CARMEN.- Porque quiero que me ayudes a recuperarlo; vamos a que siga siendo para las dos, como antes. No sé qué hacer... Contigo no tenía celos, la verdad. Eres su mujer... Pero ella...

ISABEL.- Esto sí que tiene gracia. Lo siento, pero eso es cosa tuya. ¿Qué voy a hacer yo? Es normal que el marido cambie a la amante de vez en cuando. Que tú me pidas que te ayude en eso es un poco sorprendente, ¿no crees?

CARMEN.- Perdona, pero es que a ti también te interesa. Sabes que lo mío con él no tenía demasiado peligro, que yo estaba casada, que no iba a intentar quitártelo. Pero ella... es soltera, como te he dicho. Pensé que a ti eso te preocuparía.

ISABEL.- Si te digo la verdad, en este momento lo que haga mi marido o deje de hacer, me tiene sin cuidado. Estoy perdidamente enamorada de otro, y cuanto más entretenido esté Alfredo y menos se ocupe de mí, mejor.

CARMEN.- No sabía que tú...

ISABEL.- ¿Creías que era la pobre infeliz esposa que lloraba noche tras noche la ausencia del marido? Eso pasó al principio. Y lo pasé muy mal. Pero luego reaccioné, y me decidí a buscar otro hombre. Y lo encontré. El hombre perfecto, el amante ideal, el ser más dulce, amable y encantador que he conocido en mi vida: tu marido.

CARMEN.- (SE PONE DE PIE BRUSCAMENTE.) ¿Fernando?

ISABEL.- Sí, Fernando.

CARMEN.- (SENTÁNDOSE.) No me lo puedo creer.

ISABEL.- Pues créetelo, porque es verdad. Estoy con él desde hace unos cuantos meses. Alfredo es muy despistado y le he pillado montones de datos tuyos, así que no me fue difícil conocer tu identidad. El resto fue fácil: buscar a tu marido y conquistarlo. Las mujeres podemos hacer esas cosas cuando queremos, ¿no? No es una venganza, te lo aseguro. Bueno, al principio tal vez hubo algo de eso, pero luego ya no. (PAUSA. TOMA UN POCO DE SU CAFÉ.) Como ves, no puedo ayudarte con lo de mi marido. Eso es cosa tuya. A mí ahora lo único que me preocupa es conservar al tuyo.

CARMEN.- ¡Dios mío! ¿Y Fernando sabe lo mío con...?

ISABEL.- Sí. Lo sabe. Yo se lo dije. Un poco de sinceridad de vez en cuando nunca viene mal.

CARMEN.- ¿Por qué tuviste que hacer una cosa así? ¡Que desastre, Dios mío!

ISABEL.- Fuiste tú la que lo hiciste, no yo. Y no te guardo rencor por ello. Yo jugué al mismo juego. Eso es todo.

CARMEN.- ¿Y qué vamos a hacer?

ISABEL.- Me imagino que seguir viviendo, y no ponernos melodramáticas. Se trata sólo de ser tan comprensivos cuando los otros nos engañan como lo somos cuando los que engañamos somos nosotros. Yo quiero a mi marido y al tuyo, de forma diferente a cada uno, y me he dado cuenta de que puedo estar así perfectamente, con los dos... como tú estabas antes.

CARMEN.- ¿Y yo? ¿Qué voy a hacer ahora yo?

ISABEL.- Como dice Clark Gable en el final de "Lo que el viento se llevó":
 "Francamente, querida... eso ya no me importa". Y perdona, me tengo que ir.
 Tengo hora en la peluquería. (SE LEVANTA.) Encantada. (LE DA UN BESO
 PROTOCOLARIO, COGE SU REVISTA "VOGUE", Y SE ALEJA.)
 OSCURO

ENTRE COLEGAS

(UNA IGLESIA. MUSICA DE ORGANO. ENTRAN DOS SACERDOTES. UNO DE ELLOS SE
 PONE AL CUELLO LOS ATRIBUTOS DE CONFESAR. SE ACOPLAN EN UN
 CONFESIONARIO CON LOS CARRASPEOS DEL RITUAL, DISPUESTO UNO - EL PADRE
 CLEMENTE - A CONFESAR AL OTRO - EL PADRE JUAN -.)

PADRE JUAN.- Ave María Purísima.

PADRE CLEMENTE.- Sin pecado concebida.

PADRE JUAN.- Hace seis meses que no me confieso, Padre Clemente.

PADRE CLEMENTE.- ¡Padre Juan! ¿Cómo es posible? ¡Seis meses!

PADRE JUAN.- Sólo he tenido un pecado en todo este tiempo, pero me era
 imposible confesarlo, ya que no tenía propósito de la enmienda. Y sin eso, ya
 sabe usted Padre, no hay indulgencia posible.

PADRE CLEMENTE.- ¿Y ha estado usted administrando sacramentos todo este
 tiempo, en pecado?

PADRE JUAN.- Sí, Padre. Y me arrepiento de todo corazón.

PADRE CLEMENTE.- ¿De qué se arrepiente de todo corazón, del pecado o de
 haber estado administrando sacramentos...?

PADRE JUAN.- De las dos cosas, Padre.

PADRE CLEMENTE.- No comprendo. Podía haberse confesado de todas formas... Si sólo era un pecado, la cosa no podía ser tan grave.

PADRE JUAN.- Era sólo un pecado... cada día. Vamos, el mismo pecado, pero que lo hacía todos los días. Todos los días durante seis meses, Padre.

PADRE CLEMENTE.- ¡Padre Juan! ¡Pero eso son muchísimos pecados! Vamos a ver: Seis meses, a treinta días, son seis por tres dieciocho... ciento ochenta. ¡Ciento ochenta pecados, Padre!

PADRE JUAN.- Ayer y hoy ya no lo he hecho. Y luego un mes que sólo tenía veintiocho días, febrero; si quitamos tres...

PADRE CLEMENTE.- Bueno, igual da tres más que tres menos. No nos vamos a poner aquí ahora con papel y lápiz...

PADRE JUAN.- Yo lo decía por si quería usted hacer la cuenta exacta, Padre.

PADRE CLEMENTE.- Dejemos la cantidad, y explíqueme de qué se trata. Es un asunto grave, y necesito más datos, como usted comprenderá...

PADRE JUAN.- Antes de nada me tiene que prometer que no se va a enfadar.

PADRE CLEMENTE.- ¿Que no me voy a enfadar? Estoy administrando el sacramento del perdón.

PADRE JUAN.- He tenido relaciones sexuales con una monja del Convento de la Plaza, Padre.

PADRE CLEMENTE.- ¡Padre Juan! ¡Pero, qué me está usted diciendo! ¡Que ha tenido ciento ochenta...! ¡El peor de los pecados..., y con una sierva de Dios!

PADRE JUAN.- ¿Lo ve? Sabía que se iba a poner así. Por eso no me atrevía a confesarme. Pero yo necesitaba su perdón, Padre. Su perdón y su consejo espiritual.

PADRE CLEMENTE.- ¿Pero cómo ha podido...?

PADRE JUAN.- La carne es débil... Lo pone en los Santos Evangelios.

PADRE CLEMENTE.- ¡Sí, pero también pone que hay que aguantarse, como nos aguantamos todos! ¿Y con qué monja ha sido, si puede saberse?

PADRE JUAN.- Con sor Adela, Padre. No sé si la conocerá. Una alta, muy mona...

PADRE CLEMENTE.- ¡No la voy a conocer! ¡Con sor Adela! ¡Encima!

PADRE JUAN.- Padre, éstos son detalles que no creo necesarios, con el debido respeto...

PADRE CLEMENTE.- ¡Pero qué está usted diciendo! ¡Es demencial!

PADRE JUAN.- Todo lo que me diga es poco, Padre. Me arrepiento de todo corazón.

PADRE CLEMENTE.- Espero que sea verdad, porque ya sabe que si sigue preso del pecado de la carne no hay absolución posible.

PADRE JUAN.- No, Padre, no. La he dejado. Quiero decir, que lo he dejado. No lo volveré a hacer.

PADRE CLEMENTE.- Bueno, en ese caso, y si de verdad hay arrepentimiento sincero, Dios es misericordioso...

PADRE JUAN.- Sólo hay un problema, Padre. Y por eso necesito su consejo además de su perdón.

PADRE CLEMENTE.- ¿Un problema? ¿Qué problema? ¿No estará embarazada?

PADRE JUAN.- No, no, Padre. No es eso, gracias a Dios. Es que está enamorada. Enamorada de mí, usted comprende, y no quiere dejarlo.

PADRE CLEMENTE.- ¿Le ha dicho usted que ése es el camino del infierno?

PADRE JUAN.- Le he dicho de todo, Padre. Y nada.

PADRE CLEMENTE.- Oiga, Padre... Esto no será una broma de mal gusto...

PADRE JUAN.- Qué más quisiera yo, Padre. No puedo dormir de la preocupación, ni comer. Todo el día con lo mismo de que no puede vivir sin mí, que arma un escándalo... No sabe cómo son las mujeres.

PADRE CLEMENTE.- Para saber cómo son las mujeres no hace falta comprobarlo como usted, Padre. Y además, sor Adela no es una mujer. Es una monja.

PADRE JUAN.- Las monjas también son mujeres, Padre Clemente. Igual que nosotros somos hombres, y tenemos nuestras debilidades, ellas sienten necesidad, son de carne...

PADRE CLEMENTE.- Bueno, bueno. Dejemos eso. Lo más importante ahora es separarle de ella como sea.

PADRE JUAN.- Eso mismo digo yo, Padre. Necesito su ayuda; si no, estoy perdido. La condenación eterna, ya sabe.

PADRE CLEMENTE.- Lo podía haber pensado antes y nos habríamos ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

PADRE JUAN.- La carne es débil...

PADRE CLEMENTE.- ¡Deje ya la carne en paz! Vamos a ver...

(EL PADRE CLEMENTE MIRA ACUSADOR AL PADRE JUAN, MIENTRAS GOLPEA RITMICAMENTE CON LOS DEDOS LA MADERA DEL CONFESIONARIO)

Las Misiones. No hay otra solución.

PADRE JUAN.- ¡No! ¡A las Misiones, no! Tengo muy mala salud, y los viajes, la mala alimentación...

PADRE CLEMENTE.- Digo ella, hombre. Ella.

PADRE JUAN.- ¿Ella? Sí, sí. Tiene mucho espíritu evangelizador. Además sabe poner inyecciones.

PADRE CLEMENTE.- A Nigeria. Puede ir a Nigeria. O al Alto Volta. Allí son más necesarias ahora. Tuve yo un pequeño incidente hace años con una monja también, nada grave, por supuesto, no como usted, pero andaba detrás de mí, y antes de que la cosa pasara a mayores consulté al Superior y acordamos el traslado al Alto Volta. Ella además se lo agradecerá. No ahora, claro está, pero más adelante se dará cuenta del inmenso bien que le hacemos. ¿Qué son unos años de sacrificio, comparados con la eternidad? Volveremos a hablar con el Superior.

PADRE JUAN.- Gracias, Padre. Se lo agradezco con toda el alma.

PADRE CLEMENTE.- Rece tres avemarías y una salve, "Ego te absolvo, in nomine pater et filii et Spiritu Sanctu. Amén".

(LA MÚSICA DE ORGANO CAE CONSOLADORA SOBRE EL FINAL)

OSCURO

SECRETOS ERÓTICOS

(SALÓN DE MASAJES FEMENINO. UNA MASAJISTA JOVEN, GUAPA, Y MUY AGRADABLE, DA MASAJES A UNA CLIENTE: GLORIA, DE MEDIANA EDAD, DESNUDA, CUBRIÉNDOSE EN PARTE CON UNA TOALLA, TUMBADA BOCA ABAJO SOBRE UNA CAMILLA. SUENA UNA SUAVE Y SENSUAL MÚSICA DE FONDO.)

MASAJISTA.- (DANDO CREMA Y MASAJES EN LA ESPALDA DE GLORIA.) Llego, llamo, me abre, entro, y me dice: "Pasa y desnúdate".

GLORIA.- ¿Así de pronto? ¿Sin más? ¿Y tú qué hiciste?

MASAJISTA.- Qué iba a hacer. Había ido a eso, ¿no?

GLORIA.- ¿Pero te desnudaste de golpe, con la luz dada y él allí delante? ¿Y sin conocerle de nada?

MASAJISTA.- Me dejé las bragas puestas al principio, y él me dijo: (IMITA UNA VOZ MASCULINA) "Eso también fuera".

GLORIA.- Qué corte, ¿no? ¿Y te las quitaste?

MASAJISTA.- En pelotas me quedé. Ya que estaba allí... Él se puso a mirarme de arriba a abajo el tío, y de abajo a arriba, veinte veces. Yo es que no sabía dónde meterme. Imagínese: allí, desnuda, en mitad de la habitación y él de mirón. Si le hago daño, dígamelo.

GLORIA.- No, no, está muy bien así. Sigue. ¿Y era guapo?

MASAJISTA.- Ah, sí. Guapísimo: alto, moreno, con un estilazo... tenía una pinta de película. Estaba buenísimo. Tenía gafas.

GLORIA.- Yo es que me muero si se pone a mirarme así de pronto, desnuda, un tío con gafas...

MASAJISTA.- ¿Y qué tiene que ver si tiene gafas o no tiene gafas?

GLORIA.- Mujer, con gafas parece que te ven más, ¿no? Si le conoces, y se desnuda él al tiempo, pues ya te enrollas, y es otra cosa. Pero así, en frío... y con gafas.

MASAJISTA.- Huy, no hacía nada de frío. Yo por lo menos estaba sudando, del calor que me entraba al mirarme él. Bueno, pues va el tío y se acerca a mi lado y empieza a recorrerme así, tranquilamente el cuerpo con un dedo. (SE LO HACE A ELLA.) ¡Me entró un escalofrío!

GLORIA.- ¡Ay! Y a mí ahora al pasarme tú el dedo...

MASAJISTA.- Fíjese qué corte. Él no se había quitado ni la chaqueta, ni me había preguntado ni cómo me llamaba ni nada. Y por si fuera poco, que estaba yo ya que me moría, va y ¡zas! me coge un pecho y me lo levanta. (SE LO HACE A SÍ MISMA.) Yo ya cerré los ojos y me dije: "De perdidos al río." "Que sea lo que Dios quiera." ¡Trrrrrrrrr! Y sonó el timbre.

GLORIA.- ¿El timbre? ¿Que sonó el timbre cuando te tenía cogido...? ¿Qué timbre?

MASAJISTA.- El de la puerta, mujer. Qué timbre va a ser. Me suelta y va a abrir...

GLORIA.- ¿Y tú qué hacías mientras tanto?

MASAJISTA.- Me tapé lo mejor que pude con lo primero que cogí, no fuera a entrar su mujer, o la que fuera.

GLORIA.- ¡Qué rato pasarías...! ¿Y quién era?

MASAJISTA.- Su novio.

GLORIA.- ¿Su novio? ¿Qué novio?

MASAJISTA.- (DÁNDOLE MASAJES AHORA EN EL CUELLO.) ¿Está bien así? ¿Le relaja el cuello?

GLORIA.- Sí, sí. Sigue. ¿El novio de quién entró?

MASAJISTA.- Que tenía novio el tío: "Pasa Juan." "Es Juan, mi novio." "Es piloto." "¿Te importa que se quede aquí conmigo mientras te pinto?" Puso el caballete y

las cosas de pintar, y ya, a partir de ahí, como si yo fuese un tiesto con flores. Dos horas ahí quieta sin moverme, que me entraron unas agujetas que me moría. Y de vez en cuando se echaba unas miradas con su maromo que se comían con los ojos el uno al otro.

GLORIA.- (DESILUSIONADA CON EL FINAL DE LA HISTORIA.) Bueno, en parte mejor, ¿no? Así tú ya estabas más tranquila.

MASAJISTA.- Sí, pero ya sabe la cantidad de cosas que se piensan cuando vas a una cosa así. Los peligros que corres y eso... Y luego nada.

GLORIA.- Es verdad. ¿Qué harán las mujeres de las películas para que les pasen las cosas que les pasan?

MASAJISTA.- Hoy en día no hay que hacerse ilusiones con los hombres. Te llevas cada chasco... O son muy cortados y no se atreven, o se lo hacen entre ellos. Tal vez sea lo mejor: los hombres con los hombres y las mujeres entre nosotras. Nos evitaríamos muchos problemas. (LE DA MASAJES ACARICIÁNDOLA CADA VEZ CON MÁS INTENCIÓN.) ¿Usted ha probado alguna vez con una tía? Con este cuerpo que tiene...

GLORIA.- (SE LEVANTA, CORTADÍSIMA, Y SE AJUSTA LA TOALLA ALREDEDOR DEL CUERPO COMO PUEDE.) ¡Huy, qué tarde es! Me tengo que marchar ya, perdona...

MASAJISTA.- Pero no se ponga así... (SIGUIÉNDOLA INSINUANTE.) Qué prisa tiene.

GLORIA.- Otro día seguimos, ¿eh? Con el masaje, quiero decir... (SALE DEL CUARTO.)

MASAJISTA.- ¡Espere! ¡La ropa! ¡Que se va con la toalla...!

(COGE LA ROPA DE LA CLIENTE, Y SALE DETRÁS DE ELLA)

OSCURO

EL HONOR DE LA PATRIA

(ENTRA EN SU DESPACHO EL PRESIDENTE DE GOBIERNO DE LITUANIA, MUY AGITADO. COGE UN TELÉFONO Y MARCA UN NÚMERO. SACA UNAS FOTOS DE SU CARTERA DE MANO, Y LAS MIRA MIENTRAS ESPERA.)

PRESIDENTE.- "¿Oiga? ¿El señor Presidente de Estonia? ¿Oiga? ¿Señor Presidente? Soy yo, el Presidente de Lituania. ¿Me oye usted?... Bien, gracias, todos bien. ¿Y usted?... ¿Ese hígado sigue dando guerra?... ¿Acabaron ya el puente? Sí, hombre... Ese grandón tan feo, que me enseñaron las obras el día que llovía..., en el último viaje, sí... ¡Ah! Sí, aquí todo sigue muy bien... No, no ha sido nada. Exageraciones de la prensa. Todo controlado... Pues mire usted, señor Presidente, mi llamada tiene por objeto, además de saludarle, el efectuar una reclamación ante su Excelencia... ¿Cómo? ¿En un Consejo de Ministros? Bueno, pues que esperen unos minutos. Con el debido respeto, señor Presidente el asunto es grave, y si no nos ponemos manos a la obra a la mayor brevedad posible pelagra nuestra posición. Vamos, hablando sin tapujos: nos estamos jugando el puesto los dos... ¿Que no comprende? No se preocupe, enseguida comprenderá. En primer lugar le ruego suprimamos el tratamiento. No vamos a estar todo el rato: "Excelencia", "Excelencia"... En segundo lugar le sugiero compruebe, antes de que pueda decirle nada comprometido, si esta conversación puede ser escuchada o detectada por alguien... Perdone que no me fíe demasiado de sus medidas de seguridad. Pero en fin, vamos al asunto. Tengo encima de mi mesa una serie de fotografías del último viaje que mi esposa y yo hemos realizado a su país en visita oficial... No. No le estoy hablando de las fotografías oficiales... A mí el estar delante o detrás me da igual. Ojalá fuese ese el problema. Me refiero a las "otras" fotos... Pues una serie de fotografías cuya existencia sin duda desconoce, en las que se le ve a usted junto a mi esposa en situaciones, digamos, bastante comprometidas. Como ésta que tengo en las manos, por ejemplo, en la que aparece usted encima de ella con los pantalones bajados... Lo siento, pero no es ningún montaje. No se esfuerce porque tengo las

fotos aquí y la cosa está más clara que el agua... Sí, estuvieron juntos solos. Diez minutos. En la visita que hicimos al hospital infantil aquel, que yo me quedé hablando con los niños tartamudos mientras usted y mi señora visitaron el cuarto de radiografías... No me tiene que explicar lo que pasó en ese cuarto, lo veo perfectamente... Mire, no pierda más tiempo negando una evidencia. Podía haber tenido más cuidado sabiendo que hoy en día hay cámaras que fotografían en la oscuridad, pero eso ya no tiene remedio. Por cierto, no ha salido usted muy favorecido, aunque claro, dadas las posturas en que está, y las prisas... ¿Quiere hacer el favor de escucharme un momento sin alterarse? Le aseguro que no han sido mis servicios secretos los que han hecho las fotos... Mire, a ver si me entiende de una vez: a mí, a estas alturas, lo que haga mi señora me trae ya absolutamente sin cuidado. Si acaso, lo único que me sorprende en este caso es su mal gusto, pero esa es otra cuestión... Eso me da igual. El problema consiste en que junto a las fotos viene una carta. (SACA AHORA UN PAPEL DE UN SOBRE Y LO MIRA). Necesitamos entregar diez millones de dólares en veinticuatro horas, o los autores de las fotitos harán público el reportaje. ¿Se da cuenta ahora de la gravedad de la situación?... ¿El pago?... Tiene gracia que me lo pregunte a mí. ¿Quién fue el necio que se dejó hacer las fotos?... ¿Que mi mujer está también? ¡Qué desfachatez! ¡Hay que tener poca vergüenza para querer encima cobrarle a uno por su propia mujer!... ¡A mí no me grite! ¡Y cuidado con sus palabras, no se las vaya a tener que tragar luego! ¡Aún nos queda honor en Lituania, señor mío!... ¡Pero será majadero el tío este! ¿Cómo voy a sacar yo del presupuesto de cultura diez millones de dólares? ¡Aunque sean fotos! ¿Qué quiere que haga, una exposición con ellas? Cómprelas usted, sí, usted, y se las pone allí en su palacio al lado de la estatua esa ridícula que tiene a caballo... ¡Pero qué guerra ni qué guerra! ¿Usted de verdad cree que va a querer nadie ir a la guerra cuando vean las fotos? ¡No nos pongamos nerviosos, no nos pongamos nerviosos!... Sí... sí... Eso está mejor. Claro..., fríamente, como estadistas que somos... (PAUSA. ESCUCHA UN TIEMPO AL TELEFONO) Sí... de acuerdo... ¿Cincuenta por ciento cada uno y un acuerdo de cooperación cultural entre los dos países...? Me parece

bien señor Presidente... No se preocupe, que estamos en el mismo barco... Se los daré de su parte. Un saludo Excelencia".

(CUELGA EL TELÉFONO. ROMPE LAS FOTOS Y METE LOS TROZOS EN LA CARTERA, SE ESTIRA SU ELEGANTE ROPA, Y SALE CON PASO FIRME.)

OSCURO

PROFESIONALES

(UN ACTOR JOVEN SE PASEA NERVIOSO POR UNA SALA DE DOBLAJE. ENTRA UNA ACTRIZ MUY JOVEN TAMBIÉN, QUE LLEGA CON MUCHA PRISA.)

ACTRIZ.- ¡Huy! Llego tardísimo me parece..., perdone. Soy Susana. Vengo de parte de mi representante, el señor Sanz.

ACTOR.- No, si yo no... Están arriba. Yo soy el actor que voy a...

ACTRIZ.- ¡Ah! ¡Encantada! (LE DA LA MANO, MUY NERVIOSA.) Que corte, ¿no? Creí que eras... Yo soy la que... La actriz, vamos. Elena Campos.

ACTOR.- Mucho gusto. Alejandro. No sé si nos conocemos...

ACTRIZ.- No, me acordaría. A mí no se me pasa una cara. Yo es que llevo poco trabajando. Y en doblaje menos. Casi no he hecho nada.

(PAUSA MUY EMBARAZOSA. ELLA DEJA SUS COSAS EN UNA SILLA, EN UN RINCÓN. LUEGO CARRASPEA Y HACE UNOS EJERCICIOS VOCÁLICOS.)

ACTRIZ.- "Ah, ah, ah..." Tengo la voz hoy fatal. Además estoy un poco nerviosa. No tengo mucha experiencia en esto, la verdad. He doblado algunas veces, pero cosas pequeñas, y de otro estilo... Una película con un director nuevo que empieza: Mendieta. "La juventud loca", la doble yo.

ACTOR.- No la he visto...

ACTRIZ.- Es que no la han estrenado todavía. Es un corto... Ahora me van a hacer una prueba para el Teatro Clásico, pero no sé si me cogerán. Con el enchufe que hay... ¿Tú has hecho doblaje más veces?

ACTOR.- Sí, pero de éste sólo un par de veces. Ya sabes, por las pelias y eso...

ACTRIZ.- ¿Es muy difícil?

ACTOR.- No. Lo importante es no cortarse.

ACTRIZ.- ¿Eres de la Escuela de Arte Dramático, de aquí, de Madrid?

ACTOR.- Yo estudié en Barcelona, en el Institut del Teatre. Luego estuve un año en New York, con Marta Graham.

ACTRIZ.- Yo quería ir también, pero a hacer un cursillo sobre el "Mahabharata" de Peter Brook. A mí el método ortodoxo no me va. Yo estudié aquí en Madrid con un profesor ruso, y voy más por el Stanislavski de las acciones físicas...

ACTOR.- Yo me fui a Estados Unidos sobre todo por el inglés.

ACTRIZ.- ¿Y qué tal allí?

ACTOR.- Bien. Conocí a una argentina que hacía Kabuki Japonés, y me ha dicho que es lo mío. Un día que me vio en un parque haciendo el payaso..., el payaso ese que se queda quieto sin moverse, para sacar algo, porque con la beca no tienes ni para el metro allí. En cuando pueda me voy al Japón, a estudiar con un maestro de Buto de la línea disidente... La línea clásica está muy comercializada ya.

ACTRIZ.- Ah, pues me lo tienes que explicar, porque a lo mejor me voy yo también. Yo estoy más en la línea del Kathakali indú.

(SUENA POR UN ALTAVOZ UNA VOZ MASCULINA Y SECA, DESDE LA CABINA DE PROYECCIÓN.)

VOZ OFF.- "¿Estáis ya los dos preparados?"

ACTRIZ-ACTOR.- ¡Sí, sí...! ¡Ya estamos!

(HACEN UNOS MOVIMIENTOS PARA RELAJAR LOS MÚSCULOS, Y UNOS RUIDOS CON LA VOZ. SE ACERCAN A UN MICRÓFONO QUE CUELGA DEL TECHO.)

VOZ OFF.- "Pues vamos a empezar. Os pongo la música de fondo, y proyección en pantalla, contáis tres segundos y empezáis."

(CAMBIO DE LUZ. ENTRA UNA MÚSICA SENSUAL Y SE PROYECTA FRENTE A LOS ACTORES UNA PELÍCULA, DE LA QUE NOSOTROS SÓLO VEMOS EL HAZ DE LUZ SOBRE SUS CABEZAS. ELLOS CUENTAN TRES Y EMPIEZAN A HACER RUIDOS Y QUEJIDOS ERÓTICOS, MIRANDO FIJAMENTE LA PANTALLA, SIN DEMASIADA CONVICCIÓN NI FUERZA.)

VOZ OFF.- "Oye, ¡qué pasa!" (SE CORTA LA MÚSICA Y LA PROYECCIÓN, Y VUELVE LA LUZ DE ANTES.) "No jodáis, ¿no? ¿Eso es un polvo? Poned un poco más de entusiasmo, coño, si no, no se van a creer la película ni los sordos. Ya sé que es difícil a las once de la mañana, y así, en frío, doblar un porno, pero meteros un poco en situación, digo yo."

(EL ACTOR DA UN PASEO RÁPIDO EN CÍRCULO, Y HACE FLEXIONES. ELLA SALTA Y HACE EJERCICIOS DE VOZ. LUEGO SE ACERCAN DESPACIO DE NUEVO AL MICRÓFONO, TRATANDO DE APARENTAR PROFESIONALIDAD. CAMBIO DE LUZ. COMIENZA DE NUEVO LA PROYECCIÓN Y LA MÚSICA, Y ELLOS HACEN RUIDOS Y JADEOS ERÓTICOS. SE CORTA OTRA VEZ LA PROYECCIÓN Y VUELVE LA LUZ.)

VOZ OFF.- (GRITANDO, ENFADADO.) "¡Bueno, ya está bien! ¡A ver si vamos a tener que estar aquí todo el día! Se supone que sois profesionales. Meteros en situación como sea, pero meteros, leche. Sólo son unos minutos, y luego ya lo repetimos nosotros aquí en control. ¡Venga ya! Vamos, que es muy tarde. Lo

pongo y empezáis a tope los dos. Me imagino que habréis ensayado alguna vez esto en vuestra casa, digo yo."

(COMIENZA DE NUEVO LA PROYECCIÓN, Y EMPIEZAN ELLOS A JADEAR, AHORA MUCHO MÁS DECIDIDOS, Y A DAR QUEJIDOS ERÓTICOS Y FRASES ENTRECORTADAS, CONTONEÁNDOSE CADA VEZ MÁS, PARA FACILITAR LA ACTUACIÓN, HASTA LLEGAR A JUNTARSE. EN UN EXTRAÑO JUEGO, DE EVIDENTE FALSA ACTUACIÓN POR FUERA, Y CONFUSA Y VIOLENTA POR DENTRO. ACABAN LOS DOS RODANDO POR EL SUELO, UNO ENCIMA DEL OTRO.)

VOZ OFF.- "¡Bueno, ya! ¡No os paséis! ¡Vale, muy bien esta vez!"

(SE CORTA LA PROYECCIÓN Y LA MÚSICA, SE DA LA LUZ Y LOS DOS SE LEVANTAN DEL SUELO VIOLENTÍSIMOS. SE COLOCAN LA ROPA, EL PELO, CARRASPEAN... ELLA RECOGE SUS COSAS DEL RINCÓN.)

VOZ EN OFF .- "Vamos a oirlo, a ver como ha quedado".

(SE ESCUCHAN DE NUEVO LOS GRITOS Y LAS PALABRAS QUE HAN DICHO ANTES: "más, más... así... así... , sigue, sigue..., etc." ELLOS LO ESCUCHAN INMOVILES, TRATANDO DE PONER UNA POSE PROFESIONAL.)

VOZ OFF.- "Ha valido. Ha salido bien. Vale, gracias."

(SE LEVANTA EL MICRÓFONO HASTA DESAPARECER POR EL TECHO.)

ACTRIZ.- (DANDO LA MANO AL ACTOR.) Bueno, pues encantada.

ACTOR.- No, si yo también me voy... Si quieres las señas del maestro de Kabuki...

ACTRIZ.- Bueno. Tampoco estoy segura de quererme ir al Japón... no creas... Sobre todo por si me contratan en el Teatro Clásico. Y la semana que viene que tengo un casting. De todas las maneras, te doy mi teléfono, y me llamas.

ACTOR.- ¿Tomamos un café, y te doy el mío también yo...?

ACTRIZ.- Vale. Has estado muy bien...

ACTOR.- Tú también. Me ha gustado mucho... Tú actuación, digo.

ACTRIZ.- Me mareaba un poco, al jadear tanto...

ACTOR.- Sí, eso pasa. Podemos preparar alguna cosa juntos, de este tipo, por si nos vuelven a llamar... si quieres.

ACTRIZ.- Sí, para practicar. Me parece bien... Así no me mareo luego cuando tenga que... ¿Vives solo?

ACTOR.- Sí. ¿Y tú?

ACTRIZ.- ¿Yo? Yo sí. Sola también. Antes vivía con... mi familia, pero ahora vivo sola. Sí.

ACTOR.- Ah, pues estupendo, ¿no? Por practicar, lo digo, no molestamos a nadie... Con los gritos, y eso... (SE RÍE, NERVIOSO.)

ACTRIZ.- Claro. (SE RÍE TAMBIÉN.) ¿Vamos?

ACTOR.- ¿Y de qué es ese casting que vas a ir... ?

ACTRIZ.- De una obra de vanguardia que van a hacer. A mi la vanguardia me encanta.

ACTOR.- Y a mi, sobre todo la alemana. Esa la que más.

(Y SALEN LOS DOS HABLANDO DE VANGUARDIA, ENCANTADOS, FELICES SIN SABERLO, Y LLENOS DE FUTURO.)

OSCURO

ENTRE REJAS

(CÁRCEL DE MUJERES. DOS PRESAS LIMPIAN EL SUELO DE UNA GALERÍA CON UNAS FREGONAS. UNA ES JOVEN,
 “ LA JULI “, CON ASPECTO DE COLGADA Y DROGOTA. LA OTRA, MÁS MAYOR, “LA TOMATES” , CON PINTA DE AMA DE CASA RURAL Y ACENTO ANDALUZ.
 CANTURREAN LAS DOS -CADA UNA EN SU ESTILO- MIENTRAS FRIEGAN.)

LA TOMATES.- "Hace tiempo que no siento nada al hacerlo contigo..."

LA JULI.- "Ya no me pongo, ya no me pongo..." (PARA DE FREGAR Y CANTAR, Y MIRA A LA OTRA.) ¡Oye, colega!

LA TOMATES.- ¿Es a mí?

LA JULI.- No, a mí va a ser. Estamos las dos solas. Como no llame al cubo. ¡No te digo! ¿Tú por qué estás aquí?

LA TOMATES.- Me ha dicho la celadora que tenía que fregar esto y los servicios.

LA JULI.- ¡No, joder! Digo que por qué estás aquí, en el trullo.

LA TOMATES.- ¡Ah! Yo por na. Soy inocente.

LA JULI.- Ya, como todas, mira tú. Pero te digo, a ver si te enteras, que por qué estás en el talego; vamos, que por qué te han traído los maderos.

LA TOMATES.- ¡Por na, ya te lo he dicho! Mala sangre que tiene la gente. Yo no he hecho na. (SIGUE FREGANDO.)

LA JULI.- Pues a mí me ha dicho una de la cuarta galería el otro día en el patio que te cargaste a tu marido que era cabo de la Guardia Civil. Que le envenenaste los tomates de la ensalada, y que por eso te llaman "La tomates".

LA TOMATES.- ¡To mentira! ¡Yo no he hecho na! Calumnias de la gente que tiene mal corazón.

LA JULI.- ¡Y dale con el "na"! ¿Y por qué estás aquí, rica? ¿Por ir a misa?

LA TOMATES.- Era un desaborío y un mustio, y estaba to el día diciendo que me iba a meter dos tiros si me asomaba a la puerta la calle. La compra me la tenía que traer una vecina, y si tenía que ir al médico o algo, él al lao, de guardia.

LA JULI.- Claro, por eso te lo cargaste.

LA TOMATES.- ¡Yo qué va! Él, que se suicidó pa que me la liara yo.

LA JULI.- ¡Venga ya, no te enrolles tía! ¡Va él a...!

LA TOMATES.- Tú no conocías a ese malaje. ¡Firme me ponía cuando me regañaba por algo! O me hacía cosas peores que no te voy a contar porque me da hasta vergüenza hablarlas. Y encima me engañaba.

LA JULI.- ¿Sí? ¿Con otra?

LA TOMATES.- ¡No, con un cabo de la Guardia Civil va a ser!

LA JULI.- Y tú los pillaste enrollados, y le metiste el veneno...

LA TOMATES.- ¡Que no, joder, que pesá te pones! ¿Y tú, por qué estás aquí, a ver, tanto preguntar?

LA JULI.- Yo por nada. Soy inocente. Una cartera que me encontré, que dijeron que yo la había cogido..., y la iba a devolver ya...

LA TOMATES.- ¿Y sólo por eso estás aquí? ¡Qué lastima!

LA JULI.- Bueno, lo malo es que me había encontrado más otras veces. Que me encuentro yo muchas carteras, vamos. Oye, ¿y cómo te enteraste de lo de la otra? ¿Un anónimo?

LA TOMATES.- ¡Qué va! Que me daba na más que la mitad el sueldo y me lo olí. La otra mitad se lo daba a la tía esa. Un día me disfracé con un abrigo que me dejó una vecina, y le seguí. "Me voy a por el periódico", dice. Yo le sigo sin que me vea, se mete en una casa, yo espero un poco, luego me meto por una ventana que da al patio y les cojo allí dale que te pego a los dos. Y yo sin poderme asomar a la puerta la calle pa que no me miraran los tíos... Y a mi niño, que le pegaba cada palo que lo tenía señalaíco de cardenales el animal, con cuatro años que tiene la criatura.

LA JULI.- ¿Y como le metiste el veneno en los tomates? ¿Con una chuta?

LA TOMATES.- ¡Yo qué va! ¡Él, que se lo tomaría pa amargarme la vida!

LA JULI.- ¡Joder, qué borde eres, tía! ¿Qué pasa? Si yo no se lo voy a contar a nadie. Claro, el abogado, que te ha dicho que no largues, que luego todo se sabe. Pero yo soy legal, por mi madre que no abro el pico. ¿Y él qué hizo?

LA TOMATES.- ¿Quién?

LA JULI.- Tu difunto. ¿Qué hizo cuando le diste el veneno? ¿Vomitaba?

LA TOMATES.- Ah, no sé. Yo me había ido ese día a casa de mi madre con el niño a hacer unas cortinas.

LA JULI.- ¿Pa la coartada?

LA TOMATES.- No, pal salón.

LA JULI.- ¿Y quién descubrió el fiambre? ¿Una vecina?

LA TOMATES.- Tampoco lo sé, ni me importa.

LA JULI.- ¡Joder! Una cosa es que no quieras largar, y otra que parezcas tonta. ¡Estoy hasta la polla! Esta fregona se clava. Se me están poniendo las manos moradas del palo este...

LA TOMATES.- ¡Cuidao! ¡La Boqui, que viene!

(UNA FUNCIONARIA CRUZA LA GALERÍA. ANTE SU PRESENCIA CERCANA SE PONEN LAS DOS A FREGAR EL SUELO CON MÁS ENTUSIASMO Y RAPIDEZ, MIENTRAS SIGUEN CANTURREANDO.)

LA JULI.- "Yo no me pongo, yo no me pongo..."

LA TOMATES.- "Se me está quitando lo buena que estoy, y me está viniendo lo malo por dentro..."

(LA FUNCIONARIA SALE.)

LA JULI.- ¡Ya! ¡Frena, tú, que ya se ha largado!

(COMPRUEBAN QUE LA FUNCIONARIA HA DESAPARECIDO.)

LA JULI.- ¿Cómo te llamas?

LA TOMATES.- ¿Yo?

LA JULI.- ¡No, yo!

LA TOMATES.- María Fernanda. ¿Y tú?

LA JULI.- Margarita, pero aquí todos me dicen La Juli.

LA TOMATES.- ¡Ah! ¿Por qué?

LA JULI.- Porque me dieron, cuando llegué, la cama de una que salió que se llamaba La Juli, y dijeron todas: "Tú, La Juli".

LA TOMATES.- ¿Y de dónde eres?

LA JULI.- Yo de Pamplona. De donde los Sanfermines.

LA TOMATES.- Pues yo soy de Úbeda, de Jaén, de donde los olivos. ¡Huy, de Pamplona, de donde los Sanfermines! ¡Qué frío debe de hacer allí!, ¿no? ¡Tan parriba!

LA JULI.- En invierno te cagas de frío.

LA TOMATES.- Pues yo estoy tol día helá, hija. Y aquí en la cárcel, congelá.

(LA JULI SACA UNA CAJETILLA Y ENCIENDE UN CIGARRO.)

LA TOMATES.- Oye, ¿me das un cigarro, pa entrar en calor, que yo no tengo?

LA JULI.- Te doy uno si me cuentas bien lo que hiciste, como si fuera una novela. A mí me encantan las novelas, tía. Con otros nombres, o como quieras, pero habla ya, condená.

LA TOMATES.- (SE ACERCA.) Na, pues eso: esto era un señor muy malo y una mujer muy buena. Él la apuntaba muchas veces con una pistola que tenía pa meterle miedo, y ella se estaba volviendo loca. Un día que se había ido ella a casa de su madre con el niño pa hacer unas cortinas pal salón, va él y la llama por teléfono y le dice: "Tú, que me duele la tripa, que me he tomado unos tomates y por lo visto estaban verdes. ¿Hay bicarbonato en casa?" Y ella va y le dice: "Sí, en un paquetito blanco en el armario de la cocina". Él se conoce que se equivoca, se toma el matarratas y se muere. El cigarro. (LE COGE EL CIGARRO Y LO ENCIENDE. FUMA DISFRUTANDO DEL TABACO.)

LA JULI.- ¿Y por eso estás tú en el talego? ¿Porque se equivocó?

LA TOMATES.- ¿No te he dicho que era inocente? ¡Lo que pasa es que no hay justicia en el mundo pa las mujeres maltratás!

LA JULI.- ¡Ya! ¡Tararí que te vi! Lo que pasa es que se está poniendo de moda cargarse a los maridos, que lo he oído en la tele. Y a mí me parece muy bien, qué quieres que te diga. Yo es que me los cepillaba a todos. Siete puñalás a cada

uno por sinvergüenzas, por pringaos, por canallas, por maricones, por hipócritas y por todo lo demás. Lo que pasa es que a mí me molan los troncos. Es mi cruz.

LA TOMATES.- ¿Qué troncos?

LA JULI.- Todos. Todos los troncos me van a mí: altos, bajos, listos, gilipollas, con gafas, calvos, guapos, feos... , yo me hacía un vis a vis hasta con el médico de la enfermería, que mira que es feo y canijo. En toda mi vida no he visto un pavo que no me guste. Por eso me veo como me veo. Qué le voy a hacer.

LA TOMATES.- Pues yo no sé qué les ves a los troncos esos, como tú dices. A mí me dejan fría. Debe ser por el marido que he tenido, que me ha dejao inmunizá.

LA JULI.- A mí me ponen más caliente que la estufa de la capilla. Es lo peor de la cárcel, que estemos separadas de los hombres. Se conoce que en eso está el castigo. Si yo fuera el mandamás del mundo, cárceles mixtas, como los colegios.

LA TOMATES.- ¿Y qué le ves tú a los tíos, que tanto te gustan, si es que puede saberse?

LA JULI.- ¡Desnudos! ¡Yo los veo desnudos, tía! Subiéndoseme encima y recorriéndome por todos los lados como si fuera el agua caliente de la ducha. Mordiéndome como una manzana, y haciendo que se me abran las carnes como si estuviera tomando el sol en una playa.

LA TOMATES.- ¡Huy, ésta! Hija, eso debe ser en las novelas que a ti te gustan tanto. En la vida real, ni ducha, ni pera, ni albaricoque. Con un cabo de la Guardia Civil tenías tú que dar. Se te iba a pasar la calentura en un santiamén. ¿Pero qué haces metiendo y sacando la fregona en el cubo? ¡Se te está saliendo tol agua!

LA JULI.- Estaba soñando que estaba en el cielo, y que estaba todo lleno de tíos.

LA TOMATES.- Pues ándate con cuidado no te vayas a encontrar con mi difunto. Le conocerás por el tricornio. Aunque ése tiene que estar en el infierno.

LA JULI.- Entonces, tú le dejaste a propósito el matarratas allí para que él...

LA TOMATES.- ¡Yo, de qué! ¡Te lo he dicho por decir, pa que me dieras el cigarro! Se murió de una enfermedad, o de lo que fuera, que a ti no te importa. (SE ALEJA CON SU CUBO Y SU FREGONA.)

LA JULI.- (GRITANDO.) ¡Mira, tronca...! ¡El próximo día te va a dar tabaco tu puta madre! ¿Me oyes?

LA TOMATES.- ¡Anda ya, que te den, rica!

LA JULI.- ¡Tomates! ¡Que eres una tomates!

(SALEN LAS DOS, CADA UNA POR UN LADO, CON SUS CUBOS Y FREGONAS, CANTANDO SUS CANCIONES, Y MASTICANDO LAS NOVELERAS TRAGEDIAS DE SUS VIDAS.)

OSCURO

UNA CUESTIÓN DE HONOR

(UNA CAMA EN LA OSCURIDAD DE UNA HABITACIÓN, ILUMINADA SOLO POR UN LEVE RAYO DE LUNA QUE LLEGA POR UNA VENTANA. ENTRA UN HOMBRE Y ENCIENDE UNA CERILLA. LEVANTA DEL SUELO UNAS PRENDAS TIRADAS DE HOMBRE Y LAS MIRA. ENCIENDE OTRA CERILLA Y SE ACERCA A LA CAMA. VE EN ELLA UN HOMBRE Y UNA MUJER. SE PASA AL OTRO LADO DE LA CAMA, Y ENCIENDE OTRA CERILLA.)

MARIDO.- (HABLA BAJO, COMO PARA NO DESPERTAR AL HOMBRE.) ¡María! (ZARANDEANDO A LA MUJER.) ¡María! ¿Quién es éste? ¡María, no te hagas la dormida, coño!

MUJER.- (INCORPORÁNDOSE, MEDIO DORMIDA.) ¡Qué pasa? ¿Qué hora es? ¿Qué haces aquí? ¡Pero tú no estabas en Barcelona?

MARIDO.- ¡No estoy en Barcelona, estoy aquí, leches!

MUJER.- ¡Calla, que le vas a despertar!

MARIDO.- ¿Que le voy a despertar? (SIGUE HABLANDO BAJO.) ¿Le voy a despertar...? ¡Lo que voy a hacer es tirarle por la ventana! ¡Ay! ¡Me he quemado, joder! (TIRA EL RESTO DE LA CERILLA Y DA LA LUZ DE LA HABITACIÓN. VA AL OTRO LADO DE LA CAMA Y GRITA AL HOMBRE.) ¡Eh tú, despierta ya, coño! Está como un tronco el tío...

MUJER.- Es que toma pastillas para dormir.

MARIDO.- ¡Lo mato! ¡Te juro que lo mato! ¡Y a ti también! ¿Dónde hay un cuchillo?

(BUSCA POR LOS CAJONES DE LA HABITACIÓN, Y, AL NO ENCONTRARLO, SALE DEL CUARTO HACIA LA COCINA, RESOPLANDO LLENO DE FUROR.)

MUJER.- (AL HOMBRE DORMIDO) Juan, despierta.

AMANTE.- Estoy despierto. Me he hecho el dormido porque no sabía qué hacer. Dice que va a buscar un cuchillo. ¿Quién es ese tío?

MUJER.- (CON ABSOLUTA TRANQUILIDAD.) Mi marido.

AMANTE.- (DANDO UN BRINCO EN LA CAMA.) ¿Tu marido? ¿Estás casada y tienes un marido y no me dices nada? No me digas que ésta es su casa, y su cama...

(ELLA LE DICE QUE SÍ CON LA CABEZA, BOSTEZA, Y SE VUELVE A ACOSTAR.)

AMANTE.- ¿Que sí? ¿Que es su casa...?

(ÉL SE LEVANTA DE LA CAMA Y EMPIEZA A VESTIRSE A TODA VELOCIDAD.)

AMANTE.- ¡Y cómo no me has dicho que podía venir tu marido! ¿Qué piso es éste?

MUJER.- Un séptimo ¿No te acuerdas, cuando vinimos?

AMANTE.- No me acuerdo ahora ni de cómo me llamo... (MIRA LA VENTANA.) ¡Un séptimo! ¿La puerta...?

MUJER.- Hay que pasar por ahí delante, y está él.

AMANTE.- Otra salida no habrá, ¿verdad?

MUJER.- Como no te vayas volando...

(ENTRA EL MARIDO FURIOSO, CON UN PEQUEÑO CUCHILLO DE COCINA, SIN PUNTA, EN LAS MANOS. CIERRA LA PUERTA DEL CUARTO DE GOLPE, Y SE COLOCA DELANTE EN POSTURA AGRESIVA.)

MARIDO.- ¡De aquí no sale nadie! ¡A ver qué pasa ahora! ¡Coño!

AMANTE.- (ACABANDO DE PONERSE LOS PANTALONES.) ¡Oiga, que esto no es lo que parece, no vaya a pensar que...!

MARIDO.- ¿Que no vaya a pensar? ¿Pero tú te crees que yo soy gilipollas? ¡Estabas metido en la cama con mi mujer, te estás poniendo los pantalones, y me dices que no vaya a pensar...!

AMANTE.- Yo no sabía que era su mujer, se lo juro. Si lo llego a saber no vengo. O sea, que ha sido sin intención... Estas cosas pasan a veces...

MARIDO.- ¡No pasan, joder, no pasan! ¡Por lo menos a mí no me pasan! (A ELLA.) ¿Pero este tío quién es?

MUJER.- Un compañero de trabajo...

MARIDO.- ¿Un compañero de trabajo? ¡Y qué coño hace en mi cama con mi mujer!

AMANTE.- Ya le digo, una equivocación...

MUJER.- (AL AMANTE.) Déjalo, no te esfuerces. No lo va a entender... Se lo toma todo siempre a la tremenda.

MARIDO.- ¡Pero qué es lo que tengo yo que entender, a ver! ¿Es que no veo perfectamente claro lo que ha pasado hoy aquí?

MUJER.- Se ha enterado que su mujer está con otro, ¿comprendes? Estaba deprimido, y vino a hablar conmigo. Y hablando, hablando... se le hizo tarde... Al fin y al cabo, tú también tienes algo que ver en esto, digo yo.

MARIDO.- ¿Yo? ¿Qué tengo yo que ver con que a este cabrón le engañe su mujer? Yo lo único que tengo que hacer es matarle ahora mismo.

MUJER.- Qué perra has cogido. Que te apellides Calderón no quiere decir que estemos en una comedia de capa y espada. Esas cosas pasaban antes porque no había televisión.

MARIDO.- ¿Pero tú quieres que te mate a ti también? ¿Es eso lo que quieres?

MUJER.- (VISTIÉNDOSE CON TOTAL CALMA Y NATURALIDAD DELANTE DE LOS DOS HOMBRES.) Mira, tengamos la fiesta en paz. Sé perfectamente por qué has ido tú hoy a Barcelona, hoy y todos los viernes del año, así que es mejor dejarlo. ¿No te parece?

MARIDO.- ¿Y eso qué tiene que ver?

AMANTE.- (VA HACIA LA PUERTA, DESPACIO.) Si no os importa yo me voy... Así podéis hablar más libremente de vuestras cosas...

MARIDO.- (A GRITOS.) ¡Tú te quedas! ¡Y si te vas, te vas por la ventana! (A ELLA.) ¿Se puede saber a qué viene ahora eso de Barcelona, qué tiene que ver con esto?

MUJER.- Calderón, tu puente aéreo termina directamente en una cama del hotel Mindanao aquí en Madrid, cuatro calles más arriba de esta casa.

MARIDO.- (PAUSA.) ¡Eso no es verdad!

MUJER.- ¿A no? Pregúntaselo a la mujer de éste, a Ana, (SEÑALA AL AMANTE, QUE LA MIRA SORPRENDIDO.) ...a ver si no está ahí el hotel Mindanao.

AMANTE.- (SIN COMPRENDER.) ¿A mi mujer? ¿Qué tiene que ver Ana con donde está un hotel...?

MUJER.- Todo tiene que ver en esta vida. Desde las estrellas y los horóscopos, al viento de los ciclones. ¿A que no sabías que las pirámides de Egipto están construidas con la misma orientación que las pagodas chinas? Me voy a hacer un té.

(LA MUJER SALE. LOS HOMBRES SE MIDEN UN TIEMPO CON LA MIRADA SIN SABER QUÉ DECIR.)

AMANTE.- O sea, a ver si me entero yo..., que con este lío de pirámides y pagodas no me entero de nada... (SEÑALA AL MARIDO.) Ana y tú... entonces eres el tío... no me lo puedo creer... es que no me lo creo...

MARIDO.- ¿Ana Pacheco es tu...? ¿Tú eres el...?

AMANTE.- (DA UNA PATADA EN LA CAMA Y SE HACE DAÑO.) ¡Ay mecagüen la madre que te...! ¡Es para matarte!

MARIDO.- No te pongas así, hombre.

AMANTE.- ¿Que no me ponga así? O sea, que mi mujer lleva acostándose contigo un año y tú me dices que no me ponga así. ¿Y cómo quieres que me ponga? ¿Que baile?

MARIDO.- También tú te estabas acostando con la mía...

AMANTE.- ¡Sí, pero una vez sola! ¡No un año!

MARIDO.- Entonces yo te mato a ti una sola vez, y luego tú a mi varias.

AMANTE.- ¡Oye, no estoy para bromas! (DA PASEOS DESESPERADO POR LA HABITACIÓN.) ¡Esta tía...! ¡Me deja, me engaña...! ¡Y ahora resulta que es con este tío...

MARIDO.- Pues tú no sabes el trago que es entrar en tu dormitorio y encontraros como os he encontrado yo, ahí juntos a los dos, desnudos en mi cama...

AMANTE.- Si me hubiera pasado a mí no sé lo que hubiera hecho... ¡Dios mío! No quiero ni pensarlo.

MARIDO.- Por eso había cogido yo el cuchillo.

AMANTE.- (VA HACIA EL OTRO.) ¡Dámelo! ¡Trae! ¡Dame el cuchillo!

MARIDO.- (APARTÁNDOSE.) ¡Oye, no iras a...!

AMANTE.- ¡Trae! (TRATA DE QUITÁRSELO, Y, EN EL FORCEJEJO, SE CORTA EN UN DEDO.) ¡Ay, joder!

MARIDO.- ¿A ver? Te has hecho un corte. Espera, que te pongo algo... (VA HASTA LA PUERTA, ABRE Y GRITA FUERA.) ¡María! ¡Trae una tirita, que se ha cortado éste! (ABRE EL CAJÓN DE LA MESILLA.) Yo creo que había aquí alguna... (VE ENCIMA DE LA MESILLA UN PRESERVATIVO Y LO COGE.) ¡Serás hijo de puta! ¿Esto qué es, eh?

AMANTE.- ¿Y tú con mi mujer, en el Mandanao?

MARIDO.- ¡Mindanao, no Mandanao;

AMANTE.- ¡Es igual!

MARIDO.- No, no es igual. Es con "i", no con "a".

AMANTE.- ¡Dame eso, que es mío...!

MARIDO.- ¡Quita de aquí, que te...! (FORCEJEAN POR EL PRESERVATIVO, Y AHORA ES EL MARIDO EL QUE SE PINCHA EN UNA MANO CON EL CUCHILLO.) ¡Ay, me he cortado...!

AMANTE.- Perdona... ¿Te has hecho mucho?...

(ENTRA LA MUJER CON LAS TIRITAS, UN ABRIGO Y UNA BOLSA DE VIAJE EN SUS MANOS.)

MUJER.- ¿Para quién es la tirita...? (LOS DOS HOMBRES LE ENSEÑAN SUS HERIDAS POR CUESTIONES DE HONOR. ELLA DEJA LAS TIRITAS SOBRE UN MUEBLE.) La próxima vez cortaros en el cuello, y bien fuerte a ser posible. Acabo de hablar con Ana por teléfono, y hemos decidido que me voy a vivir a su casa con ella. Somos amigas desde hace un montón de tiempo. Desde la universidad, cuando estudiábamos juntas. Vosotros os podéis quedar aquí juntos si queréis, clavándoos el cuchillo el uno al otro y poniéndoos tiritas. En la época del otro Calderón, por lo menos, los hombres se mataban de verdad.

(LOS DOS HOMBRES LA MIRAN IRSE, DESCONCERTADOS, CON SUS HERIDAS LEVANTADAS AL VIENTO DE LA HISTORIA. LUEGO SE MIRAN EL UNO AL OTRO, DESOLADOS Y CONFUSOS DE HABER TENIDO QUE VIVIR EN ÉPOCA TAN POCO HEROICA.)

OSCURO

AMOR DIVINO, AMOR HUMANO

(UN CONVENTO. LA MADRE SUPERIORA Y VARIAS MONJAS ESTÁN COSIENDO EN LA SALA DE COSTURA. UN RAYO DE SOL ATRAVIESA LAS VIDRIERAS ILUMINANDO EL CUADRO. LLEGA OTRA MONJA -SOR JUSTINA- MUY AGITADA Y NERVIOSA.)

SOR JUSTINA.- (ACERCÁNDOSE.) Ave María Purísima.

TODAS LAS MONJAS.- Sin pecado concebida.

(SOR JUSTINA SE SIENTA, Y SE PONE TAMBIÉN A COSER, DANDO GRANDES SUSPIROS DE VEZ EN CUANDO. RISITAS DE LAS OTRAS MONJAS.)

MADRE SUPERIORA.- Sor Justina, ¿en qué estáis pensando?

SOR JUSTINA.- En Dios nuestro Señor, Madre Superiora.

MADRE SUPERIORA.- ¿Y cuando pensáis en Dios nuestro Señor, dais siempre esos suspiros tan grandes? Os estáis poniendo colorada, sor Justina. ¡Ay, Señor, Señor! Que me temo yo que no sea precisamente en Dios nuestro Señor en quien pensáis a todas horas.

SOR JUSTINA.- ¡Ay! Me he pinchado un dedo.

(RISITAS Y COMENTARIOS, EN VOZ BAJA, DE LAS MONJAS.)

MADRE SUPERIORA.- Dios os ha castigado por mentir y por tener malos pensamientos.

SOR JUSTINA.- (AVERGONZADA.) No estaba pensando en nada, Reverenda Madre, estaba rezando.

MADRE SUPERIORA.- Ya, se nota. Ayer en el Refectorio estabais golpeando el suelo con el pie, y llevabais el ritmo de una cancioncilla, que me di cuenta perfectamente. Y el miércoles oí desde el patio cómo la tocabais al órgano. ¡Qué vergüenza, Dios mío!

SOR JUSTINA.- Es una canción infantil. No tiene nada de malo. La cantábamos de niños en el colegio, en el pueblo, y se me ha quedado.

MADRE SUPERIORA.- Y a mí, y no por eso estoy todo el día: "Antón, Antón, Antón pirulero..." ¿Os habéis creído que soy tonta? No sé qué le habéis visto a ese hombre, con lo mayor que es, bajo, calvo, feo... porque feo es un rato. ¡Como una chiquilla de catorce años! ¿Pero lo habéis mirado bien? Con las gafas puestas, quiero decir.

SOR JUSTINA.- El otro día estaba ayudando en la cocina y entró él del huerto a traer una cesta de tomates y pepinos, y casi me mareo. Me empezó a entrar un sofoco y a latirme el corazón como si se me quisiera salir. ¡Dios mío, qué puedo hacer yo! (LLORA.)

(RISITAS Y COMENTARIOS DE LAS MONJAS.)

MADRE SUPERIORA.- ¡Silencio, hermanas! (A SOR JUSTINA) Pero, Sor Justina, ¿le mirasteis? ¿De cerca?

SOR JUSTINA.- No me atreví a levantar los ojos del suelo mientras él estaba allí, Madre.

MADRE SUPERIORA.- Vaya por Dios. ¿Y habéis rezado a Dios nuestro Señor pidiéndole ayuda para luchar contra la tentación?

SOR JUSTINA.- Cinco rosarios diarios, Madre, y nada.

MADRE SUPERIORA.- Pero sor Justina, vamos a ver. ¿Cómo vais a comparar el amor a Dios nuestro Señor con esa locura? Dios nuestro Señor es... ¡Dios nuestro Señor!, y Antón el huertero, es... ¡Antón el huertero!

SOR JUSTINA.- Ya, pero es...

MADRE SUPERIORA.- Es un hombre. ¿Es eso lo que queréis decir?

SOR JUSTINA.- Me parece. También sueño con él por las noches, Madre.

(RISITAS DE LAS MONJAS.)

MADRE SUPERIORA.- Ah, pues eso sí que no puede ser.

UNA MONJA.- ¿Los sueños también son pecado, Madre?

MADRE SUPERIORA.- Depende de lo que se sueñe. (A SOR JUSTINA.) Pero hermana..., ¿ha dejado de creer en el Señor?

SOR JUSTINA .- Creo en Dios nuestro señor en cuerpo y alma por los siglos de los siglos.

LAS DEMÁS MONJAS .- Amen. (SE SANTIGUAN)

SOR JUSTINA .- Pero una cosa es una cosa, y otra cosa, es otra cosa, Reverenda Madre.

MADRE SUPERIORA.- Quiere su caridad explicarse mejor, que no la entiendo... Si fuese usted una niña, todavía, pero a su edad...

SOR JUSTINA .- La edad no tiene que ver con el amor...

(RISAS DE LAS OTRAS MONJAS)

MADRE SUPERIORA .- ¡Silencio! ¡Qué sabrá usted del amor! El único amor verdadero que existe es el que profesamos a Dios Nuestro Señor. Y como me salga su caridad respondona me va a hacer perder la santa paciencia. Eso que usted siente es la tentación del mismo diablo en persona, para que lo sepa.

(REVUELO Y COMENTARIOS DE LAS DEMÁS MONJAS AL OIR NOMBRAR AL MALIGNO. SE SANTIGUAN Y REZAN LETANÍAS CON VOCES SUSURRANTES)

SOR JUSTINA.- Pero Madre..., si fuese el diablo no estaría enfermo del pulmón. Por eso tiene esa tosecilla...

MADRE SUPERIORA.- Bueno, ya está bien de diablo, o no diablo. Para usted como si lo fuera. Así que ya me esta su caridad diciendo qué piensa hacer. Porque esto, desde luego, no puede seguir así.

SOR JUSTINA.- Puedo empezar a rezar seis rosarios diarios en vez de cinco, si quiere su Reverencia.

MADRE SUPERIORA.- Me parece que eso no va a servir de mucho; sobre todo si mientras rezáis lleváis el ritmo de esa cancioncilla con los pies. Pues tened mucho cuidado. Os podéis condenar para toda la eternidad por un solo pensamiento. Sólo por andar imaginando lo que no se debe imaginar. (A TODAS LAS MONJAS.) Para toda la eternidad, fijaos bien. No cien años, ni doscientos... más, muchos más. Toda la eternidad de Dios quemándoos en el infierno, con el calor, el fuego, y sin poder beber agua ni nada... (A SOR JUSTINA.) por pensar en ese calvo. Todavía si fuera el padre Felipe, lo comprendería. Pero anda que el huertero...

SOR JUSTINA.- No, si el padre Felipe también me gusta.

MADRE SUPERIORA.- (SE PONE DE PIE.) ¡Sor Justina! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡El padre Felipe es un santo, y no os consiento que penséis en él de ese modo! ¡Ay! ¡Me he pinchado ahora yo!

(COTILLEOS DE LAS MONJAS.)

SOR JUSTINA.- Una gotita de sangre por las santas misiones. Amén.

MADRE SUPERIORA.- Vaya a la capilla a rezar por las almas de los pecadores y "las pecadoras" extraviadas. Con Dios, sor Justina.

SOR JUSTINA.- Con Él quedéis, Reverenda Madre. (SALE.)

TODAS LAS MONJAS.- "Antón, Antón, Antón pirulero, cada cual, que atienda a su juego..."

(RISAS.)

MADRE SUPERIORA.- ¡Silencio! (SE SANTIGUA.) Alabado sea el señor.

TODAS LAS MONJAS .- Sea por siempre bendito y alabado.

(SE SIENTA LA MADRE SUPERIORA, Y SIGUEN COSIENDO EN SILENCIO. UNA MÚSICA ANGELICAL PONE MARCO A LA ESTAMPA, QUE PARECE DETENIDA EN EL TIEMPO.)

OSCURO

LA CHICA DE LOS OJOS AZULES

(UN PRESO TUMBADO EN SU CAMASTRO SE INCORPORA Y LE HABLA A OTRO PRESO QUE ESTÁ EN OTRO CAMASTRO A SU LADO.)

UN PRESO.- He tenido un sueño... ¡Joder tío! Me daban un permiso de fin de semana y me ligaba a una tía que estaba buenísima. ¡Dios mío, qué tía! Me tiraba los tres días metido en la cama con ella. Era... era cojonuda: guapa, joven, con unas tetas y unas piernas... ¡Ah!, y tenía los ojos azules, te lo juro, como esas tías que salen en las películas, o en los anuncios.

(SE INCORPORA MÁS EN SU CAMASTRO, Y TRATA DE ORDENAR SUS PENSAMIENTOS.)

Me parece que la estoy viendo ahora mismo, la tengo aquí retratada: (SE TOCA LA CABEZA.) algo rubia, delgadita pero ancha de aquí abajo, buenísima, tío, y con esos ojos azules preciosos... Y todo me ha pasado de una forma tonta, no creas. Nada más salir, que me voy a tomar una cerveza y a andar un poco en línea recta, seguido... Me había prometido que eran las dos primeras cosas que haría al salir: tomarme una cerveza a gusto, y andar hasta que me diera la gana en línea recta, y no como en este maldito patio, de muro a muro. Total que empiezo a andar y andar pensando yo en mis cosas, dos horas por lo menos dale que te pego, y se me asoma de pronto una tía cojonuda por la ventana de una casa y me dice: "Oiga, por favor: me he quedado encerrada en casa y no puedo

salir. No encuentro las llaves por ningún lado... ¿Tendría la amabilidad de ayudarme?" Tú ya sabes que a mí eso de abrir puertas se me da de primera. Por eso estoy aquí, ¿no? De algo me tendría que servir. Así que voy, subo, le abro en un minuto con una ganzúa que hago con un clavo, entro, y ya fue todo seguido, tío. Ella me miró muy dulce, con esos ojos azules que tenía y me sonrió. Yo, al principio me quedé un poco cortado, claro. No iba yo ahí de golpe a ponerme a... Pero ella empezó a hablarme: "Pase usted, siéntese, muchas gracias por abrirme...", Me invita a una copa, y ya se acerca a mí y, sin darle importancia, tan normal, empieza a quitarme la ropa. No era una puta ni nada por el estilo, no vayas a creer. Era una tía bien, normal, legal, pero como era un sueño, pues se ve que todo era más como yo quería, tu comprendes, ¿no? Y era muy simpática. Estaba todo el tiempo riéndose. Total, que me quita la ropa, ella se desnuda también y nos metemos en la cama. Ya te puedes imaginar cómo me sentía yo, en la gloria bendita. Me empieza a acariciar despacio, rozándome con sus manos todo mi cuerpo... por todos los sitios, por arriba, por abajo... Hacía tanto que no me acariciaba nadie que me puse a llorar, te lo juro. Como un niño pequeño, ella acariciándome y yo vengo a llorar. Hacía que no lloraba yo... desde pequeño. Ni me acuerdo cuando fue la última vez. Y fíjate, me puse a llorar con la tía esa. Es que, que te acaricie así de pronto una tía que está tan buena es... la hostia. Lo más que te puede pasar en la vida.

(CAMBIA DE LUGAR Y SUSPIRA RUIDOSAMENTE. DA UN PUÑETAZO EN SU CAMASTRO. Y SIGUE CONTANDO SU AVENTURA IMAGINARIA.)

Luego ya nos pusimos a follar, y aquello fue... Ya te digo: tres días allí metidos sin salir para nada. Ni para mear.

(MIRA AL CAMASTRO DE SU COMPAÑERO.)

¿Estás dormido? Mejor. Para qué coño quiere uno estar despierto en este puto sitio. ¡Ojalá me durmiera también yo y me despertara dentro de cinco años y un día! Y todo ese tiempo siguiera soñando con la chica de los ojos azules.

EL OTRO PRESO.- (DE MAL HUMOR.) ¡Duérmete ya, coño, y deja de joder!

(EL PRESO UNO VUELVE A TUMBARSE. LENTAMENTE EN SU CAMASTRO, CON LA MIRADA PERDIDA EN EL INFINITO.)

OSCURO

EDIFICIO OKUPADO

(DOS PUNKIS, "LA RIZOS" Y "PILI", PONEN CHAPAS METÁLICAS EN UNOS CINTOS MIENTRAS LE DAN A UNA LITRONA EN UN EDIFICIO OKUPADO. UNA COLCHONETA EN EL SUELO Y ALGUNAS CAJAS DE MADERA Y CARTÓN A SU ALREDEDOR, DAN LA IMPRESIÓN DE QUE LLEVAN ALLÍ ALGUNOS DÍAS. HAY UNA PANCARTA EN LA QUE SE LEE: "CULTURA ALTERNATIVA". LLEGA OTRA JOVEN VESTIDA DE PUNKI, JUANITA, Y SE ACERCA A ELLAS.)

JUANITA.- Hola. ¿Qué pasa? ¿No habéis ido a la manifestación?

LA RIZOS.- Nos hemos tenido que quedar de guardia por si venían los maderos a echarnos. Nos hemos quedado nosotros, La Saba, y Malenda el guitarrista. ¿Qué tal ha estado?

JUANITA.- No, si yo tampoco he ido. Me dolía una muela. He ido a la farmacia.

(PAUSA. JUANITA MERODEA ALREDEDOR DE LAS OTRAS.)

LA RIZOS.- Pues fíjate, nosotros aquí de guardia por si venía la bofia... (SIGUEN DISTRAÍDAS CON SUS CINTOS.)

JUANITA.- ¿Y si vienen qué hacemos?

PILI.- Resistir y llamarles de todo. Luego ya, si la cosa se pone mal, salir por piernas.

LA RIZOS.- Casas en ruinas hay dabuten. Yo he estado ya por lo menos en siete este mes.

JUANITA.- Oye, tía, pues precisamente quería yo hablar contigo si no te importa. Es que como te ha tocado antes la papeleta de Ángel, el que vino conmigo..., quería yo saber, vamos, más que nada por saberlo, si no te importaría cambiármela por el Rubio, que me ha tocado a mí...

LA RIZOS.- Oye, tía, me tocó en el sorteo ese, ¿no?, pues ya está.

JUANITA.- Ya, pero es que a mí el Rubio no me gusta nada. A mí el que me gusta es Ángel, por si quieres saberlo.

LA RIZOS.- ¿Y a mí qué me importa el que te gusta o que te deja de gustar? Tú te quedas con el que te toca, y no andes enredando con los tíos, que eso no es legal.

PILI.- Si no te gusta, te aguantas. ¡No te digo lo que hay!

JUANITA.- (DESOLADA.) ¿Y cuando se cambia?

LA RIZOS.- Mientras estemos en esta casa, nunca.

PILI.- Si vienen a echarnos... y okupamos otra, otro sorteo.

JUANITA.- Es que yo te lo decía porque como vinimos juntos Ángel y yo...

LA RIZOS.- Eso da igual, si vinisteis juntos o si vinisteis separados.

JUANITA.- Ya, pero es que... verás, no sé cómo decírtelo. A mí Ángel, además de ser el que más me gusta es que es... mi marido.

PILI.- ¿El marido de quién?

JUANITA.- Mío. Que estamos casados. Nos vinimos aquí de okupas porque nos echaron del piso por no pagar la hipoteca, pero yo no sabía que le iba a tener que sortear.

PILI.- ¡Ah!, pues te aguantas. No haber venido. No te jode la pringada esta con la que me salta ahora. ¡Casados! ¿Y tenéis papeles y todo?

JUANITA.- Claro. ¿No te he dicho que es mi marido? Yo trabajaba en una oficina. Y él en una fábrica. Pero nos quedamos los dos en el paro.

PILI.- ¿Nos vas a contar ahora tu vida, guapa? Para eso me compro una televisión, como mi madre, que le encantan las horteras. Si quieres te la presento y se la cuentas a ella. Pero a mí no me des la vara.

JUANITA.- Yo lo decía para que os pusierais en mi situación. Todos podemos necesitar un favor.

LA RIZOS.- Para una vez que he pillado bien, casado o soltero, me da igual. Está "okupao", como el edificio, a ver si te enteras. Así que ya te puedes ir haciendo a la idea.

PILI.- Tú te quedas con el Rubio, que para eso te ha tocado.

JUANITA.- Le faltan tres dientes de delante. Y le he preguntado que cuando se duchó la última vez, y me ha dicho que aquí no hay agua corriente, y que no iba a ducharse con agua mineral...

PILI.- ¿Y eso qué tiene que ver, tía?

LA RIZOS.- Tu no mires, ni huelas...

JUANITA.- Es que no puedo aguantar que tú estés con Ángel, te lo juro.
(LLORANDO.)

PILI.- Anda ahora ésta, con la que salta. ¡Tía, que no te enteras, los tíos son de la que le toca! A lo mejor me toca a mí la próxima vez.

LA RIZOS.- ¿No me he aguantado yo cuando me ha tocado el Gordo o el Manteca? Si vas a salir con mío, tuyo, o rollos de esos malos, a mí ni me hables.

LA RIZOS.- Nosotras sólo nos enrollamos con gente legal, no con gente mierda como mis padres. “¡Mi marido, mi marido...!” Será gilipollas...

(SE ALEJAN “LA RIZOS” Y “PILI” CRITICANDO A LA NUEVA, JUANITA, POR ANTIGUA E INTEGRADA)

JUANITA.- (LLORANDO, SOLA.) ¡Que venga pronto la policía, por favor!
OSCURO

DOMINGO MAÑANA

(UN HOMBRE Y UNA MUJER EN UNA CAMA. ES VERANO, Y LA LUZ DEL DIA SE REFLEJA EN LOS CRISTALES DEL BALCÓN ABIERTO.)

ELLA.- (AGRESIVA.) ¿Quieres contestar a la pregunta que te he hecho?

ÉL.- (PACIENTE.) ¿Qué me has preguntado?

ELLA.- ¿Ni siquiera lo recuerdas?

ÉL.- ¿Ni siquiera recuerdo, el qué?

ELLA.- Lo que te he dicho

ÉL.- ¿Tú te crees que soy un magnetofón, para apuntar todas las cosas que dices?

ELLA.- (GRITANDO.) ¡Yo no quiero que te acuerdes de todas las cosas que digo!
¡Quiero que te acuerdes de lo último que te he dicho!

EL .- ¿Que de pequeña querías ser cantante?

ELLA.- No, lo otro.

ÉL.- Que querías matarte. Ya ves cómo me acuerdo.

ELLA.- ¿Y lo dices así, tranquilamente? ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

ÉL.- ¿También tengo que contestar a eso? Y no era una pregunta, era una afirmación. ¿"Quiero matarme" es una pregunta?

(PAUSA LARGA. ELLA SE LEVANTA DE LA CAMA, Y EMPIEZA A VESTIRSE.)

ELLA.- He estado viéndome con un hombre los últimos meses.

(PAUSA. ÉL NO CONTESTA)

ELLA.- (GRITANDO.) ¡Que he estado acostándome con uno los últimos meses!

ÉL.- Bueno.

ELLA.- ¿Es eso todo? ¿Que bueno?

ÉL.- Sé que es mentira. Lo haces para que discutamos. Nadie que se acuesta con otro le dice a su marido así, tranquilamente: "He estado viéndome con alguien varios meses". En las películas a lo mejor sí, pero en la vida real, no.

ELLA.- ¿Cómo lo dirías tú?

ÉL.- ¿Yo?

ELLA.- ¡Sí, tú, tú!

ÉL.- Yo no lo diría. No lo diría de ninguna manera porque no es verdad.

ELLA.- Ya. Pero si lo fuera, ¿cómo lo dirías?

ÉL.- Ya te lo he dicho.

ELLA.- ¿Qué es lo que me has dicho? ¿Qué me has dicho a mí, a ver?

ÉL.- Que no lo diría.

ELLA.- Eres un hipócrita, eso es lo que eres.

ÉL.- No quiero discutir contigo. Sé que tienes ganas de discutir. Lo siento, pero yo no tengo ganas. Te crees que la vida es como el cine, y no lo es. Eso es lo que te pasa.

ELLA.- ¿Por qué dices ahora eso? Mi madre se suicidó, ¿o no es verdad? ¿También eso me lo he inventado yo, o también es de una película?

ÉL.- Es domingo, y tenemos el día libre. Podríamos ir al zoo...

ELLA.- Te estoy diciendo que mi madre se suicidó y me dices que nos vayamos al zoo.

ÉL.- Eso ya no tiene solución, cariño. Y fue hace mucho. ¿Quieres que vayamos al zoo, o no? Me gusta ver a los animales dando vueltas en sus jaulas... siempre me ha gustado.

ELLA.- (MUY DURA.) ¿Por qué eres tan condenadamente vulgar?

ÉL.- Ahora empiezan los insultos. Tengo una paciencia realmente sorprendente. Siempre que me miro al espejo al lavarme los dientes lo pienso: la paciencia es una gran virtud, pero hay que ejercitarla. Con la práctica te hace ser invulnerable. Creo que si hubiera un concurso mundial de paciencia me llevaría el primer premio.

ELLA.- Estás muerto, eso es lo que te pasa, por eso ni sientes ni padeces. Somos tan diferentes tu y yo...

ÉL.- Todas las parejas son diferentes, cariño. La vida nos pone a prueba cada minuto.

ELLA.- ¿Dónde has leído esa estupidez...? ¿En un periódico deportivo?

ÉL.- Tengo hambre. Me comería unas tostadas con mantequilla.

(ELLA SE SIENTA EN LA CAMA, LLORANDO DESCONSOLADAMENTE.)

ÉL.- Es la confianza... La peor enfermedad de la convivencia es la confianza que se tiene. Con nadie que no tuvieras tanta confianza harías esto de ponerte a llorar ahora, así, sin razón. Estás cansada, ya lo sé, pero todos estamos cansados. A todos nos va condenadamente mal. El mundo entero está a punto de reventar, y no nos ponemos a llorar.

ELLA.- (SE VUELVE HACIA ÉL, LLENA DE IRA.) ¡A veces te odio! ¡Te mataría!
¡Tengo ganas de asesinarte! ¡De llenar el suelo con la sangre de tu cabeza! ¡No sabes lo que daría por no verte nunca más!

ÉL.- Deberías hacer ejercicios respiratorios, o algo de yoga..., para controlar la emoción. Las emociones son como tigres, que te comen poco a poco por dentro. La rutina es la mejor medicina, pero tú odias la rutina. Yo no. A mí me encanta hacer todos los días lo mismo, y sin una sola gota de emoción.

ELLA.- (LE MIRA CON FURIA) No hace falta matarte porque ya estás muerto. Eres un zombi, un muerto viviente. Esa cara de mutante inexpresivo que tienes, esa sonrisa fría de cadáver... Por eso no te enfadas nunca. Los muertos no pueden enfadarse.

ÉL.- Qué imaginación tienes para todo... "¡Uuuuh...! ¡Soy un zombi...!"

ELLA.- ¡Majadero!

ÉL.- (HABLANDO CON CALMA, MUY DESPACIO.) Bueno, ya está bien. Te estás pasando. Y me voy a levantar de la cama y te voy a dar un par de tortas.

ELLA.- ¿Tú a mí? ¿Que te vas a levantar y me vas a dar tú a mí? ¿Tú, que eres un inútil, y un impotente? No sé cómo puede ser policía una persona sin carácter como tú. ¿Que me vas a dar tú a mí? Espera un momento... (SALE, Y REGRESA CON UN CUCHILLO.) ¡Venga, dame! ¡Dame! (ACERCÁNDOSE) ¡Que me des! ¡Atrévete!

(ÉL SACA UNA PISTOLA LENTAMENTE DEL CAJÓN DE LA MESILLA, Y LA APUNTA A LA CABEZA.)

ÉL.- Deja ese cuchillo ahora mismo. ¿Me has oído?

ELLA.- ¡Dios mío! ¡Me estás apuntando con una pistola! ¡A mí!

ÉL.- Sí, te estoy apuntando con una pistola. Deja tú el cuchillo y yo dejo la pistola.

ELLA.- ¿Y esto es un matrimonio?

ÉL.- No exageres, mujer. Otros se llevan peor.

ELLA.- ¿Peor? ¿Quieres matarme con esa pistola y dices que otros se llevan peor?

ÉL.- (CARGADO DE PACIENCIA.) Mira, el seguro echado. Y mira, sin balas. Era para seguirte la corriente. Sé que te gustan las emociones fuertes, sobre todo los domingos por la mañana. De pequeño íbamos toda la familia a misa los domingos, eso nos tranquilizaba. Todavía hay mucha gente que lo hace.

ELLA.- Eres un desgraciado... ¿Y si te clavo yo a ti el cuchillo de verdad, qué?

ÉL.- Que se pondría todo perdido de sangre, y tendrías que limpiarlo luego. Bueno, qué, ¿desayunamos hoy o no?

ELLA.- (VA HACIA LA COCINA.) La próxima vez que me apuntes con la pistola te dejo. Con balas o sin balas. ¡Animal! (SALE AIRADA.)

ÉL.- (GRITA ALTO PARA QUE ELLA LE OIGA DESDE LA COCINA.) ¿Quieres entonces que vayamos hoy al zoo, o no?

OSCURO

ECOGRAFÍA MUY HÚMEDA

(SALA DE ESPERA DE UNA CLÍNICA. DOS MUJERES EMBARAZADÍSIMAS -UNA RUBIA, JOVEN Y GUAPA, LA OTRA MORENA, ALGO MAYOR Y GRUESA- DAN VUELTAS IMPACIENTES DE UN LADO A OTRO.)

MORENA.- No puedo más. Me lo hago aquí mismo. Lleva una hora la que ha entrado.

RUBIA.- Yo también estoy fatal.

MORENA.- Podían inventar algo para hacer las ecografías sin este tormento chino del pis. ¿Tú cuanta agua has bebido?

RUBIA.- Dos litros justos.

MORENA.- ¿Dos litros? ¿Te has bebido los dos litros?

RUBIA.- Pues claro.

MORENA.- ¿De verdad te has bebido los dos litros enteros? ¿Pero tú qué vas a tener? ¿Un niño o un pez?

RUBIA.- Lo que me dijeron... ¿Qué pasa? ¿Es malo?

MORENA.- Nada, mujer. Eres primeriza ¿no?

RUBIA.- Sí, ¿y usted?

MORENA.- ¿Yo? Ésta es la cuarta, hija.

RUBIA.- ¿Ah, sí? ¿Todas niñas?

MORENA.- No, no, digo que es la cuarta vez. Por eso ya no me hacen tragarme los dos litros famosos. Me he tomado dos vasos y ya estoy que se me sale, con que imagínate si me tomo los dos litros: ¡reviento!

RUBIA.- Bueno, ya queda poco. Tiene que estar a punto de salir. ¡Huy, huy, huy! Yo creo que no llego a la puerta.

MORENA.- Oye, guapa, perdona, pero estoy yo antes.

RUBIA.- ¿Qué...? Yo tenía hora para las cinco y media; son las seis, así que... ¿A qué hora la citaron a usted?

MORENA.- Yo llevaba ya aquí una eternidad meándome viva cuando tú entraste, así que me toca. ¡Vamos si me toca!

RUBIA.- Mire, no quiero ponerme a discutir con usted. Ahora cuando venga Tano lo aclaramos. Está aparcando. Fue él el que pidió la hora.

MORENA.- ¡Y dale con la hora! Esto es una cuestión de fuerza mayor. ¡Ya no aguanto ni un segundo más!

RUBIA.- ¿Y yo qué? ¡Yo me he tomado dos litros y usted dos vasos! ¡Usted misma lo ha dicho!

MORENA.- ¿Y eso qué tiene que ver? Cada una tiene el aguante que tiene, así que por mí como si te has bebido la fuente de la Cibeles. ¡Ay, ay, ay...!

RUBIA.- Ahora cuando venga Tano lo vamos a ver. Yo he pedido hora para las cinco y media.

MORENA.- Pero ¿quién es ese Tano que lo va a arreglar todo, si puede saberse?
¿Su marido?

RUBIA.- No, no es mi marido, pero vamos, como si lo fuera. No podemos casarnos por un problema que tiene, pero es lo mismo.

MORENA.- ¿Y ese como marido, o primo, o lo que sea, viene contigo a hacerte las ecografías?

RUBIA.- Pues claro que sí. Y va también a las clases de parto sin dolor.

MORENA.- Mujer, pues vaya ganas también.

RUBIA.- En todos los libros que hemos leído pone que el hombre tiene que estar al lado de la mujer en estos momentos difíciles. "Todo lo que te pase a ti, me tiene que pasar a mí", dijo.

MORENA.- ¿Y también se ha bebido los dos litros de agua?

RUBIA.- Anda, pues claro. "Todo lo que me pase".

MORENA.- Entonces por eso no sube. Se habrá meado en el coche, y, claro, le dará apuro venir al hombre con todo el pantalón mojado. Anda que también, si le digo yo a mi marido que se tiene que beber dos litros de agua..., me lleva al psiquiátrico.

RUBIA.- Ah, no, pues Tano, no. Él encantado.

MORENA.- ¿Y también hace Tano los ejercicios de respiración, y el jadeo, y todo eso?

RUBIA.- Sí, y la sofronización.

MORENA.- El mío se puso a hacer lo de la sofronización una vez, con el primero, y se quedó dormido al segundo en el suelo, roncando ahí tirado.

RUBIA.- Ah, no, Tano no es de esos. Hasta se quería poner la crema para las estrías.

MORENA.- Mira, si no estuviera a punto de inundación, me mearía de la risa. ¿Pero de dónde has sacado tú un hombre así?

RUBIA.- Huy, pues eso no es todo: me hace la comida para que no me canse cuando está en casa, que está poco, porque viaja mucho..., y me trae el desayuno a la cama... Dice que lo único que siente es no poder llevar el niño dentro él, y que si pudiera nos lo turnaríamos, una semana yo, y otra él.

MORENA.- Pues hija, menuda joya. En lo único que se parece al mío es en lo de viajar, que en lo demás...

RUBIA.- Un cielo. Cualquier cosa que le pida... ¡Uuuf!

MORENA.- (SE SIENTA CON CUIDADO.) ¡Ayayay! Pues a mí, cada vez que me ve, me dice con una cara hasta aquí: "Estás como una vaca". Cuando le dije que me había quedado embarazada casi me la gano. Que cómo no había tenido cuidado, me dijo. Y el otro día le digo yo: "Paco, ¿cómo le vamos a poner al niño?". "Paco, como su padre", me dice, para no cansarse de pensar. "Pero Paco -le digo yo- Paco se llama ya el mayor. No se van a llamar todos nuestros hijos Paco".

RUBIA.- Mujer, lo diría con buena intención...

MORENA.- Sí, con buena intención... Mira, hija, tú conserva a ese Tano con bolitas de alcanfor, y átalalo corto, no se te vaya a escapar. Sólo falta que sea guapo encima.

RUBIA.- Guapo, no ¡guapísimo!

(ENTRA UN HOMBRE MUY AGITADO, Y CON GESTOS DE ESTAR CONTENIENDO TAMBIÉN SUS GANAS DE IR AL BAÑO.)

MORENA.- ¡Paco!

RUBIA.- ¡Tano!

MORENA.- ¿Tano?

RUBIA.- ¿Paco?

MORENA.- ¡Este tío es Paco, mi marido!

RUBIA.- ¿Que Tano es...? ¡Ay, Dios mío! ¡Ya me lo he hecho!

MORENA.- ¡Y yo también!

(POR DEBAJO DE LOS TRES CAEN UNOS CHORRITOS.)

OSCURO

AZUL Y ROJO

(UNA CLÍNICA. SALA DE RAYOS X. UNA MUJER CON BATA DE MÉDICO, Y UN HOMBRE, DESNUDO DE CINTURA PARA ARRIBA Y CON LA ROPA EN LA MANO.)

PACIENTE.- ¿Es algo grave, doctora?

DOCTORA.- Usted tiene dos corazones.

PACIENTE.- ¿Yo?

DOCTORA.- Dos corazones, uno a cada lado. ¿No ha notado nunca nada raro?

PACIENTE.- No... Si acaso, cuando me dejó mi mujer, que me puse azul.

DOCTORA.- Éste es un caso muy especial. Creo que con dos corazones hubo una vez una persona en Minnesota hace dos años, y otro en Australia... Pero aquí, en Móstoles...

PACIENTE.- ¿Y eso será malo, doctora?

DOCTORA.- ¿Pero usted no se había puesto nunca la mano así, en el corazón, para notar los latidos?

PACIENTE.- Sí, pero me la he puesto siempre a este lado. En el otro no había notado nada.

DOCTORA.- ¿Qué oficio tiene usted?

PACIENTE.- Trabajo en un Sex-shop.

DOCTORA.- ¿Y no ha tenido nunca molestias?

PACIENTE.- Anginas alguna vez... Es que allí, en invierno, como está la puerta abierta... con las corrientes...

DOCTORA.- Digo molestias graves, de corazón. ¿No nota ahogos?

PACIENTE.- Al principio de trabajar allí, sí. Luego me fui acostumbrando. Yo, la verdad, lo que me pasa, doctora, es que siempre he sufrido mucho por amor. A lo mejor es por eso.

DOCTORA.- Vístase, vístase que va a coger frío. Dos corazones, es un hecho.

PACIENTE.- (VISTIÉNDOSE.) Lo peor sería no tener ninguno. También tengo dos orejas, dos brazos...

DOCTORA.- No es lo mismo dos brazos que dos corazones. ¿Y la sangre le circula bien?

PACIENTE.- Yo creo que sí, normal.

DOCTORA.- ¿Cómo fue eso de que se puso azul? Lo que me dijo antes.

PACIENTE.- Fue cuando me dejó mi mujer. Estoy separado. Me había pasado antes, pero menos fuerte el color. Cuando sufro de amores, me pongo azul. Aquella vez es que era azul, azul. Me fui a la Plaza Mayor, donde está la estatua a caballo del rey ese, con una botella, como los otros separados y vagabundos de allí, y estaba completamente azul. Me decían que si venía del desierto. Por lo de los hombres azules del desierto, ya sabe. Estuve allí un mes, y todo el tiempo azul. Luego se me fue pasando, porque me enamoré de una que salía a un balcón a sacudir las alfombras todas las mañanas, morena, muy guapa. Un día la invité al cine Postas, que está al lado, pero me dijo que no porque las películas que echan allí son X.

DOCTORA.- ¿De qué lado duerme usted?

PACIENTE.- Cuando dormía con mi mujer, dormía del otro lado, o sea, ella para allá y yo para acá... del izquierdo. Y ya me acostumbré a ese lado. ¿Por qué? ¿Eso es malo?

DOCTORA.- No... ¿Y fuma usted mucho?

PACIENTE.- No, no fumo.

DOCTORA.- Pues vamos a ver qué le recetamos a usted... ¿Tose?

PACIENTE.- No.

DOCTORA.- Pues a usted las emociones fuertes, desde luego, no le vienen bien.

PACIENTE.- Mi madre decía: "Este hijo es todo corazón". ¿Y para el sufrimiento de amor entonces me podría dar algo?

DOCTORA.- Desde luego, en ese terreno, usted las debe pasar moradas.

PACIENTE.- Azules.

DOCTORA.- Bueno, es lo mismo. Pues me pone usted en un compromiso, porque para eso no se ha inventado nada. Ya ve usted todas las películas, y todas las canciones, hablando de lo mismo... Que si me ha dejado éste o aquél, y sufro. "¿Dónde estás corazón, oigo tu palpar..." Así que con dos...

PACIENTE.- Con dos corazones, y viviendo solo. Ya ve usted lo que son las cosas.

DOCTORA.- Bueno, eso nos pasa a mucha gente, no crea que a usted solo. Es el problema de este siglo: la soledad.

PACIENTE.- ¿Está usted también separada, doctora?

DOCTORA.- No, viuda, que es peor. Una parada cardíaca. Si hubiera tenido dos corazones, como usted...

PACIENTE.- Pues lo siento mucho. Le acompaño a usted en el sentimiento.

DOCTORA.- Fue hace muchos años ya... Y se acostumbra uno a todo. A todo menos a la soledad, como dice usted.

PACIENTE.- Y después de eso, ¿usted ya no...?

DOCTORA.- Comprenderá que después de mi dura experiencia..., y que me he encontrado siempre con hombres que no tenían corazón. O al menos, eso me parecía a mí.

PACIENTE.- Pues yo ya ve que de eso tengo mucho. Lo digo por si podía invitarla a un café... alguna vez. Hoy mismo, si es posible.

DOCTORA.- Con mucho gusto. Mi enfermera le dará hora... ¡Huy, perdón! Es la costumbre. Termina a las seis. Si usted quiere...

PACIENTE.- Pues la vengo a buscar a las seis... encantado.

DOCTORA.- ¡Se está usted poniendo azul!

PACIENTE.- Ya se lo dije. En cuanto me gusta mucho alguien... Pues usted se está poniendo roja.

DOCTORA.- Sí, desde pequeña me pasa, es que soy muy tímida.

PACIENTE.- Azul y rojo, ¿qué bonito, no? ¿Entonces a las seis?

DOCTORA.- A las seis.

(EL AZUL Y EL ROJO DE PACIENTE Y DOCTORA INUNDAN LAS PAREDES DE LA CONSULTA)

OSCURO

DINERO Y AMOR

(DOS VAGABUNDOS, HOMBRE Y MUJER, DE UNOS CINCUENTA AÑOS DE EDAD, ESTÁN SENTADOS PLÁCIDAMENTE EN EL SUELO, BAJO UN PUENTE, EN TORNO A UNA FOGATA, RODEADOS DE LATAS, PAPELES Y RESTOS DE CHATARRA. SE ACERCA OTRO VAGABUNDO, MÁS VIEJO, CON UNA RAIDA GORRA MARINERA EN LA CABEZA.)

VAGABUNDO VIEJO.- ¿Os habéis enterado de las últimas noticia

VAGABUNDO.- Éste siempre está con las noticias a vueltas.

VAGABUNDO VIEJO.- Hay que estar enterado de las cosas que pasan en el mundo.

VAGABUNDA.- Bueno, ¿y qué pasa en el mundo, si puede saberse?

VAGABUNDO VIEJO.- Ha bajado La Bolsa.

VAGABUNDA.- ¿Qué bolsa?

VAGABUNDO VIEJO.- ¿Qué bolsa va a ser? La Bolsa. Donde está el dinero.

VAGABUNDO.- ¿Y para qué nos sirve a nosotros saber si ha bajado La Bolsa o ha subido el ascensor?

VAGABUNDO VIEJO.- ¿Vosotros no tenéis acciones?

VAGABUNDA.- ¿Acciones de qué?

VAGABUNDO VIEJO.- Pues acciones. De las que te dan dinero si las llevas a donde sea. Yo tengo.

VAGABUNDO.- (A VAGABUNDA) ¿Cómo va la sopa?

VAGABUNDA.- Bien. En seguida está. Tenía yo un conocido que tenía más dinero que pesaba el tío. Tenía una tarjeta de esas que llegas a un sitio, la enseñas, y te llevas de allí lo que te dé la gana.

VAGABUNDO.- ¿Tienes una colilla, tú?

VAGABUNDO VIEJO.- No.

VAGABUNDA.- Se está apagando el fuego. Hay que ir a por más leña. Si no, no se acaba de cocer esto.

VAGABUNDO VIEJO.- ¿Qué es?

VAGABUNDO.- (LEYENDO LA ETIQUETA DE UNA LATA.) "Crème des escargots a la Merimè. Caducité 1980". Cosa fina. De ricos... Estaba en la basura.

VAGABUNDO VIEJO.- Toma. Echa billetes de éstos para que arda mejor. Total, tengo muchísimos. (SACA UN FAJO DE BILLETES DE ENTRE SUS ROPAS, Y SE LOS DA.)

VAGABUNDA.- Oye, están muy bien hechos estos billetes. ¿De dónde los has sacado? (VA ECHÁNDOLOS AL FUEGO.)

VAGABUNDO VIEJO.- Del Banco, ¿de dónde los voy a sacar? Tengo cuentas corrientes en todos los Bancos del mundo. Y joyas, abrigos, barcos, rascacielos...

VAGABUNDA.- Entonces, si tú eres rico..., ¿por qué estás aquí entre las latas y la basura?

VAGABUNDO VIEJO.- No me gustaba nada la vida de rico. No me quería nadie.

VAGABUNDO.- También yo, si fuera rico, iba a estar aquí metido... Me iría a un sitio de éstos que te pones malo de comer, y no saldría de allí hasta el juicio final.

VAGABUNDA.- Y champán...

VAGABUNDO.- A mí me gusta más la sidra.

VAGABUNDA.- Bueno, pues sidra. Un avión para acá, otro para allá... Y nada de colillas: buenos puros, café... Dame más billetes que se apaga esto.

VAGABUNDO VIEJO.- No tengo más.

VAGABUNDA.- Pues tráelos del Banco, o de donde sea. ¿No dices que tienes muchos?

VAGABUNDO VIEJO.- No tengo más, ni en el Banco, ni en ningún sitio. Lo he dicho por presumir.

VAGABUNDO.- ¿Y los verdes que hemos quemado? A mí me parecían de verdad.

VAGABUNDO VIEJO.- Eran de verdad. Los ahorros de toda mi vida pidiendo.

VAGABUNDA.- ¿Y los has quemado?

VAGABUNDO VIEJO.- Como siempre me dices que no tengo dónde caerme muerto... quería gustarte. Sabes que te quiero de siempre...

VAGABUNDA.- Éste está de la cabeza. Mira con la que me salta ahora...

VAGABUNDO.- Aquí queda un cachito. A lo mejor todavía te dan algo por éste...

VAGABUNDA.- ¡Enamorado...! (SE RÍE.) Con esa pinta...

VAGABUNDO.- Venga, nos tomamos la sopa como esté. Si está fría que se aguante. Pon la lata. Y tú, "Millonario"... come. A partir de ahora te vamos a llamar "El millonario". ¿Qué? ¿Está buena, "millonario"?

VAGABUNDO VIEJO.- Muy rica, sí señor. ¿La tomamos aquí o en el yate? (LOS OTROS DOS LE MIRAN Y SE RÍEN.) ¿No os he dicho que también tengo un yate? Es muy grande. Me lo regaló mi padre cuando hice la primera comunión. Me dijo: "Toma, hijo, un yate, para que te echas novia, y tengas donde llevarla." Y claro, luego ya me tuve que comprar la gorra de capitán de yate. Esta. (SE QUITA SU VIEJA GORRA Y SE LA ENSEÑA.) Antes era azul y blanca, y tenía un ancla aquí delante, en el centro.

(HACE EL VAGABUNDO UNA SEÑAL A LA VAGABUNDA DE QUE EL VAGABUNDO VIEJO ESTÁ LOCO, Y SIGUEN COMIENDO SOPA, SIN HACERLE CASO.)

VAGABUNDO VIEJO.- (SIGUE, COMO ILUMINADO, HABLANDO CON LA MIRADA FIJA EN LAS CENIZAS DE SUS BILLETES QUEMADOS) ... No me gustaba nada llevarla, porque los demás niños se reían de mí, por rico: "¡Rico! ¡Rico...!", porque yo era muy rico, muy rico... La gente que pasaba decía: "Qué niño tan rico", y yo me enfadaba, y daba patadas, y quemaba dinero, lo quemaba, lo quemaba... me gustaba quemarlo... Porque, ¿de qué sirve el dinero? ¿De qué?

(Y EL VAGABUNDO VIEJO SE PONE A LLORAR DESCONSOLADAMENTE, MIENTRAS LOS OTROS DOS, INDIFERENTES, LE DAN A LA BOTELLA Y A LA CRÈME DE ESCARGOTS.)

OSCURO

COMPLEJO DE MUCHA CASTRACIÓN

(UNA MUJER JOVEN, NEURÓTICA DE VOCACIÓN, HABLA CON SU PSICOANALISTA PORTEÑA, TENDIDA EN EL TÍPICO DIVÁN. LLORA SUS SUFRIMIENTOS DE FORMA INFANTILIZADA Y COMPULSIVA. LA PSICOANALISTA, DE EDAD MADURA, ASISTE A LA TERAPIA TOMANDO NOTAS, Y MIRANDO DE VEZ EN CUANDO EL RELOJ CON CARA DE RESIGNACIÓN.)

PACIENTE.- (LLORANDO.) ¡No puedo más! ¡No puedo seguir viviendo así! ¡No como, no duermo, no puedo respirar...! ¡Cuando está lejos no puedo vivir sin él, y si está a mi lado no lo soporto! (LLORA.) Nuestra vida juntos es un desastre. Y si me separo de él, me moriré de pena. Y él igual. A veces nos ponemos los dos a llorar y nos tiramos horas. Sufrimos como niños a los que les falta...

DOCTORA.- ¿Sí? ¿Por qué te callás? ¿Qué ibas a decir?

PACIENTE.- Eso, que parecemos unos niños los dos.

DOCTORA.- No, no. Vos estabas diciendo otra cosa. Algo importante, y te cortó la represión. (LEYENDO SUS NOTAS.) Dijiste vos: "niños a los que le falta..." ¿Qué les falta...?

PACIENTE.- ¿Que a los niños les falta algo? ¿He dicho yo eso?

DOCTORA.- ¡Sí, vos! No voy a decirlo yo. Ahora mismo lo verbalizaste.

PACIENTE.- No me acuerdo... ¿Los juguetes les faltan a los niños?

DOCTORA.- No, ibas a decir otra cosa. No dejés que la censura interior te tapone el brote de tu inconsciente. ¿Qué es lo que le falta a la niña?

PACIENTE.- ¿Un amiguito? ¿Caramelos? ¿Dinero para ir al cine...?

DOCTORA.- ¡No, no, no...!

PACIENTE.- ¿Vestiditos? ¿Un buen colegio? ¿Un helado...?

DOCTORA.- ¡Que no, viste! ¡Le faltá su pene! ¡Ya está dicho de una vez!
¿Comprendés? Vos misma lo dijiste. El pene que no tenés y que se quedó tu papá con él. Ahí está el trauma originario.

PACIENTE.- (SE INCORPORA SORPRENDIDA, CON LOS OJOS MUY ABIERTOS.) ¿Sí?

DOCTORA.- Está más claro que el agua. La madre es la enemiga, porque el pene del padre es para ella, no para vos que te quedás rabiando sin pene en la cuna cuando te lo quitaba. ¿A que vos llorabas mucho en la cuna de pequeña?

PACIENTE.- A lo mejor. No me acuerdo. Como hace tanto tiempo...

DOCTORA.- Mecanismos de defensa que afloran.

PACIENTE.- ¿Y eso tiene que ver con que me pelee con Carlos todo el tiempo?

DOCTORA.- Natural. Lo querés tener, y lo querés destruir. Cuando vos tenés el pene de Carlos querés arrancárselo para guardártelo, y él no quiere, y ahí está el conflicto.

PACIENTE.- No me había dado cuenta, pero ahora que usted lo dice... A lo mejor por eso no me gusta que se quite cuando él ya..., y yo no...

DOCTORA.- ¿Viste? ¡Ahí está! Él se quita. Él se pone, y cuando a vos te gusta se quita. Como tu padre hacía. Vos amabas a tu padre. Lo deseabas...

PACIENTE.- ¿A mi padre? ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Pero si mi padre es muy feo, y está muy mayor. Yo creo que eso no...

DOCTORA.- Pero vos qué sabrás. ¿No decís que eras pequeña y no te acordás? ¿O de unas cosas sí te acordás y de otras cosas no te acordás? Seamos consecuentes. ¿De pequeña no lo abrazabas, y lo besabas, y te subías encima siempre que podías?

PACIENTE.- Sí, eso sí... Pero picaba. Me acuerdo de eso muy bien. Tenía la barba dura y raspaba. Mi padre era labrador, ¿sabe? Ahora ya está muy mayor.

DOCTORA.- Razón de más.

PACIENTE.- ¿Ah, sí? ¿El que sea muy mayor?

DOCTORA.- No, el que fuera labrador. El contacto con la naturaleza despertó en vos más tu libido perversa infantil. Le verías allí en la era, entre el trigo y la paja, y tus ojos de niña ansiaban su pene. Y luego el proceso se ha repetido con Carlos, y estamos en las mismas. Carlos es tu padre actual, como si dijéramos.

PACIENTE.- ¿Entonces Carlos y mi padre...?

DOCTORA.- Son sólo el pene que vos necesitás y rechazás tan desesperadamente.

PACIENTE.- ¿Por eso me siento vacía sin él...?

DOCTORA.- Claro, luego llega él y te llena con el pene que te falta.

PACIENTE.- ¿Y él por qué se pelea conmigo, si a él no le falta el pene?

DOCTORA.- A él le falta la madre que vos representás sin serlo.

PACIENTE.- Qué lío, ¿no?

DOCTORA.- No es ningún lío. Es transparente para el que quiere ver. Te quiere y te odia. Como vos, por su carencia.

PACIENTE.- O sea, que a él lo que le falta entonces son... los pechos...

DOCTORA.- Como si dijéramos. Podés verlo así si querés.

PACIENTE.- ¿Y esto de que nos falten tantas cosas a los dos será malo?

DOCTORA.- Es doloroso. Ya lo ves vos como llorás. De ahí vienen todos los problemas del mundo: las guerras, las enfermedades mentales, la incomunicación... todo. La cultura occidental está colocada, como si dijéramos, encima del complejo de Edipo. Tirás del complejo, y se te cae el edificio encima. A mí misma me pasó mucho tiempo. Sufrí más de lo que te podés imaginar. Julio César se llamaba mi tormento. Hice una transferencia en él, del vínculo amoroso de la figura paterna, y estaba desesperada, humillada, destrozada, a punto del suicidio, qué se yo. Era un amor salvaje y sin esperanzas, porque él quería a otra. Y yo era víctima de la privación del objeto, y sin cuna donde refugiarme...

PACIENTE.- Fíjese...

DOCTORA.- Después de probarlo todo para intentar aliviarme: psicoanalistas como yo, el alcohol, las drogas, el desenfreno sexual, las cebollitas esas pequeñas de la medicina homeopática, la comida macrobiótica... nada. Hasta que al final me di cuenta de que mi sufrimiento era un complejo de castración por falta de pene. Y me decidí, y me operé.

PACIENTE.- ¿Se operó? ¿Pero eso se opera?

DOCTORA.- Pero, claro. En Casablanca me operaron. Me pusieron un pene lindo, y se acabaron todos mis problemas. Mirá, mirá qué lindo me quedó. (Y LA PSICOANALISTA SE SUBE LA FALDA PARA MOSTRAR SUS ATRIBUTOS A LA ESCANDALIZADA PACIENTE.)

OSCURO

A QUINIENTAS LA COPA

(ANDAMIO DE UN EDIFICIO EN OBRAS. DOS ALBAÑILES, JUAN Y RUFINO, SENTADOS. SACAN UNAS TARTERAS Y SE PONEN A COMER. LLEGA OTRO, ANDRÉS, Y SE SIENTA A SU LADO. TIENEN UNOS CINCUENTA AÑOS CADA UNO.)

ANDRÉS.- (SENTÁNDOSE.) ¡Qué hay, Juan! ¡Hola Rufino!

RUFINO.- Hola, Andrés.

JUAN.- Hola, Andrés, ¿cómo va eso? (COMIENDO.)

ANDRÉS.- Tirando. (ABRE TAMBIÉN SU TARTERA CON LA COMIDA Y LA MIRA ABSORTO, SIN PROBARLA.)

JUAN.- ¿Qué pasa, no hay apetito?

ANDRÉS.- Nada. No puedo meter un bocado en la boca.

RUFINO.- ¿Quieres un poco de bacalao? Está muy bueno.

ANDRÉS.- No, déjalo. (APARTA LA TARTERA Y LA DEJA A UN LADO.)

JUAN.- Andrés, no puedes seguir así. En serio te lo digo. Tienes que hacer algo, si no, vas a acabar mal. Ya no eres un crío para andar metido en estos líos.

RUFINO.- Además se va a enterar un día tu mujer, y la vas a tener.

ANDRÉS.- ¿Y qué queréis que haga? ¿Que me tire al tren?

JUAN.- No seas exagerado. No será para tanto.

ANDRÉS.- No puedo dejarla, te lo juro. No puedo. Lo he intentado, pero no puedo. Me paso el día pensando en ella; y por la noche más. El rato que estoy con ella es lo único bueno de mi vida.

RUFINO.- Pero eso además te saldrá por un pico. Si tienes que ir todos los días a la barra americana esa... ¿A cómo sale le copa allí?

ANDRÉS.- A quinientas pesetas. Algunas veces me hacen descuento... cuando no está el dueño no me cobra.

JUAN.- ¿Y ella qué dice? ¿La mujer esa?

ANDRÉS.- ¿Trini? Nada, que me quiere. Qué va a decir.

JUAN.- ¿Y tú qué le dices a ella?

ANDRÉS.- Pues lo mismo. No sé, cosas. Allí tampoco hablamos mucho, como está la música tan alta...

JUAN.- ¿Y tú mujer no nota nada?

ANDRÉS.- Se lo huele. Está todo el día que en qué hora nos vinimos del pueblo, que si tal, que si cual... No sé qué hacer, Juan, estoy hecho polvo. Yo lo único que quiero es estar allí, en la barra, a su lado... Bueno, ella está al otro lado de la barra, pero está allí... Lo demás no me importa, ni mi mujer, ni mis hijos... Ni siquiera me importáis vosotros, y eso que sois mis mejores amigos.

RUFINO.- ¡Hombre, Andrés!

ANDRÉS.- ¿Vosotros habéis estado enamorados alguna vez? Pero enamorados de verdad...

JUAN.- (CON LA BOCA LLENA.) De mi mujer a lo mejor, cuando éramos novios, de jóvenes..., no me acuerdo.

RUFINO.- Yo de mi mujer también, si acaso..., aunque no creo...

ANDRÉS.- Yo digo enamorado... no de la mujer de uno. Que la quiero, ¿comprendéis?

JUAN.- Si quieres que te diga la verdad, de esto tuyo tiene la culpa la televisión. Sí, te lo digo en serio. Mucha gente ve la televisión y se pone luego a hacer lo que ve en las películas. Y pasa lo que pasa. Toma, come algo...

ANDRÉS.- (LE APARTA EL BRAZO CON LA TAJADA DE BACALAO QUE EL OTRO INTENTA METERLE EN LA BOCA.) ¡Que no quiero bacalao, no seas pesado! Me como la manzana... (EMPIEZA A COMERSE LA MANZANA.) He pensado que a lo mejor me divorcio.

RUFINO.- ¡Qué dices, chalao! Como vas tú ahora, a tu edad además...

ANDRÉS.- La edad es lo de menos. Ahora se puede uno divorciar si quiere. No es como antes...

JUAN.- ¿Y qué dirán los vecinos? ¿Y tus hijos?

RUFINO.- Pero, ¿tú crees que esa chica te quiere de verdad? ¿Y si luego te sale rana?

ANDRÉS.- Le parto la cara. Además, que no. Es muy buena chica. Aunque trabaje allí. Ella lo que quiere de verdad es ser modista. La ropa que lleva se la ha hecho ella. Tiene un niño pequeño, eso sí, pero a mí no me importa.

JUAN.- ¿Que tiene un hijo? Vamos, no jodas, Andrés. ¿Te vas a separar de tu mujer para irte a vivir con una tía que tiene un hijo?

ANDRÉS.- ¿No tengo yo tres?

JUAN.- Pero ya son mayores. No es lo mismo, no jodas. No sé cómo no te das cuenta. ¿De quién es ese hijo?

ANDRÉS.- De ella, y de su padre.

JUAN.- Desde luego, tú cuando no comes bien, te explicas de mala manera. De su padre, claro. Todo el mundo es hijo de su padre. Pero, ¿de qué padre?, eso es lo que digo. Que quién le hizo el niño, vamos, hablando mal y pronto.

ANDRÉS.- Pues eso, ella dice que su padre. El padre de ella, que vivía con ella, y bebía, y un día... Pero ahora ya no vive con ella.

RUFINO.- ¿Su padre? ¿Que es el hijo de su abuelo?

ANDRÉS.- Lo que sea, a mí me da igual. Como si es hijo de su tía. Yo la quiero a ella, y si tiene niño, con niño, me da lo mismo.

JUAN.- ¡Puf! ¡En qué lío te has metido! (SUENA UNA SIRENA.) Al tajo. Tú piénsatelo bien, piénsatelo bien. Ya sabes cómo son esas cosas luego. (SE LEVANTAN DEL ANDAMIO.) Bueno, ¿vas al piso de arriba?

RUFINO.- Yo sí. Subo contigo.

ANDRÉS.- Entonces tú, Juan, lo del divorcio, ¿cómo lo ves?

JUAN.- Mal. Cómo lo voy a ver. ¿Te esperamos a la salida?

ANDRÉS.- No, tengo que ir a verla. ¿Me dejáis quinientas pelas para la copa? Me he quedado sin dinero...

(BUSCAN EN SUS BOLSILLOS DE MALA GANA JUAN Y RUFINO.)

JUAN.- De esto tiene la culpa la maldita televisión...

RUFINO.- ¡Toma, enamorado...!

(LE DAN ENTRE LOS DOS EL DINERO A ANDRÉS, Y SALEN CADA UNO POR SU LADO.)

OSCURO

BUENOS DÍAS, SEÑOR DOCTOR

(DOS SEÑORAS DE AVANZADÍSIMA EDAD, EN DOS CAMAS CONTIGUAS EN UN HOSPITAL, ENCHUFADAS AL GOTA A GOTA Y A OTROS APARATOS CLÍNICOS.)

ISA.- (MEDIO INCORPORADA, BUSCA EN SU MESILLA.) ¿Has visto tú mi espejo?

CARMINA.- ¿Yo? Por qué voy a haberlo visto yo.

ISA.- Pues porque estás ahí al lado. Y porque te conozco.

CARMINA.- A ver si te crees que soy como tú, que me dices que no sabes dónde está mi barra de labios y luego cuando él llega tienes los labios siempre pintados.

ISA.- Te he dicho veinte veces que no tengo tu barra de labios.

CARMINA.- Ni yo tu espejo. Así que estamos en paz.

ISA.- ¿Qué hora es?

CARMINA.- No sé. Se me ha parado el reloj.

ISA.- ¡Ah!, ¿no sabes? Me coges el espejo para que no pueda arreglarme y encima no me quieres decir cuánto falta para que venga. ¡Pero qué envidiosa y qué mala eres! ¡Todo porque ayer estuvo conmigo más tiempo que contigo!

CARMINA.- (INCORPORÁNDOSE.) ¡Porque eres una egoísta! Eso es lo que pasa. Le estuviste entreteniendo todo lo que pudiste para que luego tuviera que darse prisa conmigo. Pero me sonrió muy cariñoso, y en cambio contigo estuvo frío y seco.

ISA.- ¡Tú qué sabrás! Lo primero que tienes que hacer es no mirar cuando esté conmigo, que estás todo el tiempo ahí con los ojos clavados como un búho. Y no toser, que no paras de toser cuando está aquí, y luego no vuelves a toser en todo el día.

CARMINA.- Estás rabiosa porque sabes que hoy me va a hacer pruebas y no lo puedes aguantar. Vamos a estar solos los dos, y esto te come por dentro.

ISA.- ¡Huy, "solos los dos"! ¿Y la enfermera qué? Además a mí también va a hacerme pruebas un día de éstos.

CARMINA.- ¿A ti pruebas? ¿De qué? ¡Pero si estás desahuciada! ¿Qué pruebas va a hacerte?

ISA.- ¡Desahuciada lo estarás tú, que tienes más operaciones encima que un quirófano! (CARMINA SE ECHA A LLORAR.) Anda. Ahora se pone a llorar. (CARGÁNDOSE DE PACIENCIA.) Qué te pasa, vamos a ver.

CARMINA.- ¡Es que soy muy feliz! Vamos a estar juntos al fin. Y esta vez no voy a ser una tonta como he sido siempre con los hombres por mi timidez. En cuanto me mire, me desnudo y me ofrezco a él. Me da igual lo que pase después.

ISA.- Lo que pasará será que te sacarán de aquí y te llevarán al psiquiátrico. "Me desnudo y me ofrezco a él..." Como sabes que te van a poner el biombo de un momento a otro, ya deliras.

CARMINA.- ¡Envidia! ¡Envidia cochina! Me quiere a mí porque estoy más enferma, y soy más guapa y más joven.

ISA.- "Más joven", dice, la vejestorio esta, que es del siglo pasado.

CARMINA.- ¡Y tú más! Tienes noventa años, así que me llevas uno, que lo vi en tus papeles.

ISA.- Están equivocados. Nací en 1910, para que te enteres. Así que ahora tengo...

CARMINA.- Once años.

ISA.- ¡Once años voy a tener...!

CARMINA.- Once años te quitas, digo.

ISA.- ¡Bueno, se acabó! Dame el espejo o te arranco el gota a gota y cuando llegue la has diñado.

CARMINA.- Qué fina eres hablando. Da gusto contigo. Se nota que fuiste a un colegio de pago de pequeña.

ISA.- ¡Que me des mi espejo o no te hablo más!

CARMINA.- Por mí como si pides que te trasladen a otra planta.

ISA.- Eso es lo que tú quieres, ya lo sé yo, para quedarte sola con él. ¡Pues vas lista!

CARMINA.- ¡Que viene, que viene!

ISA.- ¡Ay Dios mío, y estoy sin arreglar!

(MIRAN AL LATERAL POR DONDE SE SUPONE VIENE EL DOCTOR, Y RÁPIDAMENTE SE GIRAN CADA UNA AL LADO CONTRARIO DE LA OTRA, UNA CON EL ESPEJO Y LA OTRA CON LA BARRA DE LABIOS, Y SE DAN LOS ÚLTIMOS TOQUES. LUEGO, SE COLOCAN SONRIENTES Y COQUETAS MIRANDO AL LUGAR POR DONDE VIENE EL DOCTOR.)

CARMINA.- Isa, ¿tú crees que habrá médicos también en el otro mundo?

ISA.- Sí, Carmina, pero no te pienso dejar ir sola, para que te los quedes todos, que te conozco.

(LLEGA EL MÉDICO, CON SU BATA BLANCA INMACULADA, ALTO, GUAPO, LLENO DE UNA LUZ ESPECIAL, Y CON UNA SONRISA DE ÁNGEL EN LA CARA.)

DOCTOR.- Buenos días, señoras.

LAS DOS.- (AL MÉDICO, QUE SE ACERCA.) ¡Buenos días, señor doctor!

OSCURO

AGUDA ESPINA DORADA

(RESIDENCIA DE ANCIANOS. EN UN BANCO DEL JARDÍN, SENTADO, UN HOMBRE DE UNOS OCHENTA AÑOS. LLEGA A SU LADO OTRO HOMBRE DE LA MISMA EDAD.)

DON FAUSTINO.- A las buenas tardes. ¿Está libre?

DON HERACLIO.- Sí, sí, buenas tardes. Siéntese si quiere.

DON FAUSTINO.- ¿Qué? ¿No echa hoy una partidilla?

DON HERACLIO.- Estoy harto de cartas. Si se llamase usted Heraclio, lo comprendería.

DON FAUSTINO.- ¿Por qué?

DON HERACLIO.- "Heraclio Fournier", ¿no le suena? Siempre hay algún gracioso que hace sus chistes a mi costa. Me gusta más estar aquí, en silencio. En el otro ala no se puede estar por la televisión, y ahí dentro la gente sólo sabe jugar a las cartas y hablar de mujeres.

DON FAUSTINO.- ¿Y qué otra cosa se puede hacer aquí, don Heraclio?

DON HERACLIO.- Pero todo el día lo mismo, todo el día lo mismo... ¡Hasta en la capilla estaban ayer hablando de señoras! Están todo el día fanfarroneando que si a cuarenta, que si a cincuenta...

DON FAUSTINO.- Si le digo la verdad, cuando les oigo se me ponen los dientes largos. Yo he sido hombre de una sola mujer. ¿Usted cree que pueda ser verdad eso de las cincuenta?

DON HERACLIO.- Pues mire usted, ¿qué quiere que le diga?, yo siempre he tenido las mujeres que me ha dado la gana, aunque me esté feo decirlo. Cincuenta no me parece un número exagerado. ¿Un cigarrito?

DON FAUSTINO.- No puedo, los bronquios. Me lo ha prohibido don Jesús.

DON HERACLIO.- Yo los parto por la mitad, y no me trago el humo. No puedo quitarme. A mi edad no tengo voluntad; ya se lo he dicho a don Jesús.

DON FAUSTINO.- ¿Y él qué le ha dicho?

DON HERACLIO.- Que si sigo fumando me muero antes de veinte años. (ENCIENDE SU CIGARRO.) Qué le vamos a hacer. Sólo me quedan entonces diecinueve.

DON FAUSTINO.- Qué buen humor tiene usted siempre. Da gusto. Debe ser por la buena vida que se ha dado... Con las mujeres, quiero decir. Lo que me estaba contando antes.

DON HERACLIO.- No. Por eso no es, ni mucho menos. Es porque no tengo que trabajar. Trabajar me mataba. Desde que me jubilé, tan bien. Mi estado natural perfecto es no hacer nada. (FUMA.) Pues yo le envidio a usted, don Faustino, ya ve. En lo de las mujeres. Una sola es lo perfecto. Lo demás sobra. Eso, y no dar golpe.

DON FAUSTINO.- ¿Y con todas...? Quiero decir... cómo se arreglaba usted... ¿todas a la vez, o...?

DON HERACLIO.- No, hombre, no. A cada una hay que darle su tiempo. A las mujeres hay que saber tratarlas. Ellas son de otro mundo.

DON FAUSTINO.- ¿De otro mundo? ¿De qué mundo? Yo es que siempre he sido muy tímido. Yo creo que es por eso por lo que sólo me acerqué a mi mujer, y ya, nos casamos. Bueno, se acercó ella a mí. Trabajaba en una biblioteca pública, y yo iba todas las semanas a cambiar mi libro, y nos fuimos conociendo... Yo creo que no me he enterado de la vida, don Heraclio. Hay tantos millones de mujeres en el mundo: altas, bajas, listas, tontas, guapas, guapísimas, inteligentes, negras, blancas, chinas... Sólo de chinas hay millones. Y yo siempre con la misma.

DON HERACLIO.- Qué cosas tiene usted. Qué mismo le da si hay muchas chinas, o pocas chinas. Usted no va a ir a la China.

DON FAUSTINO.- No, no es eso. Ya lo sé. Pero hay tantas a nuestro alrededor, por la calle, en un bar que entres... La mitad de la humanidad son mujeres, fíjese.

DON HERACLIO.- Pero usted era feliz con su mujer, ¿no? Eso es lo importante. Yo, en cambio, siempre estaba de la ceca a La Meca, hoy con una, mañana con otra, pasando los años de mala manera, enfaldado.

DON FAUSTINO.- ¡Qué bonito! Cuente, cuente.

DON HERACLIO.- Pues qué quiere que le diga. A mí no me gusta andar por ahí hablando de eso. No soy como otros... (PAUSA.) Una vez tuve yo una historia con una rubia que conocí en el expreso de Albacete... ¡qué noche! Nos dejó el revisor su departamento; una buena propina, ya sabe. Llegamos a Albacete y ni nos enteramos. Más de una hora con el tren parado, allí, los dos... ¡Bueno!

DON FAUSTINO.- ¿Sí? ¿En Albacete?

DON HERACLIO.- O en Italia una vez. Una novia italiana que tuve más de dos años. Pasaba con ella las Semanas Santas, en una casa que teníamos en el Trastevere, un barrio de Roma. ¡Qué Semanas Santas nos pegábamos, don Faustino! ¡Una vergüenza! ¡Una verdadera vergüenza!

DON FAUSTINO.- ¿Y el Papa?

DON HERACLIO.- ¿Qué papa?

DON FAUSTINO.- Pues el Papa, que verían al Papa. En Roma, y en Semana Santa... ya que estaban allí... que le verían.

DON HERACLIO.- Yo no veía a nadie esos días, don Faustino. Ni al Papa ni a nadie. Iba ciego.

DON FAUSTINO.- ¡Qué maravilla!

DON HERACLIO.- Nada, hombre, nada. Bobadas, nada más que bobadas. Aventuras que luego sólo te dejan hartura y cansancio. Dónde vas a comparar eso con tener una mujer de verdad, una pareja a tu lado para siempre. Yo habría

cambiado mil veces mi vida por la suya. Una vez hasta con una mulata, fíjese. Por probar de todo, y nada. Caprichos, sólo caprichos pasajeros...

DON FAUSTINO.- ¡Qué vida!

DON HERACLIO.- Usted es de las pocas personas formales que hay aquí, se lo digo yo. No es un muñeco que se va detrás de las primeras faldas que pasan, como casi todos. Hombre, formalidad, que ya tenemos edad.

DON FAUSTINO.- Pues precisamente quería yo pedirle a usted un consejo. Es que me gusta mucho una de las nuevas señoras de la limpieza. Una llenita, con acento asturiano... Si la tiene que conocer. No sé si es mejor una carta, o un recado. Me da vergüenza. Pensará que soy tonto. Tiene unos ojos negros grandes... tiene gafas, pero debajo unos ojos grandes... y sonríe mientras limpia.

DON HERACLIO.- A mí la que me gusta es sor Clarita.

DON FAUSTINO.- ¡Pero es monja, don Heraclio!

DON HERACLIO.- ¿Y qué culpa tengo yo de que me guste? Ahora a las cinco tiene que ponerme una inyección para el reuma. Que le vamos a hacer. Son cosas de la vida.

DON FAUSTINO.- ¿Entonces usted cree que a lo mejor, si me decido...?

DON HERACLIO.- No, don Faustino. Usted es hombre de una sola mujer. No lo estropee ahora. Es de los pocos que quedan en condiciones.

DON FAUSTINO.- ¡Hombre, y usted, qué! ¡A ver por qué yo no voy a poder y usted sí!

DON HERACLIO.- Yo ya no tengo solución a mi edad. ¿Damos un paseo? He sido un desastre toda mi vida, y sigo siendo un desastre. (LEVANTÁNDOSE.)

DON FAUSTINO.- (LEVANTÁNDOSE.) Yo también quiero ser un desastre, don Heraclio.

(Y SE ALEJAN LOS DOS ANCIANOS, PASEANDO LENTAMENTE ENTRE LOS ALTOS ÁLAMOS.)

José Luis Alonso de Santos. Correo electrónico: alosantos@eurociber.es

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar